



Revista
LOTERIA

Nº 262 DICIEMBRE, 1977

Premios Miró 77



La Revista Lotería presenta en su último número de 1977 fragmentos de las obras premiadas este año en el Concurso Miró, el certamen literario más importante del país, que se celebra todos los años en el mes de octubre.

Es un esfuerzo de nuestra publicación por entregar a nuestros lectores las novedades intelectuales que se producen en Panamá, y darle relevancia a los acontecimientos culturales y a los protagonistas panameños.

Cerramos el año de 1977 satisfechos de nuestra labor, tarea cuyo éxito se debe también a nuestros colaboradores intelectuales y técnicos.

RAMON OVIERO

Las Cartas Sobre la Mesa

EL PAPEL EN BLANCO

las ganas de decir
lo nunca dicho,
este estar aquí
porque si no ¿entonces dónde? ,
el aire que te llega
(que nos llega);
nuevamente el papel,
pero ahora
cargado/suelto de palabras,
inundándose de actos,
memorias, cadáveres
aún no tan anónimos,
el puño en alto,
la conciencia firme,
el pecho siempre dispuesto
a la bala más fiera,
el verso como una voz
que te ha venido llamando
desde siempre,
el brazo izquierdo
el corazón como una aldaba,
las huellas hacia atrás
donde el pie
nunca se encuentra,

*la memoria como
una historia muerta
pero siempre rediviva,
el árbol donde
nadie escribió/ni escribirá
su nombre,
el primer crepúsculo,
el océano sin peces,
y la soledad
como dispuesta
a dar el gran salto.*

DESPUES DE TODO

*el asunto
es comenzar,
no dejar el acto
en mitad
de su estructura,
abolir
las reglas
que emanan
desde arriba,
apretarse la conciencia
desde adentro,
abrirse la camisa
como en su propia
casa,
y salir sin dar un tumbo,
todo calculado
y decidido,
todo
infinitamente predeterminado.*

PERO A VECES

*la barrera
es uno mismo,
o lo que es igual,
lo que nos fueron
enseñando
en tantos días
escolares,
en tantos cuadernos
ya olvidados,
en tanta tiza
y tinta gastada
quién sabe si fuese
sin remedio,
en tantos reglazos
que nos dieron,
y otros tantos coscorriones
en la casa.
También el cine, los boleros,
el diario matutino,
los comics, la propaganda,
la propaganda, la propaganda,
nuevamente los periódicos,
la historia que te cuentan,
la tele, los consejos
de tus tíos, y todas esas
cosas
que ya se volvieron
historia antigua
pero que pesa/forma,
desinforma,
deforma y hunde.*

EL PROBLEMA COMIENZA

*cuando
quieres olvidarte
de tu sombra;
cuando
te tratas de escurrir,
pero la sombra insiste;
cuando buscas
refugio
en la esquina
derecha de tu calle
y de tu alma,
pero el ventrículo
izquierdo te delata.
En fin,
cuando tratas
de pegarte un tiro
en la memoria,
y resulta
que habías ya quedado
sin más tarde vuelvo,
sin regreso a la hora
de la cena,
sin permiso jefe
estoy enfermo,
sin sí amor nos vemos
el domingo,
sin hoy tengo que ir
a donde el prestamista,
sin ya es imposible
así esta vida,
sin me confieso ahora,
sí, ¿y si no me muero? ,
sin compañeros
de lo que se trata
es de organizarnos,
sin no me den ya más palos
coño que yo no sé nada,*

*sin esos
días grises y lluviosos
que te fueron llegando
como tristes
agujeros en las medias;
en fin, que de resultas,
un día te percatas/vives,
y descubres
que ya te despojaron
de aquellas cosas
cotidianas,
que te jodieron,
que te robaron
hasta aquella, tu
infinita/humilde
y propia historia.*

NO OBSTANTE

*la persistencia
es lo que vale,
lo que en verdad
incide/cuenta
en este
terrible-juego de la vida.
Porque es llegarle a lo real,
es no permitir
que te saqueen
hasta el último
accidente de tu alma;
¿porque con qué derecho?
dijo alguien;
pues sí, ¡con qué derecho!
porque es
como ponerse
circumspecto
en el momento*

*más grave y crucial
de nuestras vidas;
pero yo sé que tú persistes;
yo sé que persistimos,
aunque vayamos ya sabiendo,
que todo
está dicho
(y yo reniego)
dicharachosamente
a nuestra espalda.*

HAN HECHO/HACEN

*hago/hacemos
malabarismos
con la historia,
cuando lees/leemos
el diario de la tarde;
y sobre todo,
cuando te percatas
(así, a contrapelo,
sin saber
ni qué expresión
darle a tu cara,
ni cómo hacerle
frente),
de las cosas
absurdas
que pueden ocurrir
en este territorio;
y es que parece ser
que tu intuición/conocimiento,
no está "a la altura
de las circunstancias",
como dicen
algunos aspirantes
a retóricos;*

pero, claro, cómo
vas a estarlo,
si bien sabes/sabemos
(porque es fácilmente
comprobable),
que todo lo que aquí
nos dicen
es una soberbia
jugarreta
de esos álguienes
que estuvieron
redesordenando
los ficheros;
porque, ¿dí si no?
cómo iba a ser posible
que se pudiera estar
fiscando
así por así
en lo pasado;
porque entonces,
para qué tanto nombre
¿no? ,
si siempre/siempre
han sido
y siguen siendo
los mismos gabilanes
detrás de los mismos
pobres, siempre
pobres polluelos.

A VECES

el papel en blanco
ha venido
a resultar
(según sospecho
ahora/todo el tiempo)
lo subversivo,

lo que intenta
"corroer"
ciertas conciencias,
sacudir algún ropero
o lo que quieran;
pero el papel
en blanco
también ha resultado
ser lo muy apacible,
lo verdaderamente
amoroso y hasta erótico;
el desvuelo de la imaginación;
y muchas veces
(y esto es lo grave)
resulta que vamos descubriendo
quién ha sido/son/serán
(por el momento)
los dueños del papel
y lo que en él se escribe.
En verdad, todo
esto no tiene nada de poético;
pero, ¿la hay en los infiernos? ,
¿en la soledad? , ¿en la desolación? ,
¿en la amargura? ¿en todos
los que han sido torturados? ,
¿en la pobreza?
Y he allí/aquí,
que la poesía/el poeta,
ha pulsado sus latidos,
ha dicho su palabra-verdad,
su anatema,
sus cuestiones precisas,
sus minucias profundas.

PARENTESIS OBLIGADO (I)
PARA SEGUIR VIVIENDO

*en mejor situación que la presente,
es recomendable
algunos textos capitales
de Marx, ciertos quehaceres
de Lenin, saber que una sola chispa
puede incendiar la pradera,
vivir a diario
el ejemplo del Che,
llegar a ser humanos con Vallejo,
ser comunicantes con Bretón,
andar por los circuitos interiores
de Efraín, pedirle la paz y la palabra
a Blas de Otero,
enterrarle el patriarca
a García Márquez
en aquel
cementerio marino que conocemos,
dar las gracias
a la vida entre violetas,
quedarnos aquí
con Irene y otros cuentos, porque
(y así es esto) entre Marx
y una mujer desnuda,
por favor, que todo sea
bajo una luna verde, y más hermoso
si todo ocurriese en plenilunio.*

AQUI ESCRIBO

*pero también no escribo,
aquí me lleno
de clamores, de voces,
pero también maldigo.
Aquí vivo al sol
dejado de la mano
del amigo,
aquí espío al aire,
descubro la base
de uno/dos
volcanes y digo:
aquí como del otro
otro lado del espejo,
espigo:
aquí me escondo la manga,
los zapatos,
el abrigo.
Aquí me enamoro, amo,
odio, vivo.
Aquí, en fin,
sigo y sigo.*

EDGAR SOBERON

La historia de Dorita Quiñones

LA PRIMERA FASE DE CARLA GOMEZ

Las luces de mediodía no le ayudan a aclarar los pensamientos. Carla piensa confusión y el sol en cenit no hace sino incomodarla. El calor, las doce horas idas, los pensados y los por-pensar, sólo logran hacer las trenzas más difíciles en el cabello de Orlando. En Orlando se reúnen por momentos el ruido de la Martinica, la brisa a la Caribe y la sangre francoafricana de mediodía.

Se aclara el puerto enredado y los pensamientos fluyen sobre las rocas de una playa panameña. Orlando quiere probar las trenzas al estilo de Stevie Wonder, genio musical ciego, en la carátula de "Talking Book"; infiltración, piensa Carla, pero se esmera en los canalitos y trenzas que la inquietan. Son ya cinco días, y le han asignado la tarea de "liberar", un boletín que tirar, unos periódicos que vender, y las dudas que nacen en el mundo nuevo de Carla Gómez.

Los curas del siglo 13 y las monjas del 16, escribiendo poesía y fundando conventos, ya se caen y erige ahora ideales de humanismo en mascarada, con militancia masiva, liberación femenina mal entendida. Unos minutos más se persiguen en la nueva vida de Carla Gómez. Orlando se vuelve para verla penetrar en la habitación contigua. Las botas desgastadas entran fácilmente sobre sus medias de algodón, y, calzadas, se aproximan algo a la reunión de estudio. Orlando la espera por cinco minutos. Con duda entra en la habitación. Carla sólo dejó una nota.

En la calle, Carla, en dulce delirio de cannabis, se pregunta si llegará, y en una esquina se detiene, escribe el verso, traza las primeras líneas del bosquejo del rostro de Orlando. Mientras el autobús de la una sigue de largo, Carla está llegando una hora tarde.

LA MEDINACELLI VERSUS VOX POPULI

Ni con la presencia de Juan Pérez, tesorero de la Comisión Pro-Mejoras de Parques Públicos, quedaron lucidas las fiestas patronales de San Cristóbal. Fue el primer año que cumplía Cristóbal de no ser santo ni existir, pero la razón mayor del desánimo del poblado durante los primeros fuegos, era la orden emitida el mediodía anterior por el Secretario de la Unión.

En algún rostro se detectó nostalgia cuando la Malaret entró a la feria, pero nadie pudo evitar un grito de sorpresa cuando el ex Cónsul de Estados Unidos llegó acompañado por Evita P. Souza, secretaria del Comité Central.

—Pero es que usted no tiene papeles —y Matilde Medinacelli, la italiana propietaria de la tienda “La Flauta”, bajó la cabeza ante la mirada sobre los anteojos del Secretario de la Unión.

Evita P. Souza conversó con la Malaret sobre los viejos tiempos en el piano-bar “La Cumbia”, y sobre Diosa Esteves, la cajera de “La Flauta”, que recibía un bajo sueldo y quien fuera compañera de ambas en el cuarto grado de escuela elemental, y luego repartieron frituras en el pabellón del Departamento de Agricultura, mientras las niñas del Conservatorio de Música entonaban melodías en su “Festival del folklor latino”, acompañadas por la banda Integración.

La directora del coro, la Medinacelli, evadió durante las fiestas la compañía de Diosa Esteves, quien le proponía una distribución equitativa de las ganancias para terminar con la molesta distinción. Con todo y que invirtió dinero, la italiana no pudo evitar la atmósfera triste de la feria, doblemente frustrada por la orden del Secretario de la Unión.

—A los extranjeros se les deporta si se niegan a colaborar —comentó Juan Pérez al Secretario, —y si no tienen papeles, más fáciles —y el ex-Cónsul les seguía a tres pies de distancia hasta que quedaron juntos los tres frente a la tarima donde la Medinacelli y Diosa Esteves se dirigieron al poblado en el mensaje anual del progreso. Evita P. Souza y la Malaret trataron de apagar el fogón y se les fue todo el tiempo del discurso en hacerlo.

No escucharon nada, pero aunque la Medinacelli admitió (ya borracha y ante las interrogantes del ex-Cónsul) que no resistía la nueva modalidad, recuerdan las fiestas del aniversario de la descanonización del patrono muy especialmente, porque coincidieron con la despedida de la Medinacelli de sus bienes y del poblado al emigrar a Long Island.

El Secretario de la Unión la despidió en el aeropuerto. La Medinacelli le sonrió con ojos cristalinos.

—Sé que no voy a huir siempre, pero por ahora no puedo transar —y abordó el avión.

A las 9:27 am el cuatrimotor se elevó sobre la cordillera sureste y contra el cálido sol de las primeras horas, al momento que Diosa Esteves y sus compañeros abrían las puertas de “La Flauta”.

LA JUBILACION DE MRS MATHEUS

Missis Matheus era una mujer torpe, pero el Secretario de Instrucción Pública la designó directora del instituto por los muchos años de servicio que había trabajado con ellos. Missis Gutiérrez no olvida la ocasión que la vio por primera vez, en un juego de pantalones turquesa-celestes, con su cabello corto estilo paje pintado de zanahoria, con la mirada perdida y la voz ronca a causa de todos los niños que había reprendido en su vida.

La noche del nombramiento, Mrs. Matheus la tomó con calma. Ni su marido ni los hijos la felicitaron porque ella no lo dijo, y en medio de trastes y sobras de cena, lavó con igual esmero la última cuchara. Durmió como un tronco y a las 7:30 abrió la nueva oficina poblada por un mobiliario limitado y ahora su presencia, la que, sin embargo, no agrega ningún toque personal.

Cuando niña no soñó con ser Miss Universo —los compañeros le señalaron que era fea—, ni pensó ser artista, si bien montó en el instituto un drama de fin de curso que tituló *El tesoro de Victoriano* y luego cambió a *El ánfora de los tres deseos*.

Por eso cuando Mrs. Gutiérrez montó la obrita con su grupo, missis Matheus planificó, añorando el triunfo de su drama indigenista, una pieza que nunca vio la luz. Decidió interpretar el papel central y luego recordó que dos de sus compañeras de escuela irían al acto de graduación. No la hizo. Se encerró en su oficina recién estrenada.

En los primeros días no se acostumbraba a ella. Luego trató de distribuir los muebles de otra forma. Desistió de la idea cuando Arturo Díaz se fracturó un brazo. Corrió con él hasta el hospital con el papá de Luz Selenia, y al día siguiente no lo recordaba.

Eso le pasaba con frecuencia: se olvidaba de nombres y fechas. Por un tiempo olvidó que era maestra encargada y durante varios días estuvo embrujada, maravillada, bajo el hechizo reluciente del carro nuevo de Mr. Núñez. El 3 de noviembre abrió su oficina como de costumbre, hasta que a las 12 el calendario le recordó que era fiesta nacional. Pero el día que se le asignó el cargo no lo olvidaba.

Recordó a la maestra que la ridiculizó ante sus compañeros, a su padre, y los años en la escuela normal, cuando todos temían que fuera la única graduanda sin diploma. Pero el Estado necesitaba maestros, y, un leve esfuerzo no es nada, o un empujón a la que se queda no es mucho y recibió su diploma ni con la más leve idea de cómo educar a los niños, ni soñando que llegaría a maestra encargada del instituto.

Pero lo era. Ahora lo era: saboreó el escritorio. Era quizás no menos amplio que el pupitre magisterial anterior. Pero se sintió halagada por los cuatro cajones. La silla que tenía para las visitas la cambió de sitio porque no le gustaba la gente al frente. Eventualmente, la silla volvió al sitio original. Sólo la conserje que estuvo presente cuando Mrs. Gutiérrez pintó murales, movía de vez en cuando los muebles. Missis Matheus se sentía vieja y cansada para mover muebles. Le dolían la voz, las entrañas, los días.

Cuánto tiempo hacía desde que decidió ser maestra no lo recordaba. Pero sí el porqué. Al darse cuenta de que sus amigos crecían y de que ella prefería seguir con los niños, Mrs. Matheus decidió quedarse con ellos de maestra. Pero los niños la vieron envejecer y nunca ser como ellos.

Aunque riera y fuera alegre en las fiestas, Mrs. Matheus, la maestra encargada del instituto, no podía ser como los niños. Con los años aprendió a dar órdenes (ahora las recibe), y cerró el último cajón cuando la jubilaron.

En el agasajo estuvieron presentes los maestros, los niños y algunos hombres y mujeres que habían sido sus estudiantes. Fue cuando Mrs. Matheus se dio cuenta de que todo se le olvidaba. No recordó nombres ni caras, menos las anécdotas. En medio del agasajo y el brindis, missis Matheus vio llegar el carro usado de míster Núñez, y se sintió muy joven para ser maestra encargada, a pesar de que quisiera estar en esos momentos con las niñas que jugaban en el patio, o tumbando un mango en casa de los Montalvo. ¡Que viva la maestra y encargada! Y despertó

DE JUECES Y PUBLICOS

Sin mucho escándalo y poca diplomacia, la nueva Secretaria del Ministro de Cultura, empezó a eliminar a los numerosos artistas mediocres que se albergan bajo el tutelaje del ministerio como sanguijuelas. El objetivo era levantar la cultura del pueblo llevándole lo mejor que la nación tenía: era su argumento.

La pareja del mago Nicolás y su asistente Valeria fue el primer acto que perdió el amparo del ministerio. La Secretaria se negó a incluirlos en el festival navideño de San Miguelito, y acto seguido, les canceló todos los contratos pendientes. Nicolás y Valeria se quejaron, pero cuando lograron ser escuchados por el Ministro, la Secretaria amenazó con renunciar. El Ministro, siempre ausente, sintió un pequeño vahído y la obligó a claudicar, cosa que aceptaba siempre y cuando Nicolás y Valeria desaparecieran del mapa.

— ¡Son unos farsantes! —concluyó.

Igual táctica utilizó con el agonizante trío Siboney, con los desafinados músicos de la Academia Científica y Moderna de Experimentación con Instrumentos de Cuerda, con la primera actriz Solinka Espósito y su grupo Teatro de Avanzada Hacia la Derecha, con los bailarines flamencos Tato y Rosina, y los clásicos Falo, Ileana y Josefina.

El gremio “Los Artistas” alzó su voz de protesta. La copa se colmó cuando la Secretaria no aprobó la presentación de un entremés de Cervantes en la Cárcel Piloto. En realidad, su desaprobación tenía razón suficiente. Pero “Los Artistas” enviaron comunicados de prensa y radio esa misma tarde. La secretaria no cedió. Ya al día siguiente el gremio artístico conocía la palabra final de la Secretaria del Ministro de Cultura.

El Ministro volvió a marearse y se negó a recibir llamadas y a los periodistas y reporteros que buscaban sus impresiones, su posición ante tal revuelo, pero él nada tenía que decir. Hasta que llamó su primo —línea directa desde el campo de batalla— y se derritió en su butaca.

En seguida mandó a llamar a su Secretaria, quien se había negado a trabajar desde que era figura pública. Decidió volver al cuarto día de numerosas llamadas a su casa que eran negadas.

Una vez de vuelta en su cargo, estableció los contactos descontinuados e inició los preparativos para la fiesta navideña de San Miguelito. Buscó artistas locales cuya fidelidad a “Los Artistas” los hacía negarse a participar. Pero sin desanimarse, continuó sus gestiones y logró su objetivo.

La fiesta navideña de San Miguelito ese año será recordada tanto y quizás más que la despedida de la Medinacelli de San Cristóbal. Contó con la asistencia de las primeras figuras de la farándula civil y militar, del gremio artístico (que finalmente cedió al llamado serio y formal de la Secretaria para llevar arte al pueblo) y un grupo nutrido de los residentes del barrio. Fue allí que la Secretaria del Ministro confesó que había suspendido la presentación del entremés cervantino por el teatro estudiantil en la cárcel, porque los presos se fueron a la huelga cuando se la anunciaron.

— ¡Huelga de hambre!

MATERNIDAD PRECOZ

A la Maura no le importó que todo el Chorrillo pensara que no estaba lista para un nuevo embarazo, y el año la sorprendió con el vientre abultado hasta el día que parió a un nenito flaco, de grandes ojos y nariz ñata, signo evidente de la estirpe, quien fue llamado Rómulo, en honor a un filme italiano que gustó a Maura y no a ningún mito ni novelista, como le sugerían.

Cuando Rómulo muestra su primer diente, luego de semanas de berrinches incontrolables, acompañados por convulsiones teatrales, respiración corta y tosecita, Maura corre a los vecinos y lo pasea orgullosa, llevando la cuenta de los elogios y de los dedos mordidos, cosa que era justa si se ponían en lugar de Rómulo, en el rol de mono enjaulado, soportando cuanto dedo quería palpar el “dientecito de leche de Mulito.

Los hermanos —seis en total, excluyendo a Mulito— casi se alzan en armas al ver que Maura se pasaba contemplando a Rómulo, permitiéndole cuanta pocavergüenza se le antojara, y dándole lo mejor de su plato. Romulito no se inmutó en lo más mínimo, no los determinó, pero muy secretamente decidió acabar con las distinciones.

Maura malinterpreta a Mulito. Cree que el niño está sin apetito porque no se entusiasma con sus cremas de plátano y canela. Al cocinar las papillas más suculentas y Mulito no comerlas, decide llevarlo al doctor. Sólo entonces se escucha la voz de Juancho. Su marido opacado desempolva las cuerdas vocales y se levanta en contra de la malversación de las arcas de la familia, todo con Mulito y su bienestar únicamente en la cabeza. Pero Maura se ajusta los overoles que siempre ha llevado —nunca Juancho— y le aplasta con el índice y lo devuelve a su plomería silenciosa.

En la clínica del doctor Báez, Maura lució su peluca mientras aguardaba en la sala de espera con sus hijos Mulito, César, Elvia y la Nata. La Nata estuvo todo el rato pellizcando a Mulito, hasta que llegó la enfermera y anuncia su turno. Maura tiene que dejar a los otros niños con la enfermera entre maldiciones, malhayas, patadas, llantos y mocos, trenzas deshechas y olor a frijoles digeridos. Con todo, Maura guarda su orgullo darienita y les lanza la fulminante mirada de esperenquelleguemosalacasa.

El Doctor Báez no examinó a Rómulo porque lo vio lozano: le recetó una ritalina cada cuatro horas durante tres días, redujo su dieta a garbanzos cocidos y leche crema, y ordenó traerlo si los síntomas de asma persistían. A partir de la visita, Rómulo comenzó a tener ataques de asma.

Maura ahora se sienta al borde de la cama, mientras los niños pululan y duermen en un mismo vaivén, velando el sueño de Rómulo, de cuyo pecho emana un coro de grillos. Maura levanta la sábana y se mete a la cama. Busca el bajo vientre de Juancho, pero éste se da la vuelta. Recuerda las recomendaciones del doctor Báez, los ojos vidriosos de Juancho, la cara de hambre de cada uno de los niños; traza el menú de mañana, tiende ropas entre bostezo y bostezo, se pregunta qué ha salido mal, verifica que el fuerte está en su sitio, y va relajándose sin lograrlo totalmente porque Rómulo abre los ojos y gime cuando le falta aire.

VIERNES COLONIAL CON LA CHINA

La curva de la calle les embutió los estómagos y decidieron bajarse en "Samy". En algún momento impreciso para el menú, Raúl seleccionó entre las múltiples frituras que devoraron al instante: hojaldras de harina de trigo acompañadas con café negro a las nueve de la noche, sin contar una nota ascendente que los elevaba del asfalto y contribuía a la contaminación pulmonar cuando enfilaron hacia la avenida Balboa.

La China miraba por el espejo retrovisor y Raúl se perdía en letras y luces de colores, una a una tras otra las leía y guiaba en un tráfico más sereno que el habitual. La ciudad los adormecía con sus avenidas pobladas de rostros ocultos. La noche llegó tensa: unas punzadas agudas en la base del cuello irguieron la cabeza adormecida de Raúl. Era un viernes indefinido, sin movimiento ni ajeteo de cuerpos sinuosos, bailes o ritmos. El nuevo año entraba caldeado y la rutina seducía: Panamá vibraba con los que se resistían al recogimiento.

La brisa les reanimó. De pronto, la China ríe y se pasea con ojos sorprendidos por las calles. Cerca del Instituto Nacional la seduce la vida nocturna, el suicidio circular de soldados yanquis atontados. Se apean en calle Estudiante. Caminando ven caras, divisan el límite de la Zona del Canal, los soldados que perpetúan su vida de noctámbulos eternos, y ya frente a un bar limítrofe de neón, las luces enloquecen la mirada de Raúl y se internan en su penumbra.

En un estrado, la chola gorda suda y serpentea en su bikini rosa a los acordes leves de "betcha got a chick on the side, sho you got a chick, I know you got a chick on the side" que van agitando su baile y el canto del solista que balbucea ruidos que quieren ser inglés y aborta notas en la guitarra, mientras China reconoce a la flaca de calle 13 en el otro estado, tratando de llevar el ritmo de rock que choca a sus entrañas. El estroboscopio parpadea, beben, los soldados miran, la lengua por salirseles, los ojos vaciados en rostro infantil de catequista con metralla, imbecilizados, imbécil, la chola rosa les mueve las carnes y un hilo de baba le cierra la boca al gringo de la esquina que vuelve a la realidad del bar de prostitutas, de hombres que miran a la chola rosa y a la flaca de calle 13 y, por la retaguardia, al muchacho hermoso de largos cabellos, de piernas largas y cerveza, quien lleva el canto al clímax: "I saw you, don't cha try to hide, yes; don't hide from me, no, no, no".

Salen. La China se indispuso, náusea en el momento indicado, acalorada en el bar; los gringos, su licor, los machos de pueblo, y los angustiados, asfixiados en un espejo poluto de ron y colonia, daban vueltas en espiral. Poco a poco se desvanecía la improvisación de rock asimilado, de carnes en subasta y cortes militares. La China se sintió relajada, encendió el radio del carro, y cuando se creyó liberada, el locutor anunció: "Disco Time!"

EL REINADO SECRETO DE ELISA

En la Gran Plaza de la Revolución, los oradores agitaban abanicos de papel con fotografías de chinas y alejaban las moscas gordas que se posaban sobre la calva del Excelentísimo. Así semejaban una fotografía ruinoso de principios de siglo, mientras esperaban sus turnos para dirigirse a la masa iracunda por el sol y el calor, que se exhibía en los más sorprendentes disfraces por la avenida Principal, se integraba a una de las comparsas, bailaba en la calle, o bien escuchaba a la banda republicana entonar las primeras notas de "Almendra".

Desde la avenida, Juan Karlos aguardaba el instante señalado sin perder de vista a Gustavo, acantonado en el café "Brisas del Mar",

entre la muchedumbre que escuchaba el danzón. "Todo será cuestión de segundos", instruyó Valverde, a la par que frotaba sus manos, sonaba los dedos y se mordía una uña. "Sólo esperas a que hable el ministro yanqui", insistió, "y te infiltras entre la gente hasta llegar al kiosco de la plaza. ¿Está claro, Juan Karlos?" Eran instrucciones sencillas, pero la espera del día para ejecutarlas la había pasado con café rancio y galletas de soda sin mantequilla en el sótano de la casa gris donde vivía Rafael, quien ahora esperaba impasible frente al mural que leía "El socialismo viene y va", pintado la noche anterior por él mismo y los compañeros de la Brigada Maraón, la misma noche que Elisa confrontó a Valverde.

—Eres muy bella para ser revolucionaria — Valverde en tono despreciativo. Ella lo miró fijamente:

—Lo triste es que el título lo ostenten tipos como tú, machistas y sexistas que no ven más allá de lo externo.

Ahora sólo se escuchaba un rumor infraganti, y casi al instante, vivas y aplausos recibiendo el carro alegórico de la reina oficial de los Carnavales del Tercer Tratado, Elisa Primera y la murga que despedía el ritmo carnestoléndico cadencioso. Juan Karlos volvió su mirada hacia el café. No vio a Gustavo. Se alarmó. El pecho se le contrajo. Rafael le hizo señas y pudo divisar a lo lejos, calle abajo, a Gustavo, escoltado por dos oficiales. Dudó. Ahora sólo

("La efectividad del plan ha sido estudiada con minuciosidad por la compañera Elisa y yo" -Valverde.- "Nos movilizamos al área varias veces, calculando distancias, tiempo, posibilidades libres de riesgo...") sentía angustia. Rafael le miraba nuevamente pero desesperado esta vez al alejarse, no, al ser empujado por dos soldados rasos. El carro alegórico de la reina del Comando Sur se acercaba pesado, con rubias de anuncios de dentífricos. Quedaba solo y rápidamente se perdió en la multitud.

El ministro yanqui tomó la palabra. Juan Karlos (una de mil cabezas llenas de confeti) se abrió paso entre la gente que se movía contraria a su dirección, el paso firme, con la mano en su bolso, asido el explosivo, se detiene para dar paso al carro que imita un inmenso velero. Entonces escuchó dos disparos. Mira hacia el kiosco y ve el cuerpo del ministro doblarse como acordeón, lentamente, la frente manándole sangre, un flujo escarlata; otro disparo y alcanza a ver la sangre del Excelentísimo cuando salta de su pecho y se contrae de dolor; Juan Karlos pierde la firmeza de sus pasos, la calma por el plan alterado, y como visión ve a Elisa cruzar el kiosco, con risa triunfal y

corona de reina, con el arma en la mano, y la ve caer bajo los golpes que le propinan bajo los gritos de la gente que ahora cae cuando él, sigiloso en decisión de último minuto, arroja la bomba al velero de cartón y madera, saltan en mil pedazos las gringas de sonrisa petrolera, sus edecanes y el papel maché de las decoraciones, y el pueblo que huye desenfrenado; Juan Karlos cae y ve venir pies y tacones que van amasando su tronco, piernas, cráneo.

La prensa publicó las fotos de Elisa y Miss Comando Sur al recibir las llaves de la ciudad de manos del Excelentísimo, la lista de accidentes automovilísticos, el compromiso de las Parias, y en las páginas sociales, Pinky X anuncia (caliente, de boca fidedigna) que el Excelentísimo y el ministro del norte pasarían unos días con sus queridas familias respectivas en (pase a la pág. 10, Sociales).

En la calle, el pueblo fue a misa y anotó la fecha en espera de otros carnavales.

ROGELIO SINAN

La Isla Mágica

DECALOGO PRIMERO

1. Contrapunto simbólico en memoria del héroe.
2. El Paso de las Animas.
3. Las brujas ayudaron a Felipe.
4. Pro mutuo beneficio.
5. Se bañaba desnudo en la charca de los gansos.
6. Anel y el peje.
7. Lázaro, surge et ámbula.
8. Felipe cae en el garlito.
9. Señales de mal agüero.
10. Los muertos son como los vampiros.

1

CONTRAPUNTO SIMBOLICO EN MEMORIA DEL HEROE

—Mis queridas alumnas, basta por hoy. Al concluir mi elogio deseo expresarles, en calidad de amiga y educadora, mi espontáneo y más íntimo sentir sobre el héroe a quien todas, de mutuo acuerdo, hemos resuelto dedicar esta estatua. Juan Felipe Durgel merece el cálido honor que le rendimos no sólo por su vida ejemplar sino porque hoy se cumplen diez años de su sensible fallecimiento.

— ¡Vaya tupé! ¿La oyes, Malala? Tú sabes que ese truhán fue mi desgracia. Por culpa de él murió mi nieta, que en paz descanse. Lo

absurdo es que a pesar de esa infamia le hace la apología. Lo encumbra como a un varón ilustre. ¿De cuándo acá fue insigne su prosapia? El negro Pipe descendía de lo peor. Tú lo sabes. Las Durgel, madre e hijas, instauraron aquí la más preclara dinastía de las putas. Tu sobrina está loca, María Adelaida.

—Amadas educandas, todo en la isla recuerda con cariño y ternura a Juan Felipe Durgel. ¿No escuchan como un rumor de voces? Es la forma de hablar de las criaturas de la Naturaleza. Para ellas él continúa viviendo, pues desde niño se mantuvo en contacto con ese mundo mágico que nos rodea día y noche: brisa, árboles, campanas; mar, balandras, gaviotas; peces, mariscos, olas; nubes, tormentas, frutas. ¿No creen que la quebrada lo evoca en sus recuerdos?

—Claro, ¿cómo olvidar al niño que entre mis aguas se divertía, desnudo, prieto como un diablillo? Con madera de balsa y engranajes de inservibles relojes hacía mínimos botes con los que, compitiendo en regatas, lograba superar a sus compinches.

—Tampoco yo, que soy el mar, olvido al robusto adolescente que nadaba veloz entre mis olas sin dejarse vencer. No les temía ni a las voraces tintochas.

—Aplicadas alumnas, no tergiversen mis palabras ni acudan al rubor intimidadas por lo que voy a confesarles. Escuchen con unción: Felipe fue un misterio gozoso. (No me beses, Chompipe.) Había resuelto situar la esfera de sus constelaciones en todo vientre de mujer.

—Bien sabes que fue un cínico, Malada, un impúdico violador de doncellas. Sólo pensaba en la pagana rebeldía de la carne contra la Ley de Dios. Por su vida de oprobio y de pecado debe ahora estar sumido en el infierno achicharrándose con otros condenados. Te invoco a ti, Luzbel, ¿dime qué opinas de ese huésped egregio?

—Mejor no me lo mientes. No pude someterlo ni encasillarlo según mis pautas milenarias. Nuestras computadoras estuvieron a punto de estallar. Felipe no tenía credenciales ni siquiera aptitudes para vivir y someterse a un régimen sistematizado como el que impera en el Infierno. Tampoco fue admitido en el Purgatorio. Menos pudo colarse en el Reino de los Cielos. Tuvimos que dejarlo en libertad y a su libre albedrío, pues tuvo el cinismo de decirnos que, no creyendo en pájaros preñados, prefería ser satélite mostrenco. Aún sigue errante, tal vez a la deriva. Murió como vivió, siempre en contradicción consigo mismo, pero no por su culpa. No tuvo más remedio que ser un transgresor de la Ley sencillamente porque así figuraba en los signos de su cábala. Su dosis de lujuria, por fortuna, tenía a

su haber un privilegio: estaba exenta de inhibiciones. Por eso sus instintos eran irrefrenables. La libídine lo hacía actuar como un tigre sobre su presa. El hambre es lo que impulsa a la bestia que, sin saberlo, es cruel. De igual manera, a veces, la posesión sexual tiene apariencias de ser un acto cínico o perverso o sátnico. Quien lo ejecuta goza, sacia su hambre, y es inconsciente de su propia violencia. Obedece a un mandato inexorable. Desde luego, es lógico que a mí me echen la culpa. Pregúntenselo a Dios que es mi creador. Yo me lavo las manos como Poncio Pilato. De todos modos, los beatos de tu clan, Vicente Barcia, me siguen calumniando aun a sabiendas de que cualquier gesta genésica se rige por ordenanzas pánticas.

—Dilectas jovencitas, Juan Felipe Durgel tenía el destino del sembrador Adán a quien Dios dijo: Siembra tu semen, ahonda, multiplícate. (No me toques, Chompipe.) Es ésa la razón por la cual sometióse al gran dictado divino sin poner cortapisas a su insaciable furor de ser ni aun a su desmedida ansia de deshacerse.

—El muy ladino tenía la fatua e inmodesta pretensión de imaginarse que todas las doncellas de la isla (como si le debieran vasallaje) debían pasar bajo sus horcas caudinas, pero tú sabes, Lala, que era un pobre infeliz sin raciocinio. Se burlaba de las cosas de Dios y de la Iglesia.

—Nosotras, las campanas, no lo quisimos mal. Supo tocarnos con cariñoso tacto para hacernos cantar. ¿Cómo culparlo de su heroísmo fálico si lo hizo para que se cumplieran las Escrituras?

—Por tal razón, debo decíroslo, inocentes alumnas, Felipe prodigaba, casi despilfarraba su fecunda simiente. (Cálmate, Pipe. Tus caricias me electrizan la piel.) Su prodigiosa savia, su semilla, deseaba germinar; pero era en vano, pues prejuicios raciales decapitaban su eclosión condenándola a la esterilidad. (Suéltame, Pipe. Me enloqueces.)

—Un libertino, Lala, un mujeriego; lenguaraz, egoísta, mentiroso. ¿Qué se podía esperar de un individuo de tan innoble casta, de un perverso burlador de muchachas? Sin escrúpulo alguno creía tener derecho de pernada, pretensión que tal vez no era ostentoso afán de hacer alarde, pues cuando revisamos los cómputos de sus más conocidos desafueros obtuvimos la triste convicción de la jugosa cifra de mujeres caídas en las redes del seductor amén del cúmulo de inermes vírgenes violadas por él con artimañas.

—Nosotros los instintos de Felipe, supimos rebelarnos contra la ultramontana y mezquina moral estatuida por anticuadas normas de totem y tabú. Por eso lo impulsamos al disfrute de la vida libérrima. ¡Loemos la pureza del cuerpo en su desnudo esplendor! ¡Negamos

el pecado original! ¡Ilustres beatas, abajo las camándulas y las hipocresías!

—Juan Felipe Durgel había crecido, mis amadas discípulas, como espiga silvestre sin temerles ni a la lluvia ni al sol. Desde niño juguetaba desnudo sobre la arena o zambullíase entre las olas. (*Sosíégate, Felipe. Sé cómo estás. Te siento.*) Nació y vivió en esta isla, despreocupadamente, mecido por el mar y arrullado por las palmeras lánguidas.

—Y nosotras, sus glándulas, no hacíamos cosa que vivir en perpetua actividad. Con tal espécimen era preciso estar alerta día y noche. Semental pura sangre, Felipe era rijoso y estaba convencido de su estupenda dimensión varonil. Garañón o padrote, como quiera llamársele, era un hombre. Su desventura fue, a no dudarlo, su loca e insaciable búsqueda del placer. Goce tras goce, vivió de realidades efímeras. De ahí que fue un eterno insatisfecho. La mujer que él deseaba, la inasible, se deshizo en promesas, en un perenne sueño inaferrable.

—Maldad, libertinaje, impudicia, vicio y refinada crueldad, lo sabes, Lala, todo eso fue Felipe. Hacía alarde de sus proezas lúbricas sin preocuparse de las pobres criaturas ultrajadas de las que él se burlaba. Se afanaba de dar siempre en el hito mediante argucias. Las reglas de su juego no consistían en rebuscados halagos o en el vestir con garbo o en seducir a las mujeres a fuerza de ir enhebrando frases almibaradas y llorosos requerimientos sino en el vil engaño, la vulgar engañifa o la violencia a mansalva.

—Desde el cielo estrellado, siempre alumbré sus lides amorosas sobre el pontón o en la playa o en las barcas. Cierta precoz gringuita, poseída por él, convulsionada, mirándome brillar en el cielo, le decía ebria de goce: *Look at the moon, John Pipe. It is beautiful.*

—Felipe era la gota cayendo en el océano (*sí, cariño, ten calma*); era el chisguete viril del surtidor (*Pipe, modérate*); era la esencia de todas las pasiones.

—Un vago, ocioso, flojo, sinvergüenza, haragán, chulo y poltrón. Dormía a sus anchas mientras la gente honrada cumplía con sus deberes como Dios manda.

—No era tan perezoso, pues en casos de urgencia madrugaba. Yo acunaba su panga entre mis olas cuando, a cambio de dólares, entretenía el spleen de alguna gringa otoñal. Me decía: *Oh, mar, ayúdame. Necesito dinero.*

—Su desmedida soberbia y su incoercible lujuria lo volvieron cruelmente despiadado como si su sevicia la causara algún deseo de venganza.

—Toda hembra aprovechable debe ser poseída.

—Tienes razón, buen zángano. Lo grave es que si alcanzas a tu reina, tras poseerla, debes morir. Qué lástima. No vamos a negarte que nosotras, las flores, también sabemos algo de esa filosofía. No hay existencia que no surja de un polen.

—Queridas educandas, no quisiera que malinterpretaran mis palabras, pero creo necesario confesarles que cada noche, al evocar a Felipe, me parece verlo surgir de mis ensueños como un fantasma real -delfín en celo- de entre las olas glaucas. (Sigo añorándote en mi aun fogosa soledad. Vivo evocándote.) No olvidemos que fue un gran pecador, según dicen, y que no tuvo tiempo de arrepentirse. Eleve-mos piadosamente nuestros ruegos con la seguridad de redimirlo.

—Por desgracia, nosotras, las mujeres de la isla y sobre todo las madres, sin noticias exactas de lo que sucedía, tal vez pecamos por haber sido incautas y poco precavidas. Claro, no era posible predecir sus ataques ni evitar su lasciva voracidad. Mucho menos podíamos aplicarle la sanción merecida, pues las zonzas jovencitas burladas preferían silenciar su desventura como lo hacían, años atrás, las violadas por los marines entre los que campeaban también gringos negros que, cuando estaban ebrios, cantaban “Yo también soy América” como diciendo “si los blancos lo hacen, también nosotros lo podemos hacer”.

—Mis olas cadenciosas rompen sobre los arrecifes y acantilados del humilde cementerio de la isla. Quizá bajo la losa donde una mano amiga grabó su nombre descansen en paz su pánico entusiasmo generoso.

—Sin embargo, tengamos fe, Malala. La justicia divina fulmina al pecador tarde o temprano. Esperemos que cuando él rinda cuentas en el Valle de Josafat obtenga... (Ráfaga musical)

—...la gloria que merece (no me excites, Felipe) que es la de estar sentado a la diestra de Dios Padre.

(Compases de órgano. Coro de voces núbiles. Repique de campanas).

EL PASO DE LAS ANIMAS

Si no amenaza lluvia ni tiene urgencia de visitar a algún enfermo, don Plácido Ladera emprende a diario su caminata vespertina cuyo habitual itinerario es la vereda que bordea la bahía rumbo a la playa de Barlovento hasta cuyos abruptos arrecifes no llega desde la muerte de Balbina.

Su paseo cotidiano sólo incluye en su recorrido la distancia que va desde su casa hasta el puente que cruza la quebrada. Detenido sobre él mira el inquieto correr del agua, le echa un corto vistazo a los tamarindos, rememora su infancia y, de regreso, se toma un buen descanso bajo los árboles del umbroso rincón que la costumbre sigue denominando El Paso de las Animas.

El tupido ramaje de corpulentos mangos, caimitos y mameyes une sus hojas y forma sobre el sitio como una especie de túnel vegetal de umbrío frescor cuyo atractivo crece a medida que el sol va declinando y adquiere cierto carácter de misterio que invita a meditar, sobre todo, porque una cruz de hierro señala allí una inicua efeméride que en realidad recuerda un crimen sádico.

Cristianos símbolos idénticos, clavados en diferentes puntos de la isla, dan testimonio de muertes ocurridas de modo trágico en los aciagos tiempos de la Colonia o en los días turbulentos de la Fiebre del Oro, pero ninguna cruz, piensa él, ha dado pábulo como ésta a tan copiosa tradición de fantasmas y de otras mil supersticiones.

Al apartar con su bastón la hojarasca que cubre la peana, golpea por incidencia la cruz y de su herrumbre se desprenden costriatas de óxido. Las sacude, se sienta sobre el ruinoso zócalo y contempla la dársena.

Años atrás, gente piadosa anónima mantenía en aquel paso una guaricha siempre encendida para eterno descanso de las benditas ánimas del Purgatorio. En ese tiempo, aún no había como ahora alumbrado eléctrico, piensa don Plácido, y los pocos faroles del Municipio sólo beneficiaban áreas pobladas. Siendo una bóveda de tan sombrío ramaje, el Paso de las Animas dio pábulo a leyendas de aparecidos, un perro negro, un cura sin cabeza, cierto ahorcado que ardía. Los timoratos temían aventurarse de noche bajo sus árboles.

Cuando la oscuridad invadía la isla, la luz de la bujía agigantaba el zigzaguo de las sombras a cuyos lóbregos efectos se unían el ruido de las frondas movidas por el viento, el mugir de las olas y el chillido estridente de los murciélagos. Sólo jóvenes ebrios temerarios se arriesgaban impávidos por tan siniestra curva del camino, pero lo hacían en grupos y jamás se olvidaban de rezarle a las ánimas.

Don Plácido no cree en supersticiones.

—¿Cómo sigue Balbina? —dijo Clotilde—. Te envió recado. Acuérdate. Está grave.

—¿No fuiste a visitarla? La pobre está tan sola desde que se llevaron a su nieta para el asilo de dementes. Puede estar en las últimas. Aún puedes...

—¿Ir hasta Barlovento?

—La tarde está cayendo —dijo Vicenta—. Debes apresurarte. No te olvides de rezar la Magnífica.

Don Plácido Ladera contempla el mar, las barcas, las gaviotas.

Allá en la lejanía, un trasatlántico, rumbo a la boca del Canal, da la impresión de estar inmóvil.

Sobre los arrecifes se aglomeran, con su flemática alharaca, innumerables pelícanos algunos de los cuales, como por turno, alzan de vez en cuando el vuelo, planean con sus extensas alas abiertas, descienden bruscamente, se sumen como flechas entre las olas y salen luego a flote chorreando agua con su presa en el pico.

A poca altura, sobre la orilla de la playa, las tijeretas abren y cierran las puntas de sus colas como cortando el aire. Diminutos cangrejos corren de un lado a otro y hacen esguinces huyendo de la inquieta chiquillería semidesnuda que saca almejas de la arena. Creo que uno de esos niños es Juancito el hijo de la maestra Salerno. Se le ha escapado. Hoy ella debe estar en la iglesia muy atareado en los arreglos del Santo Sepulcro.

A lo lejos, el majestuoso paquebote se va ocultando tras una isla, buena prueba, piensa don Plácido, de que su inercia era aparente. Igual pensamos de los astros; parecen fijos, pero marchan veloces. ¿Y el tiempo? Lo imaginamos lento o rápido según la relación que establezcamos entre él y nuestras vidas en base a diferentes estados de ánimo. La verdad es que el tiempo es la más paradójica de las incógnitas.

Esta fugacidad de la existencia me ha jugado la peor de las partidas, pues de pronto me he dado cuenta de que los años se me han venido encima vertiginosamente.

Lo que en definitiva ha consternado a don Plácido es la evidencia de que faltan pocos días para llegar a ser ni más ni menos que un contumaz nonagenario de barba rala y testa calva. Tan fugaz es el tiempo, que apenas le parece haber iniciado ayer sus clases como maestro de enseñanza primaria.

La verdadera vocación de don Plácido, como todos sabían, aún seguía siendo la medicina, carrera de la cual logró aprobar, en Bogotá, varios cursos. Fue una lástima no haber podido... Bueno, se vio obligado a interrumpir sus estudios debido a las continuas asonadas y por falta de medios sin que aun ello lo hiciera desistir de proseguirlos a la buena de Dios. Su tenaz sueño de convertirse en médico contra viento y marea lo hizo volver del altiplano con más bríos y creció en él de manera tan obsesiva que sin ayuda de maestros se hundió en los libros; sirvió en los hospitales haciendo oficios de enfermero y ayudando a practicar las autopsias; luego fue cirujano de emergencia y adquirió gran destreza amputando piernas y brazos durante las agónicas jornadas de la guerra civil. Cuando quedó cesante "por razones políticas", se estableció definitivamente en la isla, supliendo la carencia de médico y aun de farmacia ya que él mismo vendía las medicinas que recetaba. Poco a poco se ganó la confianza de todo el pueblo. Lo buscaban hasta en las altas horas de la noche y aun en la madrugada, pues al fin y al cabo no tenían en la isla a quien acudir. Por consideraciones de estricta ética jamás cobró honorarios. Se conformaba con lo que producía la venta de los medicamentos si bien es cierto que el debe y haber de la botica no balanceaban casi nunca ya que los clientes adquirían las medicinas al crédito y, una vez curados, olvidaban el compromiso de pagarlas. Ni siquiera la escasez económica en que vivía habría bastado a decidirlo cuando el Alcalde quiso que me encargara de la Escuela Primaria en ocasión de la aciaga muerte de mi hijo Néstor que era maestro debidamente titulado y que además poseía una sólida cultura didáctica. Seducido por Débora sufrió como una especie de colapso ético y se dejó arrastrar por el berrinche lujurioso de la hembra. Supe ocupar su puesto día tras día dejando a salvo el honor de la familia. Muerto él, no tuve más remedio que seguir ejerciéndolo gratuitamente el enterarme de que Néstor había pedido un préstamo al Banco Nacional para despilfarrarlo con su coima. El Presidente de la República, padrino de él, le había servido de fiador y, desde luego, consideró oportuno que la Escuela siguiera sin maestro mientras el muerto cancelaba su deuda hasta el último centavo. Por tal motivo reemplacé a Néstor ad honores. Años después, por suerte, me confirmaron en el puesto. La asignación, sin ser muy alta, era una base eficaz para su quebrantada economía. Se dedicó casi del todo a la enseñanza. Más serviré como maestro que como médico, decía, porque en esta isla nadie se enferma. Con este sol, este mar y esta brisa no hay dolencia posible. Sólo se mueren los ancianos aunque todos gozamos de una salud matusalénica. Cuando lo pensionaron, después de mil gestiones, fungía de Director de la Escuela. Tenía bajo su mando varias maestras ya que la población

escolar había crecido a causa de la abundancia de mariscos y del aire yodado como él decía. Sus funciones docentes no le impidieron la adecuada atención de sus enfermos y, al jubilarse, volvió a ejercer de lleno la medicina sobre todo porque el subsidio que recibía tenía características de dosis homeopática. Sus dos hermanas solteronas administraban, mejor que él, la farmacia, valiéndose del viejo santo y seña de hoy no se fía, **mañana sí**. Ellas también atendían a los diversos quehaceres de la casa, pues ambas eran duchas en la cocina y expertas en encaje de bolillo y repostería, habilidad que les volvía indispensables en nacimientos, bodas, cumpleaños y velorios. En el pueblo solían llamarlas por cariño la niña Clo y la niña Chenta.

—No te olvides de ir a ver a Balbina -le había dicho Clotilde. Y Vicenta:

—Si ves al perro negro, rézale la Magnífica.

Ya era de noche en Barlovento y el bohío de Balbina no daba más señales de vida que los rebuznos del borrico y el ladrido de un perro. No había vecinos por todo aquel contorno. La débil claridad que despedían varias velas encendidas frente a un retablo me permitió acercarme hasta la cama. La pobre anciana apenas respiraba. Tenía congestionados los pulmones y muy apagado el pulso. Abrió los ojos y en su agónico esfuerzo musitó algo que oí a medias. Más que mi ayuda física, lo que necesitaba era el auxilio espiritual de un Sacerdote. No había ninguno en la isla en esos días y mi deber era salvarla a toda costa. Luché a brazo partido durante varias horas aun convencido, como lo estuve desde el instante en que llegué, que todo esfuerzo mío sería inútil y que nada en el mundo podía cambiar el desenlace fatal. En un rincón del cuarto, junto al altar, había un imagen del Nazareno casi del porte de un muchacho crecido. Era la que, montada en el borrico, hacía su entrada triunfal bajo los arcos el Domingo de Ramos en recuerdo de la ida de Jesús a Jerusalén. En sus últimos gestos ella trataba de indicármela. Se la acerqué. Quiso tocar el rostro del Mesías, pero quedó como en suspenso, con los ojos abiertos. Se los cerré piadosamente. Cubrí el cadáver y salí. Estaba oscuro. Sentí de pronto un ruido extraño que me paralizó. ¿Era el gorrico? Caminé casi a tientas entre penumbras y eché a andar muy de prisa y excitadísimo, pues me sentía culpable de aquella muerte. ¿Cómo pude olvidarme de visitarla? ¿Por qué motivo no acudí a su llamado desde tempranas horas de la mañana? La habría salvado. De ello estaba seguro, sobre todo porque Balbina tenía fe en mí. En su sencilla escala de valores, yo ocupaba, después del Galileo, la inmediata categoría. Confió en mí. No cumplí. ¿Lo hizo Jesús? Para ella, sí. Mientras trataba de analizar los hechos procurando absolverme de

esa especie de complejo de culpa que iba invadiéndome, me di cuenta de pronto que estaba a punto de atravesar El Paso de las Animas cuyo lóbrego túnel me dio pavor. La parpadeante luz que desde el nicho despedía la bujía creaba sobre el camino una siniestra abracadabra de sombras. Los murciélagos volaban junto a mí sibilantes y de repente sentí a mi lado la presencia inequívoca del perro negro. Percibía claramente sus pisadas. ¿Qué rezar? ¿El Magnificat? Además de haber sido buen liberal, yo era masón. Había olvidado mis oraciones. Nada podía librarme de mi miedo, de mi angustioso sentimiento de culpabilidad.

Cuando llegué a mi casa, mis dos hermanas me esperaban desesperadas y habían salido a media calle con una lámpara encendida. Parecían enteradas de lo ocurrido porque una de ellas dijo:

—Nos traes el perro negro de Balbina. ¡Qué buena cosa!

—Claro -dijo la otra-. Ella, en su gloria, ya no lo va a necesitar. Ven, Barrabás. Compórtate. Vivirás con nosotros.

El sol, ya en el ocaso, lanza sus últimos relumbres sobre la eternamente móvil grandiosidad del mar.

Presintiendo que su hora de cenar se aproxima, don Plácido emprende el camino de regreso.

3

LAS BRUJAS AYUDARON A FELIPE

—Pues te aseguro que Felipe estuvo en un tris de que se lo llevaran las brujas -dijo María Dolores.

—No le creas a tía Lola, Serafín -terció Cándida.

—Dios te va a castigar por incrédula -repuso la aludida.

—Se ha comprobado que las brujas existen. -Con Serafín del Carmen nadie estaba seguro jamás. ¿Hablabas en serio? ¿Bromeabas? La tía Lola se le quedó mirando-. Aquí en la isla se han dado muchos casos...

—Que sólo descreídos como Plácido y Cándida pueden poner en duda. Lo de Felipe fue un suceso verídico. Una noche las brujas lo hicieron extraviarse entre la espesa frondosidad que hay tras la escuela y aunque no las veía quedó aterrado porque ellas lo foeteaban con las ramas y se reían a carcajadas. Era como si los arbustos lo azotaran a puros vergajazos. Y aun las mismas ortigas se dieron gusto. Para

colmo de males, Felipe estaba en cueros. Se formó un zipizape de los infiernos porque las mismas brujas tocaron las campanas y la gente corría de un lado al otro sin resolver a qué atenerse. De chiripa lo pudieron salvar. Yo, por mi parte, me encerré en mi recámara a rezar la magnífica.

Con su totuma de guandú desgranado la tía Lola se metió en su cocina. Desde allí perjuraba contra la gente incrédula y seguía persignándose.

De mutuo acuerdo, Cándida y Serafin del Carmen se esfumaron muy silenciosamente hacia la iglesia. Esa tarde, tras el solemne lavatorio, se iba a oficiar la última cena. Los doce ancianos más representativos de la isla, ataviados de apóstoles, iban a ser honrados en el altar y en la plaza del pueblo. Ya estaban en sus puestos, con sus túnicas blancas, los más asiduos y puntuales: Senón Oviedo, Sócrates Galarza, Píndaro Cárcamo, Marco Aurelio Medíquez, Agustín Izaguirre y Benigno Pascal.

Faltaba aún mucho para la ceremonia del lavatorio y, para colmo de males, hacía mucha calor en la iglesia.

Cándida y Serafín del Carmen buscaron en el atrio donde sentarse al fresco. Desde allí se admiraba parte de la bahía y algunas barcas. A lo lejos humeaba un trasatlántico.

El anunció:

—Esa historia que nos contó tía Lola...

—Inverosímil -dijo ella.

—Tal vez ficticia pero, sí, verosímil. Ideal para mi libro.

—¿Piensas crear fantasías?

—Deseo darle elementos a mi imaginación. Eso es el arte.

—Lo que contó tía Lola es un infundio. La verdad es distinta. Ese chalet que está frente a la escuela, sobre la misma playa, donde hoy está instalada la Unidad Sanitaria, era antes casa para alquilar. Un gringo, jubilado de la primera guerra mundial, cuyo nombre nadie supo jamás, residió allí casi un año. Se pasaba la vida navegando en un bote con motor fuera de borda. Era extraño, hosco, huraño. No hizo amistad con nadie. Tenía fama de disparar muy bien. Tal vez su afán de soledad y escapismo se lo inculcaban los espectros de aquellos a quienes en la guerra despachó al otro mundo.

Tenía una esposa joven, demasiado bonita y pizpireta, puertorriqueña. La llamaban Bonina e hizo muy buenas paces con la gente del pueblo. No había fiesta donde no la invitaran. Siempre se presentaba sola. El esposo jamás la acompañaba. Bailaba bien. Poseía un admira-

ble temperamento. Cooperaba con las actividades de la Semana Santa y asistía a los oficios religiosos.

Parece que Felipe le hizo proposiciones impúdicas y ella supo esquivarlo honestamente pero, como era demasiado sincera, se lo dijo al esposo y éste, borracho, estuvo a punto de asesinar a Pipe, que escapó monte arriba y, atrapado, no tuvo más remedio que invocar a las brujas para que lo salvaran. Se dice que Faustina organizaba aque-larres a todo dar. Creo que no es cierto.

—La historia que me cuentas puede ser o no ser la verdadera pero carece de asideros para colgarla como se cuelga un cuadro y hacerla parecer verosímil.

Beto Cárcamo que, por estar cercano había escuchado lo que Cándida y Serafín del Carmen conversaban del finado Felipe, se aproximó a ambos primos con sonrisa sardónica y les dijo:

—Esa famosa historia de las brujas se ha repetido tanto que ya casi parece inverosímil. No sacaríamos nada ni invocando al espíritu de Felipe. Lo que él mismo me dijo puede ponerse en duda pues sabemos que era el hombre más mentiroso de la isla. Los compinches de Pipe llamaban a Bonina **La Borinqueña**. Por más honesta y pura que sea una dama, si está famélica y escasa de lo que ya sabemos, se ingenia para saciar su instinto aunque para ello peque contra el tabú paradisiáco. Felipe, que tenía olfato canino, se ingenió, la asedió, la hizo suya. Como el gringo no estaba casi en la casa ni por las noches, Felipe y la feliz **Borinqueña**, después de darse un baño entre las olas, se metían en el lecho a hacer su agosto. Felipe les contaba a sus amigos que él y Bonina se paseaban por la casa desnudos bebiendo tragos o haciendo esto y aquello. A veces, aun desnudos, nadaban en el mar a media noche. Los demás lo envidiaban, lo cual dio pábulos a un anónimo. El gringo se volvió celoso. Preparó su revólver y le dijo a Bonina que iba a matar al negro Pipe. Como es de suponer, Bonina se lo dijo a Felipe que, haciendo alarde de coraje creyó oportuno llevar también su colt en la cintura. Todos los días, bien de mañana, se iba del lado atrás de la isla y disparaba balas a tutiplén y a troche y moche para afinar su puntería. Una noche, el gringo se presentó en la casa de sorpresa. Felipe logró escapar, desnudo, por la cocina pero, por no dejarse ver tal como estaba, no tuvo más remedio que correr loma arriba bajo los árboles hasta llegar a un sitio boscoso. Para salir de allí no le quedaba otra escapatoria que pasar por el sitio donde el gringo esperaba bien borracho dispuesto a disparar. Felipe recordaba que el hombre había peleado en la guerra. Tenía fama de buena puntería y un cruel aspecto de criminal. La noche iba avanzando. Los murciélagos lanzaban sus chillidos escalofriantes, los sapos croaban y

el viento remecía fuerte las ramas. Felipe comenzó a sentirse incómodo pensando en brujas y en espectros. Se había ocultado precisamente en cierto sitio del que se rumoraban las cosas más terribles. De repente tuvo una idea genial. Desde la loma donde estaba escondido se veía claramente la lucecita de la torre y, guiándose por ella, comenzó a disparar contra las campanas. El pueblo se alarmó. Todo el mundo corrió hacia la bahía creyendo que se trataba de algún naufragio o de un ahogado o de alguna nueva víctima de los tiburones. Cuando Felipe sintió a la muchedumbre, se echó a gritar como un demente ¡Auxilio! ¡Ayúdenme! ¡Las brujas quieren llevarme! Lo salvaron a tiempo. Lo cubrieron. Y nadie puso en duda la historia de las brujas. El gringo se marchó de la isla con su preciosa Borinqueña pero luego se supo que al año la dejó horrorizado porque ella tuvo un hijo de Felipe. La famosa casita se convirtió más tarde en Unidad Sanitaria. Recuerden que instalamos en ella a los oficiales de la guerra de Coto.

4

PRO MUTUO BENEFICIO

—Doctor Ladera, escúcheme. Quisiera consultarle algo que a lo mejor va a resultarle enojoso.

Fin Lay, el nuevo director de la escuela, es quien lo saca de sus cavilaciones.

—¿Qué tal, Delfín?

Imaginando por dónde va a salirle, se ingenia para evitar a todo trance la enojosa entrevista. Tira de su leontina, ojea el reloj, nota que la hora de su cena está cerca; mira a Fin Lay, comprende que el más mínimo intento de dilación sería inútil y, entre cordial y recelo, dice con toda parsimonia:

—Mientras hablamos, podemos avanzar hacia mi casa. ¿De qué se trata?

—Supongo que ya se habrá enterado.

—¿De qué?

—¿De qué va a ser, don Plácido? Del lamentable e insólito discurso que la maestra Salerno pronunció esta mañana ante la estatua de Francisco Pizarro. Según ella, hoy es el décimo aniversario de su inauguración.

—Lo cual es cierto.

—Y de la muerte de Felipe el Hermoso. Lo cual es falso.

—Según se mire.

—La maestra se disgustó conmigo porque supone que me opuse a la asistencia de los alumnos en la plaza. No dependía de mí. Como ellos ahora están de vacaciones, ayudan a sus padres en las faenas del campo o en las del mar. Cuando les quedan horas libres, el cura párroco los convoca en la iglesia para catequizarlos y organizar sus coros.

—Pero aun sin la asistencia de escolares, tengo entendido que hubo bastante público en la plaza, de lo contrario, ese discurso...

—La maestra improvisó su monserga a la manera de ciertos alcoholitos que desde el atrio de la iglesia lanzan diatribas ante un imaginario auditorio de fantasmas.

—Símil injusto con el que ufanamente sientas cátedra, pues dejas entrever que una persona en sus cabales será incapaz de...

—Exacto.

Don Plácido se detiene frente a la cerca de su casa. Hay allí muchas flores y el aire está aromado, sobre todo por el suave perfume de los jazmines. Respira hondo. Saca de nuevo su anticuado cronómetro. Lo abre y mira la hora como dando a entender que la entrevista ha terminado.

Fin Lay, en tono falsamente patético, le dice:

—Lamento disgustarlo, porque sé que la estima, pero es inevitable que usted, en su carácter de médico, certifique, quiero decir, haga constar que la maestra Salerno, debido a su salud... Bueno, será preciso separarla del cargo. No veo otra solución.

—¿Estás loco?

—¿Yo o ella?

—Por ser recién llegado y ajeno a la isla, es lógico que andes ayuno de noticias. La maestra Salerno estuvo a punto de ser nombrada Directora, prerrogativa que ella de veras merecía, pues la venía ejerciendo *ad honores* en espera de que la jubilaran como maestra, pero fuiste tan hábil que, valiéndote de influencias políticas...

—Un momento.

—Déjame continuar. Nada hay de malo. Tú merecistes el cargo e hicieron bien en concedértelo. La maestra Salerno ya había anunciado su decisión de retirarse. Está cansada y además, según ella me dijo, se creía inepta o, mejor dicho, incapacitada para regir la escuela debido

a que ella sufre de ligeros conflictos emocionales. Esa actitud a mí me basta como una buena prueba de cordura.

—Sin embargo, el discurso me pareció confuso e incoherente. Ninguna de sus frases era alusiva a don Francisco Pizarro. Más bien hizo el elogio de Felipe el Hermoso. Yo creía que...

—En esta isla todo ocurre con una lógica de sueño. No te extrañes de nada aun por absurdo que pueda parecerte, pues a veces los hechos, sin dejar de ser reales, adquieren apariencias maravillosas. A ello se debe la exuberancia de misterios y de supersticiones. Creemos en fantasmas, en hechizos, en brujas, en tesoros ocultos, en prodigios marinos, en milagros y hasta en sueños premonitorios. Desde que nacen, nuestros niños llevan al cuello escapularios contra el mal de ojo y otras raras creencias como la Tulivieja y la Silampa.

—Pretende invalidar mi pregunta, soslayándola; pero, doctor, dígame al menos si no me he equivocado al pensar que el monumento de la plaza se erigió a la memoria del gran conquistador del Perú.

—¿Qué duda cabe? Sin embargo, no ha de faltar quien te asegure que ésa es la estatua del Comendador.

—Será porque en el fondo simboliza la odiosa hegemonía del viejo imperio español colonialista. Pizarro era hombre de muchas encomiendas y además un tirano que comandaba a sangre y fuego. Tal vez lucía la Cruz de Calatrava.

—Quien hace alarde de ello es el Nopo cada vez que se juma. Dice que por sus venas corre la sangre hispana de los conquistadores. Como es hombre de presa, se ha apoderado de casi todo Barlovento cuyos dueños, deudores arruinados, perdieron esa parte de la isla por casi una bicoca. Siempre se ha dicho que el Nopo tiene el alma vendida al diablo, pues se hizo rico como por arte de birlibirloque o de abracadabra. ¿No te parece que ha de haber un intríngulis? Averígüelo Vargas. Lo cierto es que las cosas suceden en la isla como a la inversa. Claro que las razones son de índole local. Corresponden a nuestra idiosincrasia farandulera y surcidora de trápalas. El mar con sus mariscos y su yodo, nos enciende el cerebro, nos infunde mil fantasmagorías y, para colmo de males, el alcohol y el sexo son la mecha que da fuego a la pólvora. Con relación al monumento debo explicarte ciertas graves minucias que acaso ignores. Lo que sí sabes muy bien al pie de la letra es que en el meollo de todos los mejores de nuestra historia siempre hay algo que huele mal. Cuando Marino Olaya se enfrascó en su campana para que lo eligieran diputado, nos ofreció el oro y el moro: no sólo el acueducto y el alcantarillado sino también luz eléctrica. Ganó con mil chicanas la curul, y al exigírsele el debido cumplimiento de su promesa, se volvió todo dengues y

merengues. Para salir del paso, nos decía: Señores, si yo fuera Ministro de Fomento. Finalmente llegó hasta el Gabinete y ¿qué hay de nuevo?, le dijimos. Acorralado, ya no pudo escurrirse y anduvo dando manotazos de ahogado. Talavera, el cuñado, que es otro que bien baila, lo sacó del apuro con una solución que, más que simple argucia, era un diabólico ardid. Había en los sótanos de uno de nuestros Ministerios una estatua lograda a cambio de no sé qué convenio cultural con España. La verdad de los hechos es que en la Madre Patria nadie veía con buenos ojos ese bronce de Felipe el Hermoso, semental extranjero de reino efímero. Por eso, al regalárnoslo, la hispanidad no hizo otra cosa que desembarazarse de un estorbo. La caja que contenía el real donativo reposó varios años entre un fárrago de trastos olvidados hasta que Talavera le aconsejó a Marino Olaya la idea genial de endosarnos el fiambre y hacérselo tragar asegurándonos que era la efigie de Francisco Pizarro. La esposa del avieso honorable fue la encargada de traernos el féretro, quiero decir, la caja. Desde entonces la llaman Juana la Loca. Tras ella vino el líder, con bombos y platillos, a colocar la primera piedra del pedestal. Su discurso en elogio a Pizarro nos pareció contradictorio, pues aun seguía sobre el cajón el membrete que había indicado el contenido del mismo con una frase categórica que decía: ESTATUA DE FELIPE EL HERMOSO. Haciendo caso omiso de tales nimiedades, ambos tunantes promovieron la famosa campaña del saco de cemento encaiminada a recaudar donativos para erigir el pedestal. Con la enorme colecta de materiales y dinero logrados se habrían podido pavimentar las carreteras satisfactoriamente, pero lo cierto es que la jugosa zafea sirvió pro mutuo beneficio, pues los tiernos cuñados construyeron dos chalecitos a la orilla del mar aquí en la isla. Son dos casitas rojas muy pizpiretas en cuyos negros zócalos los escolares escriben palabrotas con tiza. Por tal motivo y en homenaje al adalid de la conquista peruana, todo el mundo las llama las pizarras. Debido a la escasez de cemento, el pedestal quedó reducido a su mínima expresión. El prócer está a tan poca altura, que los jóvenes, en noches de parranda, al orinar junto a él, hacen apuestas para ver quien le atina en la boca con el chisguete, vieja costumbre que ya es tradicional.

Fin Lay parece ensimismado.

—No se exalte, maestra. Si sigue empecinándose, tal vez me vea obligado a separarla del cargo. Debe usted comprenderme. No puedo estar de acuerdo con su disertación de esta mañana frente a la estatua de Pizarro. Recuerde que sigo siendo el director de la escuela.

—¿Se refiere a mi arenga ante la estatua de Felipe el Hermoso? Soy hija de español y a pesar de ello me he sentido obligada a ser sincera y a no enseñar mentiras con relación a eso que llaman la

Madre Patria. Ya sé que usted y yo diferimos en ese punto debido a mis ideas sobre los buitres hispanos de la Conquista, invasores que todo lo que hicieron fue destruir nuestras culturas con el pretexto de difundir el Cristianismo. No obstante, continuamos honrándolos. Ciudades, avenidas, paseos, monedas y condecoraciones llevan el nombre del español Balboa cuyo mérito fue ser un asesino. Galardonó a su perro por degollar indígenas. Sería más adecuado que nuestros símbolos se llamaran Leoncico, pero ¿por qué exaltar glorias ajenas? Esa es misión de España. La muestra debe circunscribirse a enaltecer la memoria de tantos héroes nativos que murieron luchando contra esos inhumanos depredadores. Bien sabemos que entre los mismos cimarrones hubo rebeldes dignos de gloria, negros de valentía insuperable como Bayano, Mozambique, Mandinga y muchos otros, sin olvidar al más genuino de todos, al más gallardo: nuestro amado Felipe.

—¿Felipillo?

—No. Me refiero al otro.

—Cuál Felipe, maestra?

—¿Cuál ha de ser? El único. ¡Felipe el Hermoso!

—¿Lo incluye entre los negros?

—Por supuesto.

Viendo a Fin Lay como en un suspenso, don Plácido le dice:

—Es natural que ciertas cosas de esta isla te parezcan absurdas. Ya te lo dije. Te habituarás a ello. ¿Te queda alguna duda?

—Desde luego. La maestra Salerno sigue insistiendo en que hoy se cumple el décimo aniversario de la muerte de Felipe el Hermoso que, sin lugar a dudas, murió hace siglos, envenenado por su suegro Fernando el Católico. Supongo que ella ignora que Felipe el Hermoso era un Habsburgo, rubio y de sangre azul.

—La maestra no aludía en su discurso al archiduque de Austria, rey de Castilla, sino a un negro de esta isla, Juan Felipe Durgel, crucificado y muerto en nuestra iglesia de modo misterioso hace diez años a media noche un Viernes Santo. Tenía los ojos zarcos como su abuelo Gancho Hermoso cuyas hazañas lúbricas imitaba. Seductor de mujeres a las que por contraste prefería rubias, Felipe era rijoso, malgeniado y astuto. Fue un auténtico burlador de doncellas. Le decían Pingamoza, nombre que aquí le damos a una ortiga venosísima e irritante. Te advierto que en nuestra isla nadie se salva de que le cuelguen un apodo. Debes tener cuidado.

Fin Lay siguió el camino de la rampa. Quería bajar hasta la playa, pues le había parecido oír el sonido del fotuto con el que anuncian en la isla la venta del pescado y esperaba conseguir a buen precio alguna sierra o una buena corvina. Al descender los escalones de calicanto, vio que en la orilla de esa caleta, poco antes solitaria, había una rara aglomeración de curiosos que, en un principio, le hicieron abrigar la ilusión de que tal vez iba a lograr un bien apetecible trozo de mero.

De modo desalado, un muchachito venía subiendo la pendiente, nervioso. Fin Lay tuvo enseguida el presentimiento de que la pesca tenía trasuntos de tragedia. Logró atrapar al chico por un brazo.

—¿Qué es lo que ocurre?

—No me detenga. ¡Suélteme! Voy a llamar corriendo al doctor Ladera para ver si lo salva. Creo que se ha ahogado.

—¿Quién?

—Juanito, el hijo de la maestra Salerno.

Varios hombres ascendían por la rampa. Beto Cárcamo portaba el cuerpo inanimado del niño. El nefasto mensajero impaciente logró zafarse de las manos de Lay y echó a correr hacia la vieja bodega de don Plácido. Algunos transeúntes se sumaron a la doliente caravana e indagaban las causas y detalles del accidente.

Mientras depositaban sobre una de las bancas a la inocente víctima del mar, se oyó una voz imperativa.

—Permítanme pasar— dijo, apartando a los curiosos, don Plácido.

Examinó el desnudo cuerpecito yacente y le aplicó el estetoscopio, tratando de auscultar cualquier leve latido del corazón. Tampoco el pulso en la muñeca daba indicios vitales.

Beto Cárcamo, que había servido en el ejército norteamericano, creyó oportuno declarar que él hizo lo imposible por volverlo a la vida aun con respiración de boca a boca, pero sin éxito.

—Quien lo sacó del fondo fue el Manchao -dijo, señalando a su lado a un musculoso y extraño adolescente. Era muy blanco pero tenía una mancha negra que casi le cubría medio rostro.

—Se había fugado de la iglesia -dijo éste-. Nos descuidamos, por el apuro que teníamos de dejar listo el Santo Sepulcro para esta noche. Nadie iba a imaginarse que Juanito escaparía hacia la playa. En días como éste la gente no se baña en el mar. Es peligroso. Guiándome por las pistas que me dieron, bajé a buscarlo a la bahía. Unos chiquillos se bañaban desnudos y estaban muy entretenidos tirando al aire una pelota. Ni se habían dado cuenta de que Juanito, poco

experto e ingenuo, había querido nadar junto a ellos. Lo buceamos entre las olas arenosas. Cuando al fin di con él...

—Todo es inútil. Está muerto -dijo don Plácido, haciendo un gesto desapacible al erguirse.

—Ya es hora de tocar las matracas -dijo el Manchao, alejándose, preocupado y aprisa.

Don Plácido habría querido detenerlo, pero ya el otro, en dos zancadas casi iba aproximándose al atrio.

—La maestra Salerno tal vez siga en la iglesia -dijo sin convicción-. No deben darle allí la noticia. Será para ella un golpe inesperado y amargo. Puede afectarla seriamente. Hasta nueva orden, creo preferible que el cadáver se le entregue al abuelo.

Llevando entre sus brazos al niño extinto, Beto Cárcamo se echó a andar calle abajo acompañado por algunos curiosos.

Mientras el resto dispersábase, se oían los más curiosos comentarios.

—Es pecado zambullirse en el mar el Viernes Santo.

—Pudo volverse peje.

—Las mujeres dizque se truecan en sirenas.

Los hombres, en tritones, pensó don Plácido. Proteo es el mar y es cambiable. Posee la magia de metamorfosearse.

—Menos mal que no había tiburones -comentó el Mogo Tin.

Don Plácido pensó: Lo mismo daba. Comido y digerido por ellos, también se hubiera transformado en pescado, materia pisciforme, sustancia íctica, gélida. Recordó a su hijo Néstor luchando por salvarse, la aleta del escualo, el coletazo, la espuma enrojecida, los trallazos del mar. Mugientes olas, diáfanas, glaucosaladas, móviles.

Delfín le dio la mano al despedirse.

A lo lejos, se escuchó el grito lacerante de la maestra. (Ya le avisó algún hijo de su madre. ¿El Manchao?)

—Lo lamento, doctor.

SE BAÑABA DESNUDO EN LA CHARCA DE LOS GANSOS

Felipe descendía gorja abajo sofocado por la densa humareda sin esperanzas de sufragio ni de posible redención y habría caído en los infiernos si la Gracia Divina no le hubiese otorgado oportunamente el perdón de sus pecados. Cuando estaba en un tris de ser tragado por las llamas eternas lo salvaron a tiempo las campanas de la primera misa que, al llamar a los fieles, hicieron el milagro de despertarlo. Semidormido, con el cuerpo afiebrado, estremecido por azogadas ráfagas de escalofríos y náuseas, deliraba soñando que un demonio sumido en sus arterias persistía en torturarlo. Liberado del íncubo, azezante, con la respiración acelerada, le parecía seguir sintiendo en la nuca la garra de Mandinga y en el reseco paladar el azufrado aire mefítico que, a poco más, le hubiese producido la asfixia. Al fin, despabilado del todo, se dio perfecta cuenta de que lo que bullía en su sangre no eran sino los habituales diablos azules del alcohol; a causa de ellos su sed abrasadora lo obligó a escribir con inusual regocijo el refrescante rumor de la quebrada que corría a pocos metros de su casa. La cabeza le daba vueltas y le dolía terriblemente. ¡Malditas desveladas y bonita la gracia de embolarse a diario! Ya estaba harto de guaro y de parrandas insustanciales. Basta ya de güevadas, pensó. Tenía no recordaba qué carajal de noches de andar con sus amigos traguitarreando sin mencionar los meses y los años perdidos en la más puñetera haraganería. La chupitanga de la víspera había sido de las de padre y señor nuestro. Para colmo de males no hubo sancocho porque el Mogo se resistió a robarle las gallinas al chino alegando vaya usted a saber qué martingalas de los diez mandamientos y el disanto. Por lo menos pudimos atracarnos de salmón con cebolla, limón y ají chombo.

Sintió voces y risas de muchachas que iban de urgencia hacia la iglesia. ¿Quiénes serían? Ya caigo. Por el timbre y tono juvenil se me antoja que son las dos sobrinas de Beto Cárcamo. La mayorcita, Nina, confieso que está en punto de caramelo. No te metas en otro lío, Felipe.

Hartas vainas tenía ya con la esposa que en el sucio camastro, sumida en plúmbeo sueño, mostraba al aire y sin decoro su avanzada gravidez tumefacta. Sobre el hinchado vientre de Leila se posaban las moscas deslumbradas por un rayo de sol en el que fino polvillo luminoso sublimaba la mugre. Te fregaron, Felipe, caíste en el garlito, Señor, en tu infinita misericordia concédele una fiebre puerperal y acógela en tu seno para eterno descanso de su alma en pena. Reposa en paz, amada avispa.

Se vistió a la ligera, con las debidas precauciones para no despertarla. Celosa como está y enconada, me armaría un zipizape de la de Dios es Cristo. Recemos por el alma de la que en vida fue. Ante todo, salir de esta pocilga. Hiede a berrinche. Necesito respirar aire puro. Con cautela, cerró tras sí la puerta. La brisa húmeda y el canto de los pájaros (debe ser muy temprano) le despejaron las ideas plenamente. Regocijado, tras echar un vistazo sobre el verde follaje de los árboles, dio un salto jubiloso. Las palomas revolotearon asustadas. Se la pasan turrututeando y en pura cogedera. Sólo sirven para una mala sopa. Caldo de palominos para las grávidas recomienda Faustina. La tinaja, bajo el añejo cobertizo de cañas, le reavivó la sed. Un trago de agua no me caería del todo mal porque la boca me sabe a guaro rancio. ¿Goma de níspero? Bebió con la totuma. ¿No tendrá gusarapos? Abombada. No la pudo tragar y echó sobre las piedras el buche. Mejor era bajar a la quebrada. Leila, con el pretexto de su embarazo, poco se cuida de la casa. Le vinieron unas ganas enormes de. Sésamo, ábrete. Orinó al pie del mirto. Roció de arriba abajo, con vengativa complacencia, la sinuosa corteza del arbusto, palo cojudo, me jodí por tu culpa. Sécate pronto. Muérete.

Repiques de campana le refrescaron la memoria. ¿Será el último toque? No debes olvidarte. Se casa con Hipólito. El alegre tintineo de los bronces lo hicieron evocarse en garulilla con los otros chiquillos corriendo loma arriba por la falda del cerro a cortar pencas y traerlas a rastras con gran estruendo y polvareda hasta la iglesia. Debidamente desgajadas y limpias, las puntiagudas hojas debían cubrir el presbiterio para la ceremonia de la Misa Mayor de la que nadie salía sin ostentar las tradicionales palmas benditas que, clavadas en cruz junto a la cama y tras las puertas, eluden acechanzas del demonio y evitan toda clase de enfermedades. Por andar corrinchando esa vez casi lo pica una coral. Por fortuna Chancaca logró matarla al vuelo con su machete. Separada del tronco, la cabecita de la víbora boqueaba enfurecida mordiendo el aire. Cuando se supo en casa la aventura, Betín se puso pálido, Dalila se echó a reír impávida y Cándida, que siempre fue nerviosa, estuvo a punto de sufrir un colapso de los que la atacaban con frecuencia.

Sí, hoy Domingo de Ramos se casa Cándida (¿no han pospuesto la boda?) aprovechando la ocasión de que el Ministro Marino vendrá a la isla con motivo de la inauguración del monumento a Pizarro. El y su esposa serán padrinos de la estatua y, acto seguido, del enlace. Nupcias de conveniencia desde luego según los dimes y diretes. ¿Qué otra cosa va a esperarse del Nopo? El novio es un espléndido armador de balandras y, dicho sea de paso, también hace ataúdes, por si las moscas.

Tal vez tengan razón las tías de Cándida. “Ese Felipe siempre ha sido un mangajo, un no nos dejes, un holgazán”. Es cierto. No hice jamás estudios regulares. Más me agradaba deambular por el monte robando frutas o navegar alegre viento en popa. Hijo adoptivo de la sirvienta Chon Candela, yo sólo fui el negrito piadosamente recogido, criado en casa de Nopo quien, por aquello de que la letra con sangre entra me santiguaba con tan asidua y evangélica religiosidad que siempre me hizo andar con cardenales. Los hijos de la señora Fina se entretenían conmigo y con la perra Pelusa en el traspatio. Aunque eran casi de mi coteja, sólo yo me exponía alcanzando marañones y mangos de las ramas más altas con peligro de descuajaringarme. Por fortuna yerba mala no muere según decía tía Chon que desde luego no hacía más que darme órdenes: Felipe, haz esto y lo otro, sé recatado, abróchate, no andes con eso al aire, pueden verte las niñas y a lo mejor se asustan, ocupa tu lugar, no seas intruso, ven a pelar las papas, muele en el almirez este par de ajos con achiote, pimienta y una miajita de culantro.

A veces, sofocado, me bañaba desnudo en la charca de los gansos y por maldad solía mostrarles a las **nenas** mi gran bimbín erecto blandiéndolo reído como un estoque listo para el ataque. Cándida se tapaba los ojos con ambas manos y huía aterrada; Dalila se complacía mirándome y acaso imaginaba mil futuras delicias; Betín, niño engreído, corría a acusarme. De repente, el gallego salía con el zurriago. ¡Suápata! ¡Suápata!

— ¡Te largas de mi casa!

Joven, bonita y zalamera, mi tía Chon insinuaba con su mejor sonrisa:

— Si él se va, yo también.

— ¡Nada de eso! ¡Qué diablos! Que se quede, pero que aprenda a respetar a mis hijas. Debes tener cuidado con este rejodido cabrón.

Cuando al Nopo se le iba el mal humor y, ebrio de guaro y de lujuria, besaba tras la puerta a tía Chon, Dalila sonreía maliciosa provocándome:

— Déjame vértelo otra vez como enantes.

(Dalila, tú eras una chiquilla endemoniadamente precoz. Arrebastaste tu ración de caricias robando un turno ajeno; sin embargo, qué goce enfurecido y, bruscamente, qué inevitable pena, **Chirelita**.)

Fruta en agraz, Dalila, demasiado alocada e insinuante, mariposeaba en torno a mí, interponiéndose entre mi sexo y Cándida quien, por ser la mayor (creo recordar que me llevaba tres años) era muy responsable y atendía a la mamá devotamente. La señora Delfina,

agotada por la tisis, vivía siempre encerrada en su recámara y tosía con una voz cavernosa que daba miedo.

Cuando, huérfano e indefenso, llegué llorando a la casona, fue Cándida quien se acercó solícita a consolarme. Dalila, en cambio, me hacía burlas, maligna:

— ¡Zambito tonto!

Betín me veía hosco, torvamente celoso.

Cándida, desde entonces, me hizo caricias maternas, cariñosas y dulces:

— ¡Negrito lindo! ¡Mi tesoro! ¡Amorcito!

— Débora, apiádate del niño. ¿Qué culpa tiene Pipe de parecer un huérfano, pues aunque tú eres su verdadera madre lo has tratado como si no lo fueras. Por culpa tuya Goyo Gancho, tras cometer el crimen vive ahora sepultado en la cárcel. Pipe ha quedado sin papá ni mamá pues tú te empeñas en andar brujuleando, borracha, con ese vaporino. Ya sé que piensas irte y abandonar al niño. Sienta cabeza, idiota. No vayas a perderte. No sigas deshonrándonos, Débora. No corras esa loca aventura. Luego te va a pesar. No vayas, Pipe. Déjala. Corría desnudo por la playa bajo la noche tempestuosa llorando a gritos tras la madre que, en pleno estado de embriaguez e ilusionada por la dulce promesa de conocer los siete mares, había resuelto irse de la isla con el maldito vaporino. Empapado por la lluvia y las olas, no me dejes mamá, se asía a su falda, pero ella, enloquecida de furor y de brama, le daba crueles manotazos. ¡Vuélvete a casa! Atormentado por los nutridos golpes, el niño unía sus gritos al pavoroso coro del temporal. ¡Mamita linda, no me dejes! El aguaje había cubierto del todo los escalones de la rampa de embarque. ¡Que me sueltes, te he dicho! Los rápidos destellos de los relámpagos permitían vislumbrar de vez en cuando la panga en que el odioso marinero se iba acercando. ¡Ya deja de gritar! Maniobrando difícilmente con ambos remos el vaporino aproximaba la nave con cautela en espera de que fuese posible el abordaje. ¡Prepárate a subir! Ella, luchando con las olas, se organizaba para el salto, pero el desequilibrio de su mente nublada por la embriaguez la hacía fallar. ¡Chiquillo idiota, vete al infierno! La resaca empujaba la barca hacia altamar, la alejaba. ¡Dale un sopapo a ese pendejo! Un golpe de ola lo hizo tragar salado. Tosió ahogándose. ¡Que se vaya al carajo! Brilló un relámpago y en ese mismo instante la bocina de un vapor aulló lúgubre. ¡Es la sirena de El Izabal, qué vaina! Le dio fuerte a los remos. ¡Tenemos que apurarnos! El temporal mugía. ¿Qué esperas? ¡Embárcate

ligero! Ella hacía esfuerzos por desasirse del retoño que, aferrado a su falda, seguía gimiendo. La marejada forjó una onda propicia que el vaporino aprovechó para acercar la embarcación al pretil. Al dar el salto, la mujer intentó zafarse al niño, pero no fue posible y ambos cayeron en la panga. Ella, airada, lanzó una obscena exclamación y se vengó del daño golpeando al hijo. ¡No podemos llevar a ese mocoso! ¡Que se eche al agua! El muchachito miraba con terror a aquel hombre que, bien borracho, seguía remando mar afuera. Aunque la luz intermitente de los relámpagos no le dejaba distinguir bien la cara patibularia y los rasgos obscenos del rufián, el niño se los imaginaba, pues los tenía grabados en su memoria de tanto verlo en sopetcos con la madre. No se afeitaba la barba espesa. Parecía un forajido. Lo odiaba. Siempre que iba a la casa, por las noches, borracho a la par de ella, se complacía apretándole al niño los testículos hasta lograr sacarle aullidos que estremecían la noche mientras él y su amante reían felices. El Izabal volvió a bramar trágicamente. Era el anuncio de que se preparaba a levar anclas. La borrasca arreciaba. Sin descuidar los remos, el marinero comenzó a maldecir con palabrotas y amenazas. ¡Echate al agua, coño! ¡No podemos llevarte! El niño sollozaba pegado al torso de la madre. ¡No quiero líos ni estorbos! El vendaval aullaba. Verás que tu hijo sabe nadar muy bien. Dejó los remos, se levantó colérico, sacó un puñal y avanzó hacia la popa donde el niño, al flanco de la madre, manifestaba su terror asiéndose a ella. ¡Salta, vergajo! De manera instintiva, la madre quiso proteger al pequeño, pero el otro la apartó de un revés. La sirena de El Izabal seguía mugiendo. ¡Tírate, mierda! , gritaba el hombre enfurecido. Al resplandor de los relámpagos el niño vio brillar el cuchillo. La panga daba tumbos sobre las olas cuyos trallazos se sentían en el rostro. ¡Brinca ligero, Pipe! ¿No ves que va a matarte? Amedrentado, él se aferraba a la madre. ¡Hay tiburones, mamita! Blandiendo el arma, ya impaciente, el marinero tiró un envión para asustar o herir al niño, pero el violento cabeceo de la barca lo hizo dar un traspiés. Trastabillando, quiso asirse de algo y en la caída perdió el puñal. Haciendo piruetas de equilibrio se alzó hecho un energúmeno y agarrando con ambos brazos al pequeño lo lanzó al agua. El inocente se sumergió un instante, pero al salir al flote nadó de nuevo hacia la nave y asido al borde luchaba por subir, pero el otro le daba golpes con el puño cerrado. La madre, horrorizada consigo misma, se halaba los cabellos, procuraba no ver y aullaba: ¡Mátalo ya ligero! El vaporino cogió uno de los remos y le asestó un leñazo al niño que, perdiendo las fuerzas, cayó al agua, pero el terror a los escualos lo hizo seguir nadando con ansias de abordar la embarcación. El marinero se preparaba a rematarlo con el golpe de gracia cuando la madre, tal vez arrepentida por su impiedad, gritó angustiada: ¡Pipe, zambúlette!

Afortunadamente la indefensa criatura, al escucharla, logró sumirse entre las olas. Al resurgir vio que la panga se había alejado tanto que ya era inútil cualquier intento de alcanzarla. Mejor era nadar rápidamente hacia la playa. Por el dolor del golpe sabía que estaba herido, La sangre atrae a los Tiburones. Si sienten el sabor estoy perdido. Trató de apresurarse. Ni el Mogo Tin ni el Fulo, que tenían tanta fama, sabían bracear como él. Se deslizaba ligero como un pez. La tempestad seguía rugiendo. Los relámpagos alumbraban la orilla de vez en cuando. Sabía que el tiburón de un solo cuajo desgarraba carne y huesos. El hijo sordomudo del zapatero pudo salvarse de milagro pero quedó sin pies. Le parecía que el peje iba siguiéndolo a muy poca distancia. Lo presentía. Debes salvarte. Rápido. Acelera. Finalmente sintió bajo él la arena firme. Cansado y acezante, se arrastró por la playa hasta que pudo recostarse a una peña algo apartada del furor de las olas. Sentía un dolor intenso en la cabeza. El Izabal pitaba anunciando su salida. Pensó en la madre. ¿Por qué carajo me seguiste, mierda? Volvió a llorar. Las olas reventaban furiosas. ¡Echate al agua, Pipe! Brilló un relámpago. Retumbaron los truenos. ¡Mátalo ya ligero!

6

ANEL Y EL PEJE

Al par de espléndidas casitas que tenían en la playa Marino Olaya y Celmira Talavera no sólo les decían las pizarras debido a que sus sólidas murallas eran, según el dicho, papel de la canalla sino también por ser dignísimas hijas de Pizarro pues, sin lugar a dudas, habían surgido del monumento al héroe. Nadie en la isla ignoraba que la colecta del saco de cemento fue una maniobra deshonesta que Marino negaba con inaudito desparpajo declarando que tal infundio tenía visos de infame pasquinada y de calumnia ofensiva a su dignidad.

Huérfanos de calor humano durante buena parte del año, las dos cultas pizarras sólo eran habitadas algunos fines de semana y en los cálidos meses de vacaciones. Una de ellas la ocupaba la gorda esposa de Marino, la Nena, con sus tres hijos y la criada Cirila mientras la otra servía de alojamiento a los Talavera que, a falta de hijos, se rodeaban de amigos que armaban en la playa ruidosas francachelas alrededor de una fogata o bailaban al son de un electrófono.

Entre las dos pizarras ofrecía un deslucido contraste la bodega de Cucho el lamparero cuyo genuino oficio más que el de darle luz al pueblo consistía en deslomarse del día a la noche remendando zapatos. Vendía además sandalias, alpargatas, chinelas amén de bolsas,

cinturones, sombreros y otras curiosidades típicas. Tenía también en venta corales, madreperlas, erizos, caracoles y conchas, **souvenires** graciosamente decorados por su hijo Anel que era hábil artista de la pintura. Sobre unas tablas a modo de anaqueles, frente a la casa, se veía siempre expuesta la variopinta mercancía marina que los turistas gringos miraban, manoseaban y aun compraban en raras ocasiones.

Quien atendía a las ventas y administraba las ganancias era María Palito, mujer de Cucho, que a ratos giraba por el pueblo vendiendo chances y billetes de la lotería. En manos de ellas dejaba Cucho la buena marcha del negocio al caer la tarde. Con los primeros tintes del crepúsculo salía de casa con la escalera al hombro y el mechero encendido y, deteniéndose de esquina en esquina, recorría todo el pueblo dedicado al oficio de encender los faroles sin olvidarse nunca de sí mismo al darse lumbre con su pacha de guaro pues, metódicamente, por cada lámpara encendida se echaba un lamparazo. De esa manera, él y las calles quedaban alumbrados.

Cuando algún úcase alcaldicio determinaba que los fanales no debían encenderse (ya fuese por la falta de petróleo o simplemente por economizarlo en ciertas noches de esplendoroso plenilunio), Cucho dejaba en casa mechero y escalera lo cual no era óbice para que él, por costumbre, dejara de emprender su itinerario y cumpliera con el sacro deber de iluminarse.

Las noches estivales o en las de ciertos fines de semana las **pizarras** competían al unísono en bullaranga, música y profusión de luces. Cucho y María Palito perdían la paz e inútilmente trataban de conciliar el sueño pero, en cambio, ganaban beneficios que traducíanse en tragos, alimentos y dólares.

María Palito, que era aseedora en ambas casas, solía quejarse a veces debido al recio aumento de sus faenas, pero llevaba a casa sobrantes de alimentos y bebidas amén de que sisaba a sus anchas.

Las ricas y alegres personas de ambas **pizarras** jamás habían comprado **souvenires** ni, fuera de los chicos, se habían aproximado a curiosear. Por tal razón María Palito se quedó extrañadísimo cuando esa tarde la Nena y sus tres hijos, de paso hacia la playa, llegaron a la tienda con el objeto de comprarle sandalias veraniegas a Carolín, chiquillo que, apenas de doce años, ya tenía exhuberancias y coquetos precoces.

Tito y Toti también querían pantuflas, pues nos avergonzamos de estas chinelas rotas, mamá, no seas tacaña.

—Yo soy quien se avergüenza de ustedes. Parece que tuvieran patas de hierro. Rompen zapatos como quien rompe globos. Apenas se los ponen los deshacen.

María Palito que, solícita, le mostraba a la Nena el reducido muestrario de chinelas, sandalias y alpargatas miró amorosa a su hijo que, junto al padre, se entretenía pintando en una concha un paisaje. Notó que Carolín le hacía caritas y que él le sonreía pero bajaba los ojos como evitando que alguien captara el devaneo. Desde diversos días atrás María Palito había observado aquel cruce de miradas entre la inquieta Marilín y Anel quien ya era todo un adolescente de buen físico y delicado aspecto.

De pronto, la gordinflona Nena, al ver los precios de las distintas muestras, dijo en tono descomedido y agrio:

—¿Por qué cobran tan caro por estas porquerías?

María Palito no pudo contenerse y expresó su rencor sin cortapisas:

—Señora, usted se queja de que sus hijos rompan zapatos como si fueran globos, pero no se da cuenta de que eso significa que están llenos de vida y que gozan, pues, por tener los miembros sanos, pueden correr, nadar y divertirse. Yo quisiera gastarme lo poquito que gano comprándole zapatos a Anel, pero eso es imposible porque, mírelo usted, mi único hijo no puede usar zapatos.

—¿Por qué? —indagó la Nena.

—Porque mi hermoso Anel no tiene pies, señora. Se los comió en el mar un tiburón.

—Ah, sí. Lo supe, pero eso fue hace tiempo. ¡Pobrecito! —Y al notar la mirada del inválido, trató de disculparse—. Perdóname, muchacho. No te quise ofender.

—No se preocupe —dijo María Palito—. Nuestro hijo es sordomudo. Fue por eso que no escuchó los gritos de quienes le advertían desde la playa la cercanía del animal.

Marilín, impulsada por un pavor extraño, salió corriendo de la tienda.

LAZARO, SURGE ET AMBULA

La muerte de Felipe causó en Hipólito un sentimiento de dolor tan profundo que no pudo evitar la exteriorización de su pena; lo lloró como a uno de sus seres queridos, como a un hermano o como a un hijo. El ataúd que le hizo, forrado en raso negro con estrellas plateadas, era talmente, según la inoportuna María Palito, que ni

mandado a hacer en la ciudad y le quedaba de lo más bien a Pipe, requiem eaternam. Hipólito no aceptó pago alguno por su trabajo. Sólo faltaba que... Nada, hombre. De eso ni hablar.

Nuevamente doblaron las campanas lo cual significa que el padre Brito ya estaba preparado para el oficio de difuntos y también para el viaje. Tenemos que apurarnos. Varios amigos de Felipe se disponían a alzar la caja cuando Leila vio llegar a don Plácido. Fue para ella como un tardío destello de esperanzas y, vuelta un mar de llanto, según María Palito, se adelantó a abrazarlo desolada, quejándose y aun acaso culpándolo, ya que si usted, doctor, hubiese estado en la isla mi esposo no habría muerto.

—¿Cómo fue?

—Esta mañana, cuando fui a despertarlo...

—Desembarqué hace poco. Beto Cárcamo me lo dijo en el muelle. Lo que no entiendo es la prisa por enterrarlo. Por lo menos han debido esperarme para cerrar la caja. ¿Qué apuro les urgía?

María Palito, procaz y deslenguada, soltó un ajo.

—Cojudeces del cura.

Chago Manuel Ladera rectificó:

—Tío Plácido, óigame... El Padre Brito viaja en la misma lancha que usted acaba de dejar. Quien no está a bordo dentro de una hora, adiós. El primer toque de sirena se escuchará dentro de poco.

Don Plácido hizo un gesto de impaciencia.

—¿Le hicieron el diagnóstico? ¿Quién ha extendido el acta de defunción.

—No estando usted, según lo convenido, tuvo que hacerla Gringo Saldaña. Dictaminó muerte causada por envenenamiento etílico.

—Ese no sabe de la misa la media.

Cuchito el lamparero, hediondo a guaro, dijo casi al oído del doctor, dándose pisto y en son de confidencia:

—Cuando clavé la tapa, noté algo raro. Además de las lágrimas que Leila le enjugaba, vi, con perdón sea dicho, que Felipe tenía la cosa tiesa.

Ladera no se fiaba de Cucho por ser éste un sempiterno bromista y un alcohólico no ciertamente anónimo, pero al saber que Leila confirmaba el raro prodigio de las lágrimas, Ladera sospechó lo que temía.

—Todo esto me parece muy raro -dijo-. Que el Padre Brito espere o que se vaya al carisma. ¡Abran la caja! ¡Rápido! No creo que Cucho lo haya notado erecto, pero lo cierto es que los muertos no lloran. Prefiero examinarlo yo mismo y aun de paso me gustaría hacer una prueba. Leila, consígueme un espejo. Me basta un pequeño de esos que llevan siempre las mujeres en su carriol.

Mientras varios amigos se esforzaban en desclavar la tapa del ataúd, las muchachas abrían sus bolsas y carteras. Mil manos se extendieron con espejitos. El doctor tomó uno (basta con éste) e iba a acercarlo a la nariz del finado cuando, al verificar que ciertamente tenía los ojos húmedos, comprendió que era inútil comprobar si su aliento empañaba o no el espejo.

— ¡Sáquenlo de ese féretro! A este Lázaro rijoso y lacrimógeno seré yo quien le diga *surge et ambula*. Hay que frotarle con cepillos las plantas de los pies y las piernas. Tenemos que lograr que le circule la sangre. Calienten agua. Déjenla hervir. Le aplicaremos sobre el pecho fomentos que le hagan reaccionar el corazón.

Las diligencias se llevaron a efecto con gran celebridad. El agua, que hervía en latas y que ya estaba listo para hacer el café, sirvió para empapar trapos y toallas. Desnudo sobre el lecho, el cadáver (que salgan las muchachas; que se queden las viejas) fue diligentemente friccionado por Leila, Chon Candela y Faustina. El Mogo Tin y Cucho, turnándose, acarreaban baldes de agua caliente. Don Plácido, quemándose las manos, aplicaba sin tregua los fomentos.

Siento las voces, los dobles de campana, la llantarria de Leila. La tiene preocupada la idea de que, por ser mi esposa, sin duda dará a luz un niño negro. Por eso se ha obstinado en abortar o quiere que le hagan un trasplante o un trueque. Cree que le injertarán un feto rubio. Dizque lo sabe hacer un ginecólogo que vive allá en la capital. No logro convencerla de que desista de esa idea. Discute, se sofoca, se altera. Ahora corre hacia el muelle cargando su maleta y se apresura para alcanzar la lancha. Trato aun de disuadirla caminando de prisa al lado de ella. Un sol de fuego vaporiza el sudor. Se escucha la sirena que anuncia la partida. Se oye un campanillazo. Suena el motor. La nave arranca. Qué vaina, dice Leila. Maldice, vocifera, blasfema. Desde el muelle vemos la estela blanca que va dejando la propela. ¿Qué hacer? ¿Cómo alcanzarla? Leila no se resigna. Desea que se produzca un milagro. Le ruego a Dios y ocurre. De pronto atraca al muelle un raro bote repleto de mulatas desnudas. Nos invitan. Hay que subir a bordo. No hay tiempo que perder. Le grito a Leila ¡salta! Lo hago tras ella. El timonel, anciano de tez bronceína, me reclama el pasaje. Le entrego dos monedas. La nave arranca. Leila

quiere explicar a las morenas cuál era el verdadero objeto de su viaje. "Ya lo sabemos, dicen, el mago Caligari te espera en el pontón." Apretujados entre las carnes prietas de las mulatas viajamos con vaites violentos hacia el pontón que, por fortuna, se divisa muy cerca y tiene jarcias enguinaldadas de pañales. Con suaves contorsiones, las mujeres (¿son culisas o negras?) procuran insinuársele maliciosas, manifestando claros deseos lascivos. "No me agradan las negras" -les dijo con aire desdenoso-. "Sólo digiero carne rubia". Convulsas, clamorean: "Fuimos blancas. Las flamas y el humo del Infierno nos tiznaron la piel. Míranos. Fíjate bien. ¿Nos reconoces? ¿Recuerdas a tus víctimas? Nos condenó a las llamas eternas tu lujuria. Ahora queremos salvar a Leila de tu engendro. Tal vez haciendo méritos nos dejarán entrar al Purgatorio." La sobaquina y el balanceo del barco le sientan mal a Leila que, ya en un tris de vómito, gime aterrada y hace mil aspavientos desahorados. Por fortuna llegamos al pontón. La brisa fresca y el feliz desembarco la tranquilizan, sobre todo, cuando ve a Caligari haciendo un círculo en cuyo centro la sitúa, la hipnotiza y le ordena desnudarse: Las negras danzan alrededor del fuego cantando yes we have not bananas. El mago coloca entre las brasas un falo enorme. Pregunto: "¿Qué va a hacer este bárbaro? Las culisas responden: "Va a achicharrar a tu hijo porque es de raza negra." Grito desesperadamente: "Tiene que haber un Dios benigno que impida esta injusticia de Ku-Klux-Klan." Se oye en el cielo un trueno y una voz detonante que ordena: "¡Cúmplase el sacrificio!" Atormentado, trato de hacerme oír entre el fragor de centellas y relámpagos. "¡Quiero entrar en el cielo! ¡Me he ganado el derecho de sentarme a la diestra de Dios Padre!" Ente las nubes resuena un coro polifónico de voces juveniles que dicen: "¡No lo dejen entrar, que va a violarnos!" ¿Serán de veras vírgenes? pregunto. Mamá Durgel responde: "Son las famosas once mil, Chompipe". Pregunto: "¿Quiénes son los llamados a entrar y cuáles son los que tienen derecho a sentarse a la diestra de Dios Padre?" La Voz de Dios contesta: "Esos sitiales sólo están reservados para oligarcas blancos". Grito: "Yo he visto a muchos de ellos violar negritas". La Voz de Dios responde: "No olvides que los ricos gastan mucho dinero en rogativas e indulgencias plenarias; ellos compran el cielo". Totalmente confuso, logro inquirir: "¿Se vende el Cielo?" "Claro, dice la Voz de Dios, a tanto el metro cuadrado. Por eso nadie consigue entrar si no viene equipado con óptimas indulgencias plenarias; pero debo aclararte que si los blancos se acuestan con las negras es para mejorar la raza y si lo hacen contra la voluntad de las negritas, comprende que al hacerlo se sacrifican por el bien de ellas y de la humanidad. Cumplen así las obras de misericordia que les confiere el don de entrar al Cielo". Enfurecido, le respondo: "Lo dices porque eres un Dios blanco; te

forjaron los blancos a su imagen y semejanza. En el catecismo me enseñaron que tú tenías un pueblo elegido a cuyos hombres les ordenabas asesinar a las razas que ellos consideraban inferiores; tú los hacías derramar sangre inocente; y en tu Cielo las mejores localidades, a tu diestra, son para gente rica de piel blanca. ¿Quiénes se sientan a tu izquierda? "La Voz de Dios contesta: "Cuando la izquierda triunfe, se sentarán allí los de la izquierda". Enloquecido de furor, le grito: "¡Tú eres un gran bellaco! ¡Vete al carajo, hijo de puta!" Se oye un trueno estridente; siento una **gaznatada** y la voz de mi Nana que me dice: "¡Cállate, boquisucio!". Las negras siguen cantando alegres **yes we have not bananas**; el mago Caligari **extrae** de entre las brasas el gran falo de hierro al rojo vivo. Se lo hunde a Leila por la boca hasta el vientre y una enorme humareda sube al unísono de un alarido unánime. El curandero va sacándole a Leila el feto en trizas y exclama satisfecho: "Carne negra para los tiburones". Al ver que se dispone a arrojar al mar los despojos, me echo sobre él enfurecido, gritando: "¡Es mi hijo, imbécil!". Me clava el falo ardiente en el pecho. Siento la **chamusquina** y un dolor lacerante. Hago un esfuerzo mental me despierto.

— ¡Un milagro! ¡Las campanas a vuelo! -grita María Palito.

Chillidos de mujeres, cacareo de gallinas y ladridos de perros.

—A este muerto no lo habían invitado los gusanos -dijo el doctor Ladera.

Como alguien casi a punto de asfixiarse, Felipe respiró plenamente y al fin logró decir:

—A poco más y me sancocha, doctor.

Todos se rieron menos Leila quien, según dijo Papá Chente, siguió llorando como una Magdalena.

Cucho el lamparero quien por cavar la fosa se había ganado una botella de ron le pasó ésta a Felipe, diciéndole:

—Bebe un trago, rijoso lacrimógeno.

El cadáver viviente trasegó glugluteando buena parte del carburante etílico con beneplácito de todos. Su regreso a la vida fue el clásico pretexto para empezar la chupatina.

FELIPE CAE EN EL GARLITO

Viéndolo aproximarse, varios patos madrugadores que nadaban alegres en la quebrada manifestaron su enojado estupor con voces raucas y trémulo aleteo tal como hacían aquellos odiosos gansos (hijos de) que en el traspatio de la casa del Nopo graznaban inevitablemente cada vez que Felipe se escondía a hacer sus cosas con alguna gallina o con la perra.

Se inclinó sobre el agua; calmó su sed; se remojó la cara; respiró a pulmón lleno de pureza del aire; cruzó al margen opuesto, y, al impulsarse para salvar un lodazal, asustó a un chanco que protestó brincagruñeando. Qué buenos chicharrones, pensó, bien saladitos, calientes y sabrosos como los que brindaron en el entierro de.

—Dalila, ¿qué haces aquí, chiquilla? ¿No escarmientas? Bañándote desnuda en la quebrada a esta hora, ya sé que lo que buscas es tentarme, pero no quiero líos con tu papá. Lo más seguro es que enseguida la emprenda a chicotazos conmigo. Aunque no te haga nada, siempre me echan la culpa de todo lo maligno que ocurre en la isla. ¿Te vas sin saludarme? La neblina no me deja mirarte. ¿Tienes tras esas matas tu ropa? Bueno, vístete y procura que el Nopo no se entere. No me sigas tentando, Chirelita.

Con briosa agilidad, apoyándose en las rocas salientes del barranco, Felipe fue ascendiendo loma arriba hasta la casa de quinchas de Nana situada en lo alto del escabroso precipicio en cuyo fondo rebullían cantarinas las aguas del torrente.

Sobre el rescoldo de un fogón de tres piedras humeaba silenciosa la cafetera.

Felipe entró al bohío dando voces, pero no halló a la anciana. Preocupado, se asomó al borde de la cuesta. Vivir en este sitio es un grave riesgo. Ya te lo he dicho, Nana. Sintió un rumor extraño. Trató de percibir entre la oscura brumalidad y, en efecto, notó que tras las matas del declive se movía alguien. Al acercarse, vio a Mimila, descalza como siempre, con las piernas desnudas, vestida con su blusita blanca que apenas le cubría lo necesario. Sostenía del ronzal a la burrita que, terca y caprichosa, insistía en recular hacia el barranco con gran peligro de caerse.

—Ten cuidado, Mimila. ¿No quieres que te ayude?

Felipe no olvidaba que la chica tenía que preparar y adornar a la jumenta para la procesión vespertina del Domingo de Ramos en la que el Nazareno hace su entrada en Jerusalén y recuerdo asimismo

que, por ser muda no podría responderle. ¿No lo estaba escuchando? Mimila lo miró con unos grandes ojos aterrados y, enseguida, de modo inevitable, ella y la bestia cayeron al abismo. Felipe se asomó al principio. Sólo vio la neblina y oyó el rumor del agua. Sintió un mareo tan brusco que lo hizo tambalearse y un agudo zumbido en los oídos. Tuvo que hacer esfuerzos para guardar el equilibrio y apoyando la espalda en un peñasco de canto plano se deslizó hasta el suelo. Sentía un sueño profundo y una gran laxitud. De repente vio dos manos crispadas asidas a las piernas salientes y tras ellas el rostro ensangrentado de su nonagenaria bisabuela haciendo esfuerzos por subir al rellano. Omnubilado por su gran somnolencia, Felipe no se sintió con ánimo para ayudarla.

—Nana, ¿qué pasó, te caíste? Debes tener cuidado. Estás sangrando.

Puesta de pie frente a él, la anciana se le quedó mirando.

Felipe, adormilado, se limitó a decirle:

—Vine a buscarte porque pienso que Leila está pariendo. Me imagino que anoche rompió fuente, como dice Faustina. Esta mañana sentí la sábana húmeda y un cierto olor desagradable como de sangre o de orines pasaditos. Tú que eres buena comadrona, anda a verla y atiéndela en el parto. Sé que ella está asustada. ¿No quieres que te estanque la sangre? Bueno, sigue adelante. Me avisas cuando nazca la niña.

Con pasos silenciosos, Mamá Durgel se perdió entre la niebla cuesta abajo, con rumbo hacia la casa del mirto. Felipe se sentía muy cansado. El incesante rumor del agua y la suave frescura de la brisa fueron sumiéndolo en honda somnolencia. Le parecía caer en una sima sin fondo.

— ¡Pela el ojo, vergajo!

Siente una fuerte bofetada y alguien que insiste en jamaquearlo violentamente.

—De ésta ya no te salvas. Vas a pagar las verdes y las maduras.

Felipe abre los párpados haciendo un gran esfuerzo y nota que está tendido en un camastro (¿dónde estaré?); frente a él mira las barbas y la presencia huraña de Papa Chente, párate, otro sopapo, coño y a Leila ¿qué le pasa? ¿por qué llora desconsoladamente? Lo sacuden de nuevo, ¿qué hacen allí Cairote y el Nopo Juan? Anda, levántate, despabilate, negro del carajo, y a los pies de la cama una escopeta que debe estar cargada con perdigones o tal vez con balines de regadera; qué dolor de cabeza; verás cómo se atrapa a los zorros; voy a ponerte el cepo. Chompipe; violaste anoche a Leila y estabas

tan borracho que ni te diste cuenta de que hasta destrampaste el cerrojo; forzaste a la muchacha y te quedaste dormido como si nada; pero esta vez caíste en el garlito; ya sabes que me llaman el Juez Tranca; estos amigos servirán de testigos; te casas con mi nieta o no me llamo yo Vicente Barcia si no te lleno la cabeza de plomos con mi escopeta.

De reguilete (para salir del paso a la bartola) ejecutaron la diligencia civil entre sollozos de Leila, groserías del abuelo, palabrotas del Nopo y risotadas del policía Cairote. Finalmente se fueron y nos dejaron solos. ¿Por qué sigues llorando? Hoy me tocaba la mala leche y basta. Se sentía zurumbático. Se echó sobre el camastro y sin notar lo se durmió nuevamente como un lirón.

9

SEÑALES DE MAL AGUERO

— ¡Despábilate, Pipe! ¿Madrugaste o amaneciste en güimba?

Vista en escorzo desde abajo, la tía Faustina parecía más hombruna y asilampada.

— Vaya goma mangaja. Te tengo una sorpresa; pero antes, despercúdete con una taza de café bien cargado.

¿Rumor de aguas? ¿Sollozos? No era el llanto de Leila sino el gemido cariñoso del perro que lo húmedo-hociqueaba junto al oído.

— Déjalo estar, Calungó!

Felipe lo apartó de un sopapo.

Sentía el fuego del sol en pleno rostro. Dolor en la cabeza. Mazazos. Se le rajaba el cráneo.

— Qué bueno que llegastes, tía Fausta. Por echarme a esperarte me entró la mococoa. Vine a decirte que Leila está pariéndose.

— Vas por muy mal camino, Chompipe. Toma, bébelo así caliente y sin azúcar. Te sentará mejor. Veo que te han vuelto las alucinaciones. Anoche hasta bien tarde te oí con tus compinches dándole al trago y canturreando. Ya no te bastan el ron y la cerveza; también le entras parejo a la marihuana. La pobre Leila debe seguir penando por tu culpa. ¿Dónde la viste? Dime.

— Esta mañana, al despertarme, la sentí fría a mi lado en la casita del mirto. Le vi la panza al aire llena de moscas. Un rayo luminoso las hacía aglomerarse junto al ombligo. Lo grave es que era de madrugada. ¿Por dónde filtraba la luz?

—A esa hora no había salido el sol. Lo que viste fue el destello del ángel de la Visitación. Seguramente vino a anunciarle a Leila que de su vientre nacería *ave gratia plena* concebida por obra y gracia del Espíritu Santo y de Felipe el Hermoso. Gajes de la parranda. ¡Qué vaina, Pipe! Te ensartaron como a ese güevastibias de San José. La culpa es tuya, Pipe. Te la pasas drogado y me parece que estás como en las nubes. Leila murió hace meses. La groserastes perramente cuando te diste cuenta de que te había jugado bajezas. Se desangró después del parto. En la casita del mirto no vive nadie desde el fallecimiento de Leila. Papa Chente cerró la puerta con candado. Lo más probable es que anoche, como estabas jumado, destrampastes el cerrojo y amaneciste al lado de la difunta.

—No sigas jorobándome, tía Fausta. ¿Por qué inventas mentiras? Afortunadamente hallé a mi Nana que se acababa de caer cuesta abajo y aun toda ensangrentada se fue a ayudar a Leila a bien parir.

—Sigues fuera de quicio y turulato. ¿Dónde viste a tu Nana? Murió hace un año, Pipe. La empujaste. Fue el Domingo de Ramos. Desde entonces parece que perdiste la brújula. Fumas la yerba y bebes ron sin saciarte. Dice el doctor Ladera que es porque te persiguen los demonios o tus remordimientos.

—No me rejodas, Fausta. Dalila y Mimila pueden atestiguártelo. Las vi hace poco. La una, metida en la quebrada; la otra con la burrita.

—¿Lo ves? Estás fotuto.

—Vas a decirme que ellas...

—También murieron, Pipe, por causa tuya. Debes tener cuidado. Son tus víctimas. Te seguirán rondando para vengarse chupándote la sangre. Señal de mal agüero es haberlas visto. Sólo yo sé invocar a los difuntos. Hoy es 15 de marzo. He consultado que es tu fecha nefasta. Mil almanaque de Bristol y mi librito de presagios no mienten. Los astros no te son favorables. Durante la Semana Mayor nadie promiscua ni adultera. Si has de hacer fechorías, mejor abstente. Deja que pasen los días santos.

—Ni de a vaina, tía Fausta. No olvides que hoy Domingo de Ramos se casa Cándida.

—Sigues al paio, Pipe. Ya eso pasó hace tiempo. Tiene un hijo.

—Me refiero al matrimonio eclesiástico. ¿Te das cuenta del peligro que corre mi aventura?

—Noto que vas volviendo a tus cabales.

—Cándida es muy devota y santurrón. No olvides que estuvo casi a punto de hacerse monja. Si no me apuro me lleva la chingada.

—Después del rito religioso, puedo apostarte que ella no pecaría contigo. Primero ensillarías a un gallinazo. Sin embargo, no pierdas la esperanza. Ya surgirán factores decisivos a tu favor. Bien sabes que Hipólito no cubre a su potranca según lo manda la Sagrada Escritura. Cándida debe estar como brasa.

—Mientras tanto, mi Jesús padeciendo. Creo que Dios se complace interponiéndose en lo que no le importa.

—Gánale la partida encomendándote al Diablo.

—Tú serás mi Luzbel.

—Qué duda cabe. No queda más remedio que posponer de nuevo las bodas. De eso me encargo yo. Si no actuamos rápidamente y con cautela se irá tu gozo al pozo, pues si Cándida hasta ahora se ha mostrado remisa, lo será mucho más cuando su alianza quede santificada. No es insignificante la faena de oponerse al Santísimo. Tú conoces a Cándida. Es honesta, virtuosa y puritana, pero con todo y eso te la tengo blandengue. Tú no ignoras que es ella la que le ha dado largas al asunto con el pretexto de que sea el Padre Brito quien oficie en las bodas ya que la intempestiva gravedad del curita las hizo posponer. Los cónyuges, que estaban ya cansados por lo civil, decidieron hacer vida en común, exponiéndose al anatema de las tías cuyo entrecejo sigue adusto, exigiendo la ceremonia religiosa, más ahora que el presbítero regresó de España. Para bien de tus culpas, el cáncer que lo corroe es tenaz, pues hace poco tuvo una recaída. Aun así, al parecer, según los díceres, han fijado las nupcias definitivamente para el próximo sábado, con cohetes, repiques de campanas y cánticos de Gloria. Si esperas hasta entonces, los ángeles se opondrán a tu hazaña blandiendo sus espadas flamígeras. De ti depende resolver el dilema. O te echas al peligro o pierdes hacha, calabaza y miel.

—Caigo al ruedo, tía Fausta. Total, nadie se muere la víspera sino el día.

—Claro, hijo. Así me gusta. No esperaba otra cosa de ti. Quien no se arriesga, no cruza el mar. Si antes de que se lleve a cabo el rito eclesiástico logras que Cándida saboree tu alfajor, despreocúpate; seguirá goloseándolo *per sécula seculorum*.

—Te parece muy fácil, pero presiento que tiene sus bemoles.

—Las fuerzas de la Iglesia no prevalecerán. Seré tu Hada Madrina.

—¿Vas a ayudarme entonces, tía Fausta?

—No lo dudes. Precisamente en este instante regresaba de la casa de Hipólito donde he cumplido parte de mi misión. Esta mañana, sin que nadie me viera, me colé en el taller de nuestro hombre y le escondí en el sitio que me indicó la botella con el nepente mágico. No es un filtro de amor como él supone para aliviarle la impotencia sino una fuerte pócima que va a hacerlo dormir a pierna suelta. También le he aconsejado que pague manda el Viernes Santo vestido de Jesús Nazareno caminando descalzo, con corona de espinas y con la cruz a cuestas. Le pedirá al Señor que le conceda tres dones: elevación, templanza y fortaleza, virtudes sin las cuales jamás podrá cumplir debidamente con sus deberes conyugales. Lo he convencido de que si al mismo tiempo paga la manda y bebe el filtro se curará de su impotencia. Como Cándida se habrá fingido enferma te esperará en la cama. Echa la tranca y acuéstate con ella. Si la preñas, ya buscaré la forma de que aborte para evitar que Hipólito se entere de sus cuernos. El cargará su cruz junto al Santísimo Sepulcro en cuya anda esconderá la botella con el propósito de ir empujándose sus tragos a medida que avanza la procesión. Los cargadores también hacen lo mismo, de manera que a nadie le importará un comino el ver a Hipólito trasegando aguardiente. A media noche, cuando el Sepulcro pase por la casa del Nopo, ya Hipólito, cansado y sudoroso, se habrá bebido las dos terceras partes del filtro. Aprovechando que el paso se detiene mientras el Coro entona el demorado y tristón *Stabat Mater*, entrará a echarse un trago con el suegro y, de paso, desalojar los líquidos. Ambos según costumbre, se acostarán en las hamacas del gran balcón de atrás. Chon Candela les servirá aguardiente y la brisa se encargará del resto pues ahí mismo se quedarán dormidos hasta el amanecer. Entera a Cándida para que esté tranquila. Te aseguro que el Sábado de Gloria no habrá boda, pues Hipólito despertará bien tarde con una goma que ni mandada a hacer y vomitando la bilis. Le preparé un menjurje adecuado a su corpulencia diluyendo sonníferos en vino de consagrar con una pizca de ron y diferentes conjuros en dosis suficiente como para dormir a un caballo. No habiendo riesgo alguno de que despierte, podrás gozar con Cándida hasta el alba.

—¿No te habrás excedido en el tabacazo? Hipólito es mi mejor amigo. Podría morir, ¿te das cuenta? Ni para qué pensarlo. Lo quiero como a un padre.

—Sin embargo, sé que como buen hijo putativo ni te va ni te viene lo que le ocurra a Hipólito. En cambio, si él te hubiera parido no te amaría con tan fogoso entusiasmo. De todos modos, la alternativa está planteada. Te mueres tú o se muere él. Pierdes o ganas, será lo

que el destino resuelva. Total, el muerto al hoyo y al vivo el coño. Con todo eso, no seas pendejo. Ayúdate que Dios te ayudará. No olvides que al camarón que se duerme se lo lleva la corriente. No debes descuidarte. Un hombre fuerte como Hipólito, resentido, puede ser peligroso. Cualquier mínima falla sería fatal. Imagínate que el sabor del potingue no le agrada o que por otras razones imprevistas no lo beba, puedes correr un riesgo. Para evitar tal contingencia me parece que debo consultar a los difuntos. Necesito aplacarlos. Me acabas de decir que viste a Mamá Dúrgel y que ella fue a la casa del mirto a ayudar a Leila. Me voy a hacer contacto con ambas. No creo que me demore. Vuelvo enseguida. Espérame. Trata de descansar. Duérmete y sueña.

10

LOS MUERTOS SON COMO LOS VAMPIROS

—Me muero de hambre, Nana. Dame café, tortillas y un buen tasajo.

Frunce ella el ceño, avinagrada, lo cual indica amago de chubasco.

—¿Crees que mi casa es una fonda? —Sigue echándole maíz a las gallinas—. Anoche alborotaste al vecindario. Ya no tienes componte. Te luciste con tu infaltable garulilla de vagos. Se vomitaron, se orinaron y para rubricarla se pedorrearon en el portal del Nopo. Qué venganza plebeya. No te importa un carajo que Leila esté pariéndose.

—Ni me la mientes, Nana.

—¡Sinvergüenza!

Presiente un soplamoco que él evita de un brinco, dando pábulo a un alocado revuelo de aves. Un gallo deja oír su cocoroco.

—Tienes buena derecha, pero ni fu ni fa.

—No me provoques. Mejor hubiera sido no meterte en camisa de once varas. ¿Para qué te casaste?

—Me atraparon dormido, noqueado por la pea, como a esos peces que el torpedo ataranta.

Ella lo mira comprensiva. Descuelga de un horcón un par de lonjas de carne seca; les zafa los gusanos (lo que no mata, engor-

da); las remoja a la buena de Dios; les agrega una pizca de pimienta y, acomodándolas sobre la enmohecida parrilla, las pone a asar al rescoldo de las brasas. Luego, le sirve café tinto.

—Para la goma. La carne, la comerás asada. No hay manteca.
—Vierte para ella de la aromática infusión y agrega;

—Cuando estabas chiquillo me gustaba llamarte Juan Felipe Mandinga, porque eras de la piel de Barrabás. Sólo sirves para inventar trastadas. ¿No crees en los infiernos ni en las ánimas? Faustina me ha contado que te asustan los muertos. Por lo menos ya es algo.

—Dejemos ese tema para otro día.

—Si no escarmientas, caerás en las calderas de Pedro Botero.

—Será cuando le salga la muela al gallo.

—Viene otra que bien baila —dice Mamá Durgel.

Felipe vuelve el rostro hacia el barranco. Subiendo por la loma se acerca a ellos Concepción Candelaria, pizpireta y alegre, tarareando una cumbia y zarandeándose.

—Adivino el motivo por el cual se derrite de gozo pues llega en son de pascua y aleluya. —dice Felipe.

—Siempre que anda de farra le entran la gurrumina y el baile de San Vito. —La anciana baja la cafetera, vira del otro lado la parrilla y atiza los tizones—. Tiene el diablo en el cuerpo y espera entrar al cielo. —La carne, al calentarse, despidе un humo apetecible—. No he visto zamba más coqueta.

—¿Qué refunfuñas, vieja? Claro que soy arrecha. ¿No es eso lo que estabas diciendo? Por algo han de llamarme Chon Candela.

Felipe se echa a reír con sorna.

—¿De qué te ríes, Chompipe?

—De que diste en el clavo por chiripa y te apuntaste la mejor carambola.

—No me jodas la pita. Pipe, respétame. Soy tu madre de crianza. Mamá, deja de estar moralizando. Ya sé que perra vieja late sentada, pero también es cierto que quien no te conozca que te compre. Ningún cura se acuerda cuando fue sacristán. Sí, mamacita. Buen ejemplo nos diste cuando andabas culeca; pero yo no he venido a sulfurarte ni a hacer que pierdas los estribos. Mejor, alégrate, pues hoy es día de fiesta. ¿Verdad, Felipe?

—Claro, tía Chon. Ya oímos el repique de las campanas. Nadie ignora que es Domingo de Ramos. No faltaré a la misa. Siempre se ven muchachas nuevas y hembras apetitosas. No pierdo nunca la ocasión de tentarlas, pues quien quita...

—Que el Diablo te haga una corcovita —arguye Mamá Durgel—. No te pases de listo. Tú bien sabes que si ella está de pláceme y no cabe en el pellejo, nadie me quita que es por la mojiganga de las bodas y de eso viene a hablarnos. Me imagino que habrá pebre de sobra y guaro en pila.

—Todos beben naranjada y el pobre naranjo nada. —Felipe se sulfura—. Dime, tía Chon, ¿qué pito toco yo en ese bunde? Mé-tete al Nopo donde mejor te quepa.

—Ni me va ni me viene lo que opines del Nopo. Anoche me entretenía con él cuando pasaste vociferando y hasta zambacanuta le gritaste. Por lo menos debes mostrarte agradecido. Aun a regañadientes, te recogió en su casa. Eras un niño prácticamente huér-fano.

—Claro. Bonita vaina. Lo hizo gracias a ti. Te revolcabas con él como una perra.

—¡So! ¡Cállate, animal! —La vieja, airada, le proyecta un revés—. ¡Cierra la geta!

Felipe escurre el bulto con un rápido esguice que alebresta a las aves. Chon Candela se sienta en una hamaca tendida entre dos árboles de mangos. Trata de serenarse. Al fin responde:

—A mucha gente no le parece bien la vida que hago, pues de criada me he transformado en ama. Murmuran porque, ahora que el gallego está viudo, soy yo quien le calienta las sábanas. Lo hacía desde antes, aun en vida de la difunta Fina. Me importa un jobo lo que digan. Me acuesto y me revuelco con quien me da la gana, sobre todo porque esta vez sí lo hago por razones de estricta conveniencia; pero eso ni te va ni te viene; tú miras esas cosas como quien ve llover. Lo que a ti, Pipe, te rejode es...

—Cambia el disco.

—Déjate ya de resquemores, Chombo. Soy tu madre de crianza y te conozco muy bien. Tienes que hacer de tripas corazón e ir a las bodas. Ese julipe va a ser un cogenalga de los infiernos. Yo sola no me basto. Si ustedes no me dan una mano me come el tigre. Dime, Pipe, ¿puedo contar contigo?

—No me busques una nariz sin huecos. Con la ojeriza que me ha cogido el Nopo, prefiero mantenerme alejado.

—No sé lo que te pasa, Chompipe. Quien no te conociera podría decir que de repente te has contagiado de culillo. ¿De cuándo a dónde? Tú bien sabes que al Nopo lo manejo a mi antojo. Me lo echo fácilmente en la faldriquera. Ahora más, porque como se siente solo y abandonado, se ha dado a la bebida. Todo el dinero que tenía lo ha gastado. Sin embargo, no pierde la esperanza de que estas bodas le brinden una buena oportunidad para reconciliarse con su hija Cándida y, de paso, con la indignada parentela. Por eso está que salta y se encabrita. Claro que es muy fácil decirlo, pero eso de borrón y cuenta nueva tiene su intrínquilis; pero él se ha empecinado en que así sea y se encojona conmigo siempre que insiste en convencerlo de que es a mí a quien detestan las tías de Cándida. El parentesco con Hipólito le viene de perillas al Nopo Juan para poner a flote su descuajaringado negocio de las barcas. Desde anoche comenzó a darle al vidrio con Ceferino Olaya. Nada lo amansa tanto como los tragos.

—No te preocupes —Mamá Durgel distribuye las viandas—. Todos iremos a ayudarte. Y este grosero del carajo cumplirá por las buenas o por las malas, de lo contrario va a saber lo que es bueno para que aprenda a respetarte.

Felipe se reprime. Más le apetecen la carne y las tortillas. Se sienta en una piedra y engulle, pero aun atragantándose deja entrever su desagrado con relación al sorpresivo connubio. Presiente algún enjuague de trapos sucios. Bellaquerías del Nopo Juan en mi contra sólo por el prurito de joderme.

Atraídos por el humo incitante de la cecina, un perro hambriento se acerca a husmear. Felipe le suelta una patada que lo hace huir aullando, calungo del carajo.

—No vuelvas a patearlo. ¿No ves que ése es el perro de Faustina?

A Pipe lo tienen sin cuidado los regaños y las admoniciones de la Nana. Desde niño tuvo que soportarle marrumancias con motivo o sin él sobre todo cuando ella amanecía deschavetada. Con frecuencia le entraba a mojicones sin ton ni son. ¿Por qué me pegas coño? No he hecho nada. Respeta, boquisucio, y ve sabiendo cómo será el rebenque cuando me hagas una de tus diabluras.

Aun a sus años (ya casi había cumplido noventa y cinco) Mamá Durgel solía enfrentarse a las hijas, no obstante ser mayores y madres de familia, bautizándolas con buenos tapabocas cuando alzaban la cresta insolentadas. Respétenme, jodidas. Bueno es culantro, pero no tanto.

Cuando la Nana se obstinaba en pegarle, Felipe la sacaba de quicio, toreándola, por lo que a veces ella se iba de refilón y se daba las grandes costaladas.

—Convéncete, Chompipe, de una vez para siempre que tú no eres el centro del universo —Chon Candela saborea con delicia la succulencia de las tortillas y la carne—. Tú piensas que la vida gira nomás en torno tuyo. Te equivocas de plano, negrito lindo. Todos, prietos y blancos, somos hijos de Dios, pero tenemos que ganarnos el pan con el sudor de la frente. Cada uno de nosotros es responsable de su propio destino. Tú escogiste la ociosidad. Eres un vago sin oficio ni beneficio. Te has pasado la vida engañando a no sé cuántas incautas y has rajado más virgos que los que hay en el cielo, porque supones que a puro nabo puedes vengarte de tu pésima suerte. ¿De qué te afliges? Trata de ser sincero contigo mismo. Razona. No has amado a ninguna mujer honestamente, mucho menos a Cándida. Lo que sucede es que tu orgullo se siente resentido, pues ella ha sido la única que ha sabido mantenerte a raya. Querías hacerla tuya simplemente por fregar al gallego en represalia porque te castigó mil veces injusta y malamente.. No siempre pude interponerme a la crueldad con que marcó tus espaldas con el zurriago. Por las noches yo te ponía fomentos de árnica y sobijaba con manteca de cacao tus verdugones. ¿Te sientes resentido? ¿Deseas vengarte? Ya llegará tu turno en el momento oportuno.

Mamá Durgel añade en son pacífico:

—Yamal Sing, mi marido, que era hindú de Bengala, solía decirme: “No te impacientes y siéntate a la puerta de tu casa hasta que veas pasar el cadáver de tu enemigo.” Conque ten calma, Pipe. Con paciencia y saliva se lo puso el elefante a la hormiga. Lo más cuerdo es que te acerques a la olla. Cuando menos lo pienses puede tocarte alguna presa que no esperabas. A lo mejor a Cándida te la sirve en bandeja cierta bruja madrina que yo conozco.

—Por lo pronto ni pienses más en Cándida ni me hagas responsable de sus bodas. —Chon Candela se alza la falda y averigua si es una garrapata lo que la está picando en una pierna—. No tuve vela en ese entierro. Las tres Marías, confabuladas con Hipólito y con el Padre Brito fueron quienes armaron todo el tejemaneje. A mí esas solteronas camanduleras no me tragan por lo que para ellas es el escándalo de mi amancebamiento con el Nopo. Me las van a pagar. A cada puerco le llega su San Martín. Hoy los honores como señora de la casa los haré yo. ¿Comprendes? Bueno, mamá, convéncelo. Hasta luego. Voy a ver a Faustina.

Ambos la siguen con la vista hasta que ella, trepando loma arriba como las cabras, se pierde en un recodo.

—Chon Candela es el diablo —dice Mamá Durgel.

Saca de su profunda faldriquera una colilla; la frota entre las palmas de ambas manos; coge un tizón; sacude la ceniza en el suelo; le da lumbre al tabaco y se lo pone en la boca con el ascua hacia adentro.

Al verla fumar con tanto agrado, Felipe hurga en su ropa:

—Al cambiarme de prisa, dejé mis cigarrillos.

—Lo siento. Sólo fumo ambalemo.

—No podré ni sonarme. Todo lo olvido.

—Coge uno del alambre. Ayer lavé.

Los tendederos se veían atestados de ropa limpia puesta a secar al sol. Felipe echa una ojeada y escoge dos pañuelos por cuyas iniciales sabe que son del Nopo. Con la mayor frescura los acomoda en sus bolsillos.

—Cogí dos. Del gallego.

—Llévate los que quieras. Bueno, a la hora de nona yo siempre hago las cuentas del Gran Capitán. Lo que me intriga es que te veo preocupado. No es por la caranvaina de las bodas. Eso a ti no te importa, pues una más o menos, igual te da. Bien sé, además, que Cándida, desde la muerte de Dalila, no te soporta. En cambio, Hipólito, rubio, bello, alto, inteligente y con muy buenos estudios, es el hombre que las tenía locas a todas. Creo que él te estima. Se portó bien contigo. Trabajando con él has aprendido un oficio. Ojalá eso te sirva y sientes cabeza, lo cual sería un milagro; pero hay algo que no me sé explicar. Algo me ocultas. Te veo muy reservado. Por lo común lo que te agrada es propalar a los cuatro vientos tus chicleos para que tus amigos te envidien. Si Cándida se te hubiera entregado ya lo sabrían hasta los perros, lo cual indica que aún esperas paciente y no te veo disgustado. Lo de las bodas de ella con Hipólito más bien parece que te agrada. Casi empiezo a pensar que ellas te ofrecen incentivos perversos. Lo que estás esperando es que se case para alcanzar un doble triunfo, pues además del goce de poseerla, te vengarás del Nopo y aun sentirás el agradable prurito de ponerle los cuernos a tu mejor amigo. Sin embargo, te noto distraído, preocupado, asediado. ¿Qué es lo que te acoquina?

—Me han vuelto a molestar las pesadillas. Caigo de nuevo en trances catalépticos. Tengo un terrible miedo de morirme, no por

miedo al infierno sino porque me espanta que por simple descuido me entierren vivo.

—Desde pequeño siempre sufrías de esos ataques. A veces, bien entrada la mañana, seguías dormido. Como nunca te agradó ir a la escuela, yo pensaba que te hacías el bellaco por vagabundería, pero a veces, aunque ya el sol te diera en plena cara seguías dormido. ¡Despierta, sinvergüenza! , te dije un día furiosa dándote un buen sopapo en cierta parte. Lanzaste un alarido que me crizó los pelos. Me explicaste que hacías esfuerzos por salir del letargo y gritabas pero te dabas cuenta de que era inútil porque nadie te oía. Tú, en cambio, sí escuchabas lo que Faustina y yo decíamos. Ella andaba buscando hojas de sábila y mastranto para no sé qué enjuague. Chon Candela te hizo ver de don Plácido. A él le agradaba beber mi chicha fuerte. Cuando esa noche vino a casa, le pregunté: ¿Qué opina de esas marihuanadas de Chompipe? Me dijo: Nada serio, comadre. La pubertad. Desgaste. Dele Emulsión de Scott o Fosfatina. Pipe es precoz. Tal vez abusa y despilfarra su savia. Si no es ése el motivo de su debilidad, su anemia pueden causársela los chinches o los murciélagos. Hay muchos en la iglesia. Son los llamados vampiros hematófagos. Se lo he dicho al Alcalde. Son peligrosos. Se meten en las casas por las noches. Debido al gran calor que hace a veces la gente deja las ventanas abiertas y esos horrendos bichos se aprovechan pues se nutren de sangre. Prefieren a los jóvenes por lo del glande hinchado. Se dan el buen hartazgo. Si no son ellos los que se están chupando la energía de Felipe, quizás se trate de algo mucho más grave. Puede ser un difunto, dijo Plácido. Faustina prometió hacer ensalmos el Viernes Santo a media noche. Plácido se echó a reír incrédulo. Diagnosticó no sé qué cosa y me dijo que tuviera cuidado con tus ataques pues la muerte no avisa. Luego, estuvo chanceándose y me dijo: ¡Qué buena está tu chicha! Así, en totuma, me agrada mucho más. Sírreme otra. Es la última. Mañana debo viajar a la ciudad. Y dices, Pipe, que han vuelto a molestarte esos ataques. ¿Temes que te sepulten vivo? Sólo de imaginármelo se me eriza la piel. Con todo y eso, sé que lo que te aflige es la otra vida, las penas del Infierno, el miedo de saber que al fin y al cabo rendirás cuenta de tus culpas.

—Tú sabes que estoy libre de pecados. Se los come mi ancestro. De mi semen se nutre el Anima Sola.

Son las locuras que te metió en el seso Faustina. Buena pécora es ella. Ya la veré en el Valle de Josafat recogiendo los huesos del difunto. Nadie puede vivir sin Dios ni ley. Dime, Chompipe, ¿crees en un Ser Supremo?

—Ni Dios lo quiera, Nana. Me debe muchas vainas. Tu Dios no ha hecho otra cosa que joderme. No puedo congeniar con quien se esconde tras la mampara de la Iglesia y, en conciliábulo con los poderosos, organiza maldades contra los pobres, esclavizándolos y, aun más, asesinándolos. No puede haber un Dios que haciéndose llamar bondadoso sólo demuestra ser todopoderoso organizando guerras y desastres contra las muchedumbres desamparadas. Si es él quien se divierte atormentándonos, no queda más remedio que repetir la frase que dice a cada rato el gallego: Me cago en Dios.

—¡Blasfemo! ¡Deslenguado! —la Nana se le echa encima airada. Le da una bofetada y alza el brazo para asestarle otra más fuerte. Felipe hace un esguince con el que evita el golpe y ella, al seguir de largo, rueda barranca abajo. De tumbo en tumbo, su cuerpo llega al fondo del precipicio.

—Ni siquiera te acomodiste a prestarle auxilio —dijo Faustina.

—No lo habría permitido. Mi Nana era una vieja orgullosa. La oí quejarse y hasta pensé que iba a subir por su cuenta. Siempre hacía alardes de resistencia. Creí que lo mejor era sentarme a esperarla. No sé por qué se me ocurrió que de un momento a otro vería surgir sus brazos largos ensangrentados y sus manos aferrándose al borde, pero ella prefirió hacerse la muerta para mortificarme. Por pura terquedad murió de veras.

—Eres más bruto que Pedro Animal.

—Ese fulano más bien era perverso. Se divertía haciendo maldades. Por eso le decían Pedro urde males. Total, tía Fausta, no te aflijas. Más se perdió en el diluvio. Mamá Durgel, la pobre, estaba chocha. Ya no podía servirnos ni para taco de cañón.

—Te he dicho que respetes a los muertos. Quiera Dios que tu nana te perdone. No te olvides que hoy día se cumple un año de su muerte. Ahora se anuncian signos más favorables para tu ansia, pues nuevamente estamos en Domingo de Ramos.

—¿Y el Ministro Marino cumplirá su promesa?

—Pregúntale eso y otras mil peripecias a ese pendejo de Serafín del Carmen. Está escribiendo un libro sobre la isla o, mejor dicho, sobre tus carajadas. Todo lo apunta en su cuaderno de notas, pero escribe las cosas desordenadamente y hasta es más embustero que el carajo.

JULIO MORENO DAVIS

*Esbozo Biográfico
y Pensamiento Filosófico
de José de la Luz y Caballero*

Opiniones Célebres sobre D. José de la Luz

“¿Con cuál de los sabios de Europa tengo el honor de hablar?
(Frase de Walter Scott, al visitarle Luz en 1829).

— O —

“Hombre de talento, muy instruido en las ciencias... de conversación a la par animada e instructiva”. (Barón de Humboldt, 1829).

— O —

“D. José de la Luz es una inteligencia delicada, penetrante, químico de primer orden, notable filólogo, escritor de talento”. (La Condesa de Merlín).

— O —

“En filosofía Luz alcanza el puesto más elevado”. (R.R. Nadden, “The Island of Cuba its resources,” etc., Londres, 1853).

— O —

“Yo era muy pobre; yo era muy podre y muy infeliz ante él, y me trató siempre como a un hermano y como a un monarca. Amo la vida porque me fue permitido conocerle”. (Podbielsky).

— O —

“Fue un hombre puro, y fue también un precursor. No soñó nunca con perturbar las conciencias, preparándolas para la acción inmediata y asoladora: ansió por el contrario iluminarlas en la verdad y serenarlas en la virtud, pero, al cabo, las perturbó, sin embargo”. (Varona).

INTRODUCCION

“Nuestra gente joven debe buscar temas de tradición filosófica en Hispanoamérica”.

Medardo Vitier

1. Motivaciones:

Desde hace algunos años funciona en la Universidad Nacional de Panamá una interesante cátedra: la de **Historia de las Ideas en América**, adscrita a la **Sección de Filosofía**. Su importancia y su valor para los estudiantes panameños es inmensa e inapreciable; pues viene a suplir una necesidad sentida agudamente en su acervo cultural, que, frecuentemente, se ve disminuido por la falta de conocimiento de los valores intelectuales existentes en nuestra América Hispánica.

La cátedra de **Historia de las Ideas en América** —instituida tiempo ha en otras latitudes—, ha sido creada pensando en “Nuestra América”. Por su medio se intentan dos cuestiones vitales: **Primera: Brindar al estudiante universitario panameño el conocimiento general del desenvolvimiento de las ideas hispanoamericanas y la oportunidad de familiarizarse con sus pensadores, estudiándolos dentro del marco de influencias históricas, políticas, económicas, sociales e ideológicas. Se trata de poner en relieve a las figuras esclarecidas de Hispanoamérica, determinando su dimensión nacional y americana —o europea, en su caso concreto—. Segundo: Formar en el estudiante universitario panameño opiniones y juicios críticos claros con respecto al proceso cultural americano, y despertar en él, aprecio, admiración y respeto por estas fulgurantes personalidades; conduciéndolos, al mismo tiempo, por los anchurosos y prometedores caminos de la investigación histórico-filosófica sobre aquéllas, muchas de las cuales siguen hoy en el anonimato, o no pasan de la simple mención curiosa o erudita. Sus vidas y sus obras están esperando la consideración —y reconsideración— que se merecen. Reclaman estudios serios y cariñosos de parte de los jóvenes de nuestra generación. Esperan que se les dé a conocer, no sólo en el plano nacional y americano, sino también en su escala internacional.**

Merecen también especial mención y reconocimiento en este empeño los profesores Diego Domínguez Caballero, Ricaurte Soler e Isaías García Aponte. El primero, **Master of Arts** de la Universidad de Chicago y Doctor por la Universidad de Madrid, ocupa en la actualidad el cargo de Director de Estudios Generales y a quien se debe la gestión que culminó con la instauración de dicha cátedra desde don-

de inició el estudio de las ideas panameñas y americanas. El segundo, Doctor por la Universidad de París, con una investigación sobre el "Positivismo Argentino", obra publicada en 1959, y considerada por los entendidos como el mejor y más completo estudio realizado en América sobre el tema (1). El tercero, regentó la Cátedra hasta el momento de su trágico deceso. Joven, brillante y dinámico catedrático, se había especializado en estos temas y doctorado en la Universidad de París con su sesudo estudio sobre "Andrés Bello", publicado por la Universidad de Panamá en 1964.

Tuve el honor de escuchar las conferencias de estos esforzados maestros y fui discípulo del Dr. Isaías García A. quien me animó en mis preocupaciones académicas. Fruto de sus lecciones —y de su asesoría— fue mi trabajo de Licenciatura sobre el pensador argentino D. Esteban Echeverría, que titulé "Echeverría: Vida y Pensamiento" (1965). El presente trabajo, ahora, sobre "D. José de la Luz y Caballero", es asimismo resultado de su influencia. Fue allí en donde conocí por vez primera al benemérito cubano, cuya personalidad histórica y filosófica todavía no se había esclarecido lo bastante. El escritor cubano contemporáneo D. Medardo Vitier, en su obra "La Filosofía Cubana" (1948), confirma que "el nombre y la obra escrita del educador cubano, apenas se conocen fuera de Cuba" (2). El presente estudio tiene el anhelo de llenar modestamente este vacío.

2. Significación de José de la Luz.

Juicios Críticos.

José Cripriano de la Luz y Caballero vivió entre los años 1800 a 1862. Su vida, pues, transcurrió durante la primera mitad —y algo más— del siglo XIX.

El momento histórico-político que le tocó presenciar y experimentar en carne propia ha hecho de su persona una interesante figura polémica entre las que se cuentan impugnadores y panegiristas.

El signo más evidente de su valía y renombre, os lo da el hecho de que a pocos años de su muerte se hubieran escrito tres biografías sobre él, cada una de las cuales intentaban perfilar con más o menos acierto, con mucha o poca suerte, la figura del Maestro. Estas biografías fueron elaboradas por amigos y discípulos suyos. Son ellas la de José I. Rodríguez titulada "Vida de José de la Luz y Caballero" (1874), la de Manuel Sanguilly, "José de la Luz y Caballero" (1890), y la de Enrique Piñeyro, "Hombres y Glorias de América" (1903). Todas muestran un afán polémico o laudatorio. Tal es el caso de la obra de Sanguilly que refuta los juicios críticos del primer biógrafo de

José de la Luz, José L. Rodríguez (3), e intenta dar una nueva visión del que fuera su maestro en el Colegio "El Salvador".

Escritos con buena fe, son sin embargo, libros en donde los juicios vertidos se vieron siempre ensombrecidos por la pasión y las inclinaciones políticas e ideológicas. Hay que subrayar algo más importante: Ninguno de ellos conocía en su conjunto la obra escrita del Maestro; de allí que en esos estudios se mezclan frecuentemente el recuerdo siempre grato —pero no siempre vívido—, y la información obtenida en algunos de sus escritos que ellos conservaban cuidadosamente en sus bibliotecas como testimonio de sus primeros años, o en algunas publicaciones, muy disminuidas en sus contextos, que habían sido del dominio público. No obstante, la biografía más juiciosa sobre el Maestro es la de Manuel Sanguily, en la que se destaca su intento de exponer sus ideas psicológicas, que en opinión de Vitier lo fueron en una forma muy anárquica. Su razón estuvo en lo difícil que es darle unidad al pensamiento cubano y a la falta de una documentación completa.

No han sido únicamente los cubanos quienes se han ocupado de José de la Luz y Caballero. También lo hicieron, en su momento, dos ilustres españoles: D. Marcelino Menéndez y Pelayo y D. Justo Zaragoza. La visión que nos brindan ambos es muy desafortunada. Las pasiones y enconos surgidos del desarrollo inevitable del proceso liberacionista cubano-español —que el primero vivió intensamente desde su patria y el segundo como testigo presencial— matizan sus opiniones críticas y conforman erróneas comprensiones históricas y filosóficas, cuya secuela no es otra que la desfiguración del personaje, que sale así minusvalorado y desvirtuado en el verdadero y auténtico sentido de sus ideas y reformas. Consignemos aquí los dos casos. D. Marcelino Menéndez y Pelayo basándose en la biografía de Ignacio Rodríguez, escribió en su "Historia de los heterodoxos españoles" (1880): "Al sensualismo del P. Varela (...), sucedió un período de discordia entre sus discípulos, inclinándose unos, como el Dr. Manuel G. del Valle, al eclecticismo Cousiniano (...), y prefiriendo otros los sistemas alemanes, pero de una forma cuasi empírica, rudimentaria y nada sistemática. De ellos fue el famoso D. José de la Luz y Caballero, hábil director de colegios, gran propagandista del filosofismo y separatismo entre la juventud de la grande Antilla, que le venera como a Confucio. Educó a los pechos de su doctrina una generación entera contra España, creó en el Colegio del Salvador un plantel de futuros laborantes y campeones de la manigua; pero dejó muy poco escrito, y de filosofía menos, y aunque hombre reflexivo y culto, carecía de rigor dialéctico, y del desasimiento de toda consideración

práctica que caracteriza al metafísico puro. Así examinando sus Elecos o programas, se ve que el fin moral o político, entendido a su modo, le perseguía siempre, y que, propagandista mucho más que filósofo, miraba con desprecio las cuestiones ontológicas. Era el suyo un racionalismo vago, que se aquietaba con moralidades sentenciosas, en estilo cortado y lapidario, como las sentencias de los siete sabios griegos. Frases como éstas, y del mismo jaez son todas las que citan sus admiradores: "La Filosofía es el bautismo de la razón" ..., "La humanidad, que no aspira no respira"..., "La religión es el alma del alma", y otras por el mismo estilo, no bastan para establecer la filiación filosófica de nadie, ni su biógrafo, con haber escrito de él cerca de 400 páginas, nos suministra datos suficientes para juzgar si fue panteísta, como generalmente se cree, o filósofo ortodoxo como él se proclamaba. Pienso, con todo, que no yerran los que quieren emparentarle con los krausistas y con Sanz del Río. Afirmó siempre que la verdad era una sola, y uno el método de buscarla, una y la misma en todas las ciencias, UNA EN EL SUJETO Y EL OBJETO. Lo mejor que no conocemos de su filosofía es la parte más negativa, la impugnación del sistema de Víctor Cousin, que él no sustituye con cosa alguna, sino con otro eclecticismo a su modo. El entierro de D. Pepe (así le llamaban cariñosamente sus innumerables discípulos) fue una verdadera algarada contra España, malamente consentida por el Capitán General (1862), y uno de los más temerosos amagos de la insurrección de 1868" (4)

D. Justo Zaragoza en su obra "Las Insurrecciones en Cuba" (1872) consignó: "Un hecho sencillo en apariencia, pero de desagradables resultados, irritó al elemento español en la isla, un mes después de haber sufrido la decepción fundada en la conducta censurable de Prim en Méjico. Tal fue el acuerdo que a excitación de aquellos reformistas, o encubiertos enemigos de España, que es sin duda su sinónimo, tomó el general Serrano, con motivo de la muerte del SOCRATES CUBANO, conocido vulgarmente como D. Pepe, o sea del gran perturbador y enemigo de nuestro dominio en las Antillas, D. José de la Luz y Caballero. El fallecimiento del ídolo de los enemigos de España en Cuba, acaecido el lunes 23 de junio de 1862, quiso aprovecharse por los reformistas, envalentonados con la impotente actitud que en los Estados esclavistas de la Unión americana, sus aliados, se había colocado, y quiso explotarse en favor de sus inextinguibles rencores haciendo una manifestación contra el nombre español, que a la vez realizara un acto que desprestigiasse y pusiera en ridículo la autoridad del general que tanto les protegiera. Presentársele al efecto una comisión de los prohombres de la reforma, quienes enalteciéndole las virtudes y la sabiduría del finado, casi le exigieron,

y favorecidos por las circunstancias del momento, alcanzaron, que por honra de España se tributasen a D. Pepe las honras que merecían los grandes hombres”.

“Fácil Serrano, blando cual siempre, e infortunado como de costumbre, cuando se trata de asuntos guerreros, accedió impremeditadamente a aquella pretensión, hasta el punto de confiar a los mismos que trataban de ridiculizarle, la redacción del decreto que al día siguiente publicó la GACETA DE LA HABANA, en el que, para dar un solemne testimonio de consideración a los MERITOS LITERARIOS y a las VIRTUDES PUBLICAS Y PRIVADAS del famoso D. Pepe, se le decretaron honores casi regios. ¡Y por qué merecimientos! Los MERITOS LITERARIOS se reducían a la publicación de un tratadito de enseñanza con el nombre de TEXTO DE LECTURA GRADUADA, y del INFORME SOBRE EL INSTITUTO CUBANO, y sus VIRTUDES PUBLICAS y PRIVADAS, consistían en haber pervertido el corazón de la niñez con sus máximas antipatrióticas y disolventes, tratándose de la familia peninsular, y en haber fomentado los odios contra España en el Colegio de EL SALVADOR que dirigía”.

“Ciertamente que al accederse a tan absurda exigencia por la primera autoridad de la isla, depusieron un momento sus públicas manifestaciones de rencor aquellos enemigos del nombre español, haciendo de ello alarde, cual se vio en el número 18 del periódico que se publicaba en Guanabacoa con el título de EL PROGRESO, en el que rendían homenaje con su voto al general Serrano por haberse asociado a ellos (a los cubanos) en el dolor que les causaba la muerte de José de la Luz Caballero. Sin embargo, aquellos periodistas, para no desmentir sus sentimientos de siempre, manifestaron a la vez que; de tal manera correspondían a los que les calumniaban de ingratos e indignos de ocupar un puesto en el banquete del progreso y de la moderna civilización; aludiendo aparentemente a los peninsulares, que por conocerles bien, jamás creyeron sus protestas”.

“Complacido Serrano con lo que suponía un gran acto político, y hasta muy satisfactorio con aquellos que como pródigo amigo le adulaban y cual delegado de España le aborrecían profundamente, siguió consintiéndoles las manifestaciones que para zaherir a los españoles ideaban. Otra de éstas fue la de abrir públicas colectas para levantar una estatua en el patio de la Universidad al ILUSTRE D. PEPE, como merecido tributo que le rendía la patria cubana desolada. Y la España, representada por su delegado, consentía semejante muestra de gratitud, a que acreciendo con su propaganda el número de enemigos de nuestra raza y de nuestro nombre, fijó los cimientos de las desdichas presentes”. (5)

3. Fines, Materiales y Método.

El presente estudio, pues, tiene el propósito de esclarecer, en la medida de lo que humanamente es posible, la personalidad histórica del cubano y del pensador que hubo en José de la Luz y Caballero, situándolo en la posición que él se merece. Se trata no sólo de una revalorización de su figura, sino también de fijar sus ideas y credo filosófico —esto es lo principal—, señalando sus fuentes de influencia dentro del marco histórico-social y cultural en que le tocó vivir y pensar; y destacar —subrayándolo con claridad— cuál fue la responsabilidad que le cupo en el movimiento independentista de su patria, y su labor en el orden pedagógico, ético, político y filosófico.

Empero, hacemos mayor hincapié en sus ideas filosóficas-pues ya se ha estudiado bastante como educador-empeñándonos en darle una unidad más o menos coherente a su pensamiento, lo cual —advertimos desde ya— no es tarea fácil, pues no escribió un libro sobre la materia. Pretendemos mostrar sus influencias en el plano nacional, sus vinculaciones con los pensadores hispanoamericanos de su tiempo y su identificación con el espíritu reformista que los animaba; y en fin, sentar lo original de su pensamiento mostrando que no fueron sus ideas simples copias o reflejos de la filosofía europea que lo alimentaba.

Para ello utilizamos sus **Obras Completas** publicadas desde 1945 por la **Universidad de la Habana: Elencos y Discursos, Epistolarios y Diarios, los escritos polémicos y la Impugnación a Víctor Cousin.**

Las Biografías sobre el ilustre habanero —ya citadas— las tenemos por auxiliares valiosos, pues siendo escritas por testigos presenciales de la vida y labor del maestro —ya como discípulos o como amigos— se constituyen en fuentes de primera mano, que, no obstante, tratamos con algunas reservas, por las razones anteriormente expresadas.

Dando por descontadas estas biografías, la bibliografía existente sobre José de la Luz y Caballero es exigua. Existen algunos escritos, más recientes, pero que han centrado su atención más en el estudio de su filosofía pedagógica. Las ideas filosóficas, en cambio, han merecido sólo escasos comentarios de carácter general —siempre bien logrados— que sirven de “introducción” o de “estudio preliminar” a sus obras, y que, dado el objetivo de los mismos y las limitaciones exigidas, no han sido confeccionados con mayores pretensiones. Son breves y esquemáticos. Sobresalen entre ellos los salidos de la pluma de D. Roberto Agramonte Pichardo, D. García Bárcena y D. Medardo Vitier (6). Todos estos ensayos son orientadores para el fin que nos proponemos y arrojan mucha luz sobre el curso y evolución del pensamiento del habanero. Son muy útiles.

Los fines perseguidos condicionan nuestro criterio metodológico, que, al intentar reconstruir la vida y el pensamiento del ilustre cubano, nos obliga a utilizar el método histórico-sociológico, en virtud del cual podremos penetrar en sus razones vitales y en su obra, ubicándola dentro del marco histórico-social en que se desarrolló y en el cual se fraguó, para que, en esta forma, desde su particular CIRCUNSTANCIA, adquiriera sentido y significado auténtico.

4. Hipótesis.

Desde esta perspectiva histórico-social la persona de José de la Luz y Caballero recobrará el valor perdido, pues se verá que su espíritu reformista y su pensamiento no son más que el resultado de un proceso normal e inevitable, dado en un momento específico, en un lugar determinado, en que se intenta demoler las estructuras ya periclitadas existentes en la Colonia, cambiándolas por otras modernas y evolucionadas, más acordes con los tiempos que corren. Y que, como prolegómeno a esa transmutación, se gesta —por considerarlo necesario— lo que D. Leopoldo Zea ha llamado la “emancipación mental” (7) hispanoamericana, que el “Sócrates cubano” realiza en magistral forma.

Si logramos demostrarlo en el curso de este estudio, nos sentiremos satisfechos.

PRIMERA PARTE
ESBOZO BIOGRAFICO DE
JOSE DE LA LUZ Y CABALLERO

“Por dos hombres temblé y lloré al saber su muerte: Por José de la Luz y por Lincoln”

José Martí

CAPITULO I
SU VIDA INTIMA

I. Su Juventud y Formación

García Kohly ha descrito el panorama-ambiente en que le tocó nacer, vivir y morir a José de la Luz y Caballero en estos términos:

“Pequeña Babilonia, emporio militar, traficante y supersticioso; en resumen, una verdadera colonia de plantación, con su aristocracia de fastuosos hacendados y su burguesía de comerciantes; laboratorio sin arte ni ciencia, consagrado a fabricar azúcar rutinariamente; sociedad de tipo más o menos primitivo, donde toda aspiración se cifraba en hacer fortuna o despilfarrar en el deleite malhadados caudales, como ofrenda a la vanidad imprevisor y al egoísmo desenfrenado; donde la grandeza se fundaba en la desigualdad de condición o de dinero; donde el Estado todo lo centralizaba, todo lo absorbía y lo agotaba todo; donde la autoridad no se manifestaba sino por la fuerza avasalladora y opresiva; donde, en fin, ningún ideal rasgaba, con un rayo tibio, la espesa obscuridad de las almas, pues que abajo apenas se asomaba todavía la conciencia humana mientras arriba casi había desaparecido” (1).

Allí en medio de ese ambiente habanero “sin virtud y sin poesía” nació José Cipriano de la Luz y Caballero, el 11 de julio de 1800. Su familia gozaba de una posición económica holgada. D. Antonio de la Luz y Poveda, su padre, ocupaba la posición oficial de teniente coronel de Milicias y Regidor Perpetuo del Ayuntamiento de La Habana; Doña Manuela Teresa Caballero, era en la opinión de Luz, “la más santa de las madres”. La familia era numerosa: María Luisa (¿Misa?) que murió el 2 de enero de 1800; Rosa, casada con Salvador de la Luz y Díaz Berrío (15 de enero de 1830); Bárbara, casada con Ignacio Zequeira; María de las Mercedes (Merced), casada con Francisco Barreto, Conde de Casa Barreto; María de Monserrate (Monsa); María Gertrudis, José Cipriano (Pepe), nacido el 21 de julio de 1800; Francisco Pancho, bautizado el 23 de agosto de 1873, y Antonio (Noño) (2).

1) PRIMERA ETAPA:

SU FORMACION ESPIRITUAL

José de la Luz era, ya de niño, altamente precoz, poseedor de una inteligencia clara y de una memoria nada común. Inicialmente asiste al Convento de los frailes franciscanos con el objeto de prepararse para el sacerdocio. Ayudado por su tío el ilustre José Agustín Caballero, conoce las Sagradas Escrituras, los Padres de la Iglesia, los escolásticos; la Biblia, con especialidad en los Evangelios y Epístolas de San Pablo. Logra absoluto dominio del latín y el griego. Ya en la Universidad, obtiene a los 16 años, el grado de Bachiller en Artes; a los 20, la primera tonsura y las órdenes menores en el Colegio Seminario San Carlos y el título de Bachiller en Derecho en aquella Institución. Sin embargo, en 1821 cuando se hizo el llamado para el recibo de las órdenes mayores, no asistió (3). Según informa Mesa para ese entonces había sido flechado por Cupido.

“La carne —escribe— lo ha tentado. No siente vocación bastante. Ahí está C., y más precisada, la bellísima Leonor Herrera, condesita de Jibacoa” (4).

Así, aquel joven que en sus inicios estaba dispuesto para el sacerdocio, y que incluso habíase sometido a mortificaciones corporales, renuncia para desconsuelo de su madre, católica ferviente, perdiendo con ello lo que se había querido conservar celosamente: las capellanías por treinta mil setecientos pesos dejadas por Don Martín Calvo de la Puerta, y que serían suyas si se ordenaba en la Iglesia Católica, Apostólica y Romana. Denunciado el hecho por el Padre Mariano Chávez, las solicitó Doña Manuela para su hijo Antonio que, al fin de cuentas, no regresaría jamás a la carrera eclesiástica (5). A pesar de

esto su formación escolástica se revelará constantemente en distintas facetas de su vida intelectual y anímica. Un extranjero que le platicó en una ocasión en La Habana, pudo escribir luego que "era un benedictino" (6).

Luz era por ese entonces un "joven elegante y bien plantado, limpio y afeitado con extraordinaria escrupulosidad, y en fin, era lo que se llamaba un buen partido" (7). Contaba ya con veintiséis años. Manuel Sanguily, lo describe como un joven "robusto y fuerte de constitución, al punto de sobresalir en algunos ejercicios corporales" (8). Sin embargo, lo cierto es que para ese tiempo, ya José de la Luz confrontaba problemas de salud. Los estudios excesivos y su naturaleza altamente sensitiva, fueron socavando su organismo. Su clase de filosofía que dictaba en el Colegio Seminario tuvo que suspenderla en 1826. En el examen que le hicieron los médicos Tomás Romay y Andrés Terriles, se certifica lo que sigue:

"Certifico en debida forma: que en el año de mil ochocientos veinte y seis asistí a Don José de la Luz y Caballero en un espasmo de todo el sistema nervioso, causándole violentas convulsiones y dolores muy agudos cuya enfermedad se alivió considerablemente permaneciendo en el campo algunos meses, tomando baños de agua corriente y absteniéndose de toda aplicación mental. Pero como la irritabilidad y debilidad de sus nervios son la causa de ese mal, volvió a experimentarlo, aunque no con tanta agudeza, en los meses calurosos del año pasado y siendo muy posible que le repita en el presente en proporción al calor y sequedad de la atmósfera, juzgo que para precaverse de una enfermedad a que está expuesto por su constitución y vida literaria, debe trasladarse antes que se aumente el calor a alguno de los países de la zona templada y pasar en ese clima el próximo invierno. Y para que conste doy la presente en La Habana a veinte y siete de abril de mil ochocientos veinte y ocho" (9)

José de la Luz siguió el consejo médico, y luego de reponerse de su enfermedad, partió para el extranjero (1828). Contaba con el dominio de los idiomas modernos: inglés, alemán, italiano, francés con lo cual sus experiencias y contactos culturales se harían más fructíferos. En el volumen referente a Su Vida Intima, se recogen las cartas de Luz, su Epistolario y Diarios dirigidas a su madre y amigos de la Habana. A través de ellas puede verse el desbordamiento del optimismo propio de la juventud y, al mismo tiempo, sus impresiones de viaje, valiosísimas para el estudio, no sólo de su personalidad, sino también de la época que vivía el mundo Occidental.

2) SEGUNDA ETAPA:

ITINERARIO DE VIAJES; INCURSION CULTURAL POR AMERICA DEL NORTE Y EUROPA

A. ESTADOS UNIDOS

Desde los Estados Unidos (donde pasará casi un año), escribe a su madre informándole sobre el estado del tiempo: “por acá llueve mucho y muy a menudo; tanto que las gentes del país aseguran que nunca han visto un año tan lluvioso. Quién pudiera mandar el agua para allá” (10). Allí conoce a José Bonaparte: “se parece mucho a su hermano —comenta— aunque no tiene aquella expresión en los ojos; es trigüeno, pero no mucho; algo colorado; más alto que yo, envuelto en las carnes y cuerpo; es muy semejante a Napoleón (...) Lo encontramos a pie en la calle, y Gener nos presentó a él” (11). Lo que más le llama la atención son las elecciones. A su primo Cecilio Silvera le cuenta desde New York:

“Anteayer se han concluido las de esta ciudad, que han durado tres días, y a decir verdad, nada tienen que ver, porque a pesar de haber tanto entusiasmo, se hacen con tal cordura y tranquilidad... que jamás ocurre cosa particular, y eso que aquí podría haber algo por ser esta ciudad donde la población es más numerosa y heterogénea de toda la Unión... Además, todas las elecciones para Presidente, senadores regidores, etc., se hacen de una vez. ¡Qué modo tan seguro, tan expeditivo! ¡Aquí han votado 25,000 personas en tres días! ¡Qué contraste tan triste con lo que pasaba en La Habana antaño! Y todo hijo del sistema y sólo del sistema” (12)

Luz no deja tampoco de enjuiciar los acontecimientos de su patria. Al referirle su madre de las conspiraciones en la Isla exclama: “Yo, con mi eterna cantinela: De masones y militares LIBERANOS, DOMINE (líbranos señor). Cada cual por su estilo, todo lo echan a perder en las revoluciones” (13). Y a veces, algún acontecimiento especial le hace sentir nostalgia: “Ayer nos obsequió con arroz blanco y olla, que aunque carecía de plátano, boniato, etc. al fin era olla” (14). Allí también hizo contactos culturales: Conoció a Longfellow, a Ticknor y a Prescott, gracias a lo cual sentirá particular atracción hacia la que llama “Escuela histórica americana”.

B. INGLATERRA

Luego pone sus plantas en tierra inglesa, según informa en carta procedente de Liverpool mayo 30 de 1829: “Mamafta de mi corazón: El 24 de este mes, a las 2 1/2 de la tarde, pusimos planta en

tierra inglesa después de una navegación la más feliz del mundo y sólo de 22 días, pues salimos de New York el día lo., todo él y parte del 2 lo pasamos anclados en la bahía esperando buen viento" (15). Allí conoce al gran Walter Scott, en su quinta de Abbotsford, de cuya visita nos brinda interesante descripción: "Estando nosotros en este vestíbulo del templo, examinando aquellas curiosidades que más llamaban nuestra atención, mientras el criado había ido a entregarle la carta de presentación, empezamos a oír los pasos de un cojo que venía hacia nosotros, cuando no sin alguna sorpresa se nos descubre un anciano venerable, apoyándose sobre un bastón; y en él reconocimos a nuestro cojo, el habitador de aquella mansión encantada, y el escritor más popular del siglo... El aspecto de nuestro novelista no presenta a primera vista ninguno de aquellos rasgos de fisonomía que suelen caracterizar el talento; mas luego que principia a hablar y se va entablando la conversación, se descubre la viveza y expresión de sus ojos, que hasta entonces parecían enteramente escondidos en su honda cuenca y cobijados por su poblada ceja. Y viniendo a lo moral del individuo, ¡cuántas ocasiones se me presentaron en el decurso del diálogo para admirar su excesiva modestia! Confieso que lo realzaba a mis ojos notar el arte delicado con que desviaba cualquier especie que siguiera indirectamente pudiese resultar en elogio suyo. Por lo demás es el hombre más liso y llano del mundo" (16). Como se ve, la descripción es larga, pero merece ser considerada aquí; porque quizás es el primer retrato físico y moral hecho por un hispano-americano (¿o europeo?) a tan insigne personaje.

C. FRANCIA

En Francia, conoce a Cuvier a cuyos cursos asiste. Por intermedio de su madre, le comunica a Cecilio Silvera (París, Enero 8 de 1830): "Dígale su merced a Cecilio que me acuerdo mucho de él en casa de Cuvier, que tiene tertulia todos los sábados. Allí se reúne cuanto viajero, naturalista, anticuario o sabio de cualquier clase que vive en París o que pasa por París. Así que excusado es decir lo interesante que será esta sociedad" (17). En otra carta trata de disipar las angustias de su madre por los tratos que tiene con la química. "¿Es posible, mamaíta, que esté su merced tan sobresaltada con la QUÍMICA? ¿No sabe su merced que yo me cuido doble fuera de La Habana, por su merced primeramente que todo? ... Además de que trabajo a la vista de un profesor muy ejercitado y en cosas que estando muy averiguadas, no son de temer sus resultados. Deseche su merced, pues, todo temor y crea que a su hijo se le habrá pegado un poquito del egoísmo europeo para tener cuidado de sí mismo" (18). Enjuicia también el panorama político de Francia con agudeza. Al referirse a

la expedición francesa contra Argel, comenta: "Aquí no se trata más que de la expedición a Argel, que saldrá muy a principios del entrante. Es tan grande, que consta de 50,000 hombres entre gente de mar y tierra, conducidos en más de 700 buques, incluso transportes. ¡Y todo esto será a humo de pajas? ¡Tantos y tan inmensos preparativos sólo para vengar el ultraje inferido al consul francés? **No hay duda que ganará inmensamente el comercio del Mediterráneo con la extinción de esa madriguera de piratas, y este es un beneficio general. ¿Pero se metería Francia a redentora del linaje mercantil, si no reportara grandes y peculiares ventajas? Norabuena formarán una colonia en Africa**" (19). ¿No es esto un certero y anticipado juicio histórico? Porque, como bien se sabe, Argel se constituyó efectivamente en una colonia francesa, ¡y no ha sido hasta hace unos años cuando obtuvo su liberación!

Dos años ha que salió de su patria. Así lo recuerda a su madre con la que mantiene un profuso y constante movimiento epistolar: Mamaíta mía queridísima: Hoy se cumplen dos años de nuestra salida de La Habana, época la más memorable de mi vida bajo, tantos aspectos. En medio de todos los recuerdos mezclados que me excitan, ninguno es más grato para mí que el de representarme que ya se va acercando mi regreso, quiero decir, dentro de un año porque sería mengua dejar de ver Italia, la Alemania y la España" (20).

D. ITALIA

Así lo encontramos viajando con destino a Italia. Es el año de 1830. En su "Diario de Viajes", va apuntando, a veces en forma desordenada y con descuidado estilo, sus impresiones: "Hay gran número de oftálmicos, antes y después de Péronne leemos. Fealdad de los pueblecillos y sus moradores. Desde que comienza uno a acercarse a los Países bajos, se va notando la diferencia, así en la casa de los habitantes como en el cultivo. HIGH STATE OF CULTIVATION (x)... Preciosos trigales. Bellísimos campos. Cebada, etc., y pastos excelentes. Los prados divididos en pequeñas porciones, por árboles. Aunque el terreno de Flandes es tan llano o quizás más que el limítrofe, le distinguen los bosques que tiene a los lados, pues las planicies DU NORD van a perderse de vista" (21). Sobre Bruselas escribe: "Cristo crucificado, la Virgen, la Magdalena, etc. Ruda. Superstición del país" (22). Luego Bruselas: "Este país... por las tiendas nos hizo recordar a Inglaterra... Suma devoción en estas gentes. Las iglesias llenas, aun en los días de trabajo". (23). Ya en Roma: "mamaíta mía queridísima: Anteayer (21 de diciembre de 1830), a las dos de la tarde, entramos en la Gran Ciudad, por la magnífica PUERTA DEL PUEBLO, digna de ser entrada de Roma. Efectivamente, hasta hoy

no he visto nada más grandioso en su línea. Todo se corresponde aquí. ¡Cómo se levanta majestuoso un obelisco egipcio en medio de la plaza a la altura de más de noventa pies! Cuatro leones levantan otros chorros de agua sobre el respetable pedestal; y las dos bellísimas Iglesias y palacios al fondo realzan lo grandioso del espectáculo. De aquí parten las tres calles principales. Se entra por la (Vía) FLAMINIA" (24). Visita las profundidades del Vesubio; las catacumbas de Nápoles: "más de treinta de martirios consigna; asados, plomo derretido, pellizcados, colgados, despeñados, desgarrados" (25); conoce las ruinas de Pompeya y de Herculano; asiste a la glorificación del Papa Gregorio XVI. Pero lo que más le llama la atención, lo que positivamente le impresiona de veras es su memorable encuentro con el políglota Mezzofanti. Sobre él escribe a Saco con delirante entusiasmo: "Jamás había visto reunidas, no digo en tantas lenguas, pero ni en dos siquiera, la excelente pronunciación o la castiza fraseología... Es hombre instruídísimo y profundo en las ciencias ideológicas, en la literatura clásica, en la historia, y no una erudición indigesta sino mucho talento, gracia, chispa y chiste en la conversación. Y para realzar tan singulares dotes, está adornado de una modestia y dulzura, que le dan a uno ganas de quedarse a vivir con él. Cuántos puntos de semejanza tiene con nuestro queridísimo Varela" (26).

E. ALEMANIA

El 7 de agosto de 1830 llega a Alemania: "Mamaíta mía queridísima: Hoy hace cinco días (Carta; Hamburgo, agosto 12, 1830) que llegamos aquí, donde contaba escribir a todos muy largo; pero en todo este tiempo he estado constantemente ejercitado, ya en visitar preciosos y variados alrededores de esta ciudad, como en convites que nos han dado... Es mucho el obsequio que hemos encontrado aquí de todo el mundo" (27). Este país deja en luz un recuerdo imperecedero. A lo largo de toda su vida sentirá especial estima por los pensadores alemanes, particularmente por Schelling, razón por la cual alguna vez se le emparentará con los idealistas germanos.

"...se puede inferir —escribe a su madre— que en este país estoy en mis glorias: el trato dulce y afable de estas gentes, la instrucción que halla uno en todas las clases, aquella honradez y sinceridad características, su entusiasmo por las artes, sus descubrimientos en ciencias con sus aplicaciones a la industria constituyen a esta nación en una de las más interesantes de Europa. Además de todos estos títulos al estudio y atención general, le distingue la particularidad de ser el único pueblo europeo donde se conocen (digo, ¡y a fondo!) todas las lenguas y literaturas de las demás naciones del orbe, circunstancia

muy agradable para el extranjero por hallarse como si dijéramos en casa”.

¿Cómo no habría yo de encantarme y admirar el día pasado a un profesor que comió a mi lado, hablar de Cervantes y Calderón con un tino, profundidad y conocimiento de causa que hubieran hecho honor aun a los Mayans y a los Moratín? Esto no se encuentra tan aína ni en Francia, ni en Inglaterra: aquí es muy común” (28).

Visita Berlín y allí conoce al Barón Von Humboldt. En Weimar al notabilísimo Goethe, quien lo recibe en su casa. La esposa de éste, y una bellísima joven, lamentarán luego verle marcharse cuando apenas acaban de conocerle.

En Petsh, Hungría, presencia la coronación del emperador austríaco y comparte las fiestas: “Quién me hubiera dicho en Habana —comenta— con la eterna e invencible oposición de mi mamá por los viajes, que me habría yo de hallar nada menos que en el corazón de Hungría, en la interesante ceremonia de la coronación del sucesor de San Esteban! En Polonia conoce a los filósofos José Podbielski y Bronislaw Trentotoswski con los que tendrá en lo sucesivo singulares relaciones filosóficas y epistolares. Nos parece importante hacer una referencia a esas comunicaciones, puesto que a través de ellos recibe José de la Luz también una vigorosa corriente mística y nacionalista que se revelará a lo largo de toda su existencia.

Su correspondencia con el primero es más corriente. Podbielski llegará a La Habana y servirá como profesor de geografía y de alemán en El Salvador (29). Sobre este personaje hay en el epistolado de Luz recogidas tres cartas cuyo contenido gira siempre en torno de la filosofía de Trentowski (30) por el que siente especial estima. En la primera dice: Muy largo tendría que escribir, si tratara de comunicarle cuanto me ha inspirado su compatriota. Su filosofía, inspirada por los grandes pensadores alemanes, merece el título de Universal, con que su autor la caracteriza, sin dejar por eso de llevar el sello de la originalidad en cada página. A mí en particular me ha cabido la satisfacción de coincidir en muchos pensamientos, con las mismas metáforas (31) tales entre otros, el de la página 78, en principio. Por lo demás, su palabra de fuego hallaría eco en esta tierra del sol, confirmándose en todo su obra en el concepto en que para la filosofía ha tenido a los polacos su afectísimo amigo.

José de la Luz(32)

La segunda es de agradecimiento: "Mucho le agradezco a usted las noticias que me da sobre las obras de nuestro predilecto Trentowski; pero nunca me ha dicho usted si hay algo traducido de Mickiewicz, de ese genio poético que, según dice el mismo Trentowski, puede ponerse en parangón con los Dantes y los Cervantes, y a quien por lo mismo tiene hambre de conocer su afectísimo amigo y servidor,

José de la Luz (33)

La tercera revela su admiración por la filosofía polaca: "No hay duda que me he salido con la mía que fue figurarme apriori que los polacos forzosamente habían de distinguirse en la filosofía, a la vez de sentidores, imaginativos y desventurados. Estoy nada menos que ente Mickiewicz y Trentowski. ¡Qué vuelo de águila tiene aquel poeta, y qué produndidad este pensador! De esta fecha me vuelvo polaco, y solo siento las ocupaciones y la vista que no me permiten consagrarme al idioma de gente tan esclarecida" (34).

Finalmente, hemos de reseñar aquí los párrafos más importantes de una extensa carta de Trentowski (35) a Luz en la cual le pone al corriente de sus obras y sus concepciones filosóficas. Esta Carta no sólo refleja al filósofo, al místico, sino también al hombre sufrido que fue, y que tanto parecido tiene con el Maestro. "Desde hace siete años —escribe— estoy enfermo de los nervios, del plexo solar, **plexus solaris**. La mayor parte de las veces no puedo comer, ni beber, ni caminar, ni escribir ni leer. Cuando cojo un libro o la pluma en la mano me entran instantáneamente náuseas y me quedo paralizado... Me parece que la enfermedad se aproxima a su fin ... **Me siento feliz de que mis escritos coincidan con tus convicciones** y te doy las más sinceras gracias por el afecto que les demuestras... Desde hace quince años estoy haciendo estudios sobre Dios y el otro mundo. A pesar de hallarme enfermo, el trabajo va adelantando a ratos. La enfermedad me ayudó también mucho dándome tiempo para asimilar lentamente los conocimientos acumulados para examinarlos así mismo con más humildad y para buscar una ventanilla hacia el más allá. Y encontré una puertecilla al cielo. Un par de años más de paciencia y las obras empezarán a publicarse. La primera será "La Natividad de Dios ante la Ciencia". Su objetivo son tres ideas fundamentales: 1. ¿Existe Dios? 2. Si existe, ¿puede conocerse? 3. Si se le puede conocer, ¿de qué manera? En una palabra, esto será una Teogonía según ideas modernas. Después de esta obra corta, en un tomo, aparecerá "Creo en Dios", cuyo fundamento está tomado del Credo, pero aplicado no sólo filosóficamente, sino también en un sentido histórico.

Será como una metafísica adaptada a concepciones nacionales.

Se trata aquí de Dios, de la esencia y las cualidades divinas, de la creación del otro mundo, de la Trinidad, de los Jazniak u hombres antes de la creación, tales como deben nacer, de ángeles, diablos, muertos, etc. Ya ves cuán importante e interesante es el tema y cuán extenso... Aquí se verá cómo la hechicería se convierte en física y la física en hechicería. Y encuentran su explicación la magia blanca y la negra, tanto la antigua como la moderna. **Empezarán a ser comprensibles los milagros.** Esta obra constará de tres o quizá cuatro tomos. No está aún concluida y llevará cerca de dos años. Por fin después de este **Teognosía**, que constituye la conclusión misma de mis investigaciones pero aplica todas las etapas anteriores por que pasé lentamente, se va a editar "**Bozyca**" en unos 8 ó 10 tomos. Esto es una **Teofanía**, o la aparición de Dios para convencer a la humanidad a través de todas las religiones pre-cristianas, o por las llamadas mitología. Se explican hasta las religiones de vuestro México y Perú. Para nosotros serán aquí las más interesantes las religiones de los eslavos y lituanos. He tratado de aclarar los misterios egipcios y griegos, y, una vez comprendidos, he podido explicar los célticos y mexicanos. He aquí la descripción de mis obras y de mis propósitos. Los cumpliré si la muerte no corta de repente el hilo de mis días" (36).

En el año de 1831. Ya su madre está impaciente por verle (y también a su hermano Antonio que va acompañando a Luz en el viaje), porque en carta de junio 13, le escribe: "No crea su merced, mamaíta mía, que a pesar del interés que me ha inspirado la Europa, haya dejado de ser mi mansión en ella continua lucha entre mi ansia por saber y los reclamos de mi corazón por mi casa y familia" (37).

Sin embargo, sigue viajando, conoce España ("bien merecía la España ser también visitada"), pero no deja constancia de sus impresiones en su Diario. Se dirige a París con el propósito de cumplir con el encargo del Director del Colegio Secundario, don Justo Vélez, de conseguir aparatos para el laboratorio de química y otros materiales didácticos; actividad que cumple a cabalidad, con la ayuda inapreciable de su aconsejado, el acaudalado José Alfonso, a la sazón en el país. Allí recibe carta del Barón Humboldt pidiéndole su cooperación para instalar en Cuba un Observatorio Magnético. La misiva dice así:

"Señor: al reiterarle la expresión del gran placer que he tenido en volverlo a ver en Berlín y en París y disfrutar, hasta en alemán, de su conversación, tan animada al mismo tiempo que tan instructiva, me atrevo a recordarle el deseo de ver establecido en La Habana un servicio regular de observaciones magnéticas horarias. Sería cosa

extraordinariamente útil para el progreso de las ciencias extender nuestras líneas para el progreso de las variaciones horarias, desde Pekín a La Habana, por Irkoutsk, Casán, Berlín, Freiburg y París” (38).

Allí mismo le dice;

“...desearía que Ud. pudiese traducir y publicar en un periódico de La Habana mi pequeño PREFACIO. No dudo que en una isla en que la Sociedad Patriótica ha dado antes pruebas de su noble deseo de adelantar todo cuanto es útil y honorable, serán acogidos con indulgencia mis deseos” (39).

Antes de su retorno a La Habana publica su traducción y comentario del “Viaje por Egipto y Siria” de Volney.

II. Madurez y Edificación

Aproximadamente en septiembre de 1831, regresa José de la Luz a La Habana. Ya es un hombre maduro, física e intelectualmente. Sus viajes en busca de reposo para su maltratado organismo, se convirtieron, más bien, en un nuevo proceso de asimilación de experiencias. Pudo practicar los idiomas modernos que sólo conocía teóricamente; familiarizarse con los grandes personajes de la intelectualidad europea; leer a los autores en boga en sus obras originales; y en fin, beber en la fuente siempre generosa del Gran Libro del Mundo. Y como se ha visto, su vehemencia en poseer conocimientos, tiene como objetivo esencial el serle útil a la patria, sencillamente de cultura.

1. El Reformador.

El San Cristóbal de Carraguo.

Consciente de esto ingresa a la Sociedad Patriótica de Amigos del País,” que estaba realizando desde su creación una labor de propagación cultural, erigiendo escuelas y mejorando las existentes. Desde la “Revista Bimestre Cubana”, órgano notable de aquella institución cultural, escribe diversos artículos y elencos pedagógicos. La prensa, y en especial, el “Diario de La Habana”, serán sus tribunas de combate contra los enemigos del progreso de Cuba, fiel a ese orientador principio subrayado por él tantas veces: “mi amor decidido hacia la ciencia y los progresos de la instrucción pública” (40).

La “Sociedad Patriótica” había logrado ya algunos éxitos en este aspecto. Así lo reconoce a su llegada.

“No puedes figurarte —escribe a José L. Alfonso— la revolución que durante nuestra ausencia ha habido en nuestro suelo en materias de educación, pues existe otro establecimiento (además del Carragao) también bueno y en grande, dirigido por D. Narciso Piñeyro, sujeto de conocimientos y de mucha discreción” (41).

Sin embargo, la Sociedad no había logrado acometer la tarea principal, quizás por desconocer los adelantos educacionales existentes en ese período. Se trataba de destruir desde su base los métodos utilizados para enseñar, a la vez que se incorporaban al plan de estudios nuevas materias, más acordes con las necesidades de la Isla y los tiempos que corrían.

El método que privaba en las escuelas era el memorístico. Domingo del Monte consigna lo que sigue al respecto:

“De memoria se enseñaban las verdades más importantes de la religión, de modo que las clases que por antonomasia, se llamaban de **DOCTRINA**, se reducían a recitaciones ridículas, en que unas maquinitas parlantes profanaban inocentemente los dogmas de nuestra creencia, y no imprimían en sus tiernas mentes y limpios corazones aquellos principios de tolerancia, de caridad y de honradez con que la sabiduría eterna embelleció el cuerpo de la moral cristiana”...

“Las clases de gramática, presentaban, siguiendo el mismo sistema, un fenómeno puramente mecánico: aprendidas de memoria sus diferentes metafísicas, el alumno no podía, cuando otro que su maestro le preguntaba, responder directamente la cuestión más simple, porque carecía su entendimiento de ejercicio y no le era dado hacer combinaciones de ninguna especie” 42).

El mismo Luz brinda testimonio sobre lo ocurrido con este método extendido a la enseñanza de la doctrina cristiana:

“Nos acordamos entre otras cosas —escribe—, de un niño, a quien preguntándosele más de una vez para llamarle la atención por creérsele distraído la primera que contestó absurdamente *¿quién es Dios?*, respondió en ambas ocasiones: “en todo lugar por esencia, presencia, y potencia” (43).

Había que ponerle fin a este sistema pedagógico y nadie más capacitado para realizar esta tarea que Luz y Caballero, quien se había dedicado, entre otras cosas, a visitar los mejores establecimientos pedagógicos de Europa. Nos parece necesario destacar en sus propias palabras, la profunda impresión que experimentó al visitar el establecimiento gratuito de Wood de Edimburgo, creador del **sistema explicativo**, que en su opinión, era, el **INTUITIVO** de Pestalozzi, una ramificación suya.

“Jamás se borrará de mi memoria el espectáculo que en 1830 presentó a mis ojos la escuela gratuita de Edimburgo con más de 500 alumnos, dirigida por aquel patriota filantrópico. Eran todos niños del pueblo, pobres, es verdad, a punto de estar descalzos; pero tan ricos de conocimientos que aquel contraste no podía menos que aumentar el interés que inspiraban. Se les abría un libro cualquiera que fuese, en prosa o en verso, y contestaban con tanta rapidez como exactitud a cuanta pregunta o duda se ofreciese...”

Acuérdome que me llamó la atención más particularmente un niño ciego de once años, pues atónito ya de lo que me contestaba, quise ver hasta dónde llegaba su inteligencia y le propuse una cuestión sobre las propiedades del aire (x) que con asombro mío y de todos los extranjeros circundantes resolvió de un modo que habría hecho honor a un físico ya muy versado” (44).

Esta experiencia será decisiva en las reformas educativas que pondrá Luz y Caballero.

Escribe su “Informe sobre el Instituto Cubano”, en donde sostiene que éste debía ser una Escuela General de Artes y Oficios y una escuela Normal. Su misión sería la de “abrir nuevas carreras a la juventud de nuestra patria, condenada a consagrarse exclusivamente al foro, a la medicina, o la holganza; difundir los conocimientos químicos para perfeccionar la elaboración de nuestros frutos y aprovechar nuestras ventajas naturales; facilitar la adquisición de luces para toda empresa que descansa en las nociones de las ciencias físicas y matemáticas; abrigar en nuestro propio seno, sin necesidad de mendigar al extranjero, hombres capaces no sólo de concebir sino de ejecutar grandes planes aun en sus últimos pormenores; mejorar algunas profesiones de las existentes proporcionándoles otros datos que han de menester para progresar; fertilizar el vasto campo de la educación, ofreciéndole más idóneos cultivadores; contribuir al adelantamiento de las artes liberales y mecánicas entre nosotros”. Como bien se observa el presente informe no puede ser más explícito y realista pone especial tono al referirse a las ciencias físicas y matemáticas; lo cual demuestra, muy claramente, su formación científica.

Se quiere formar un personal idóneo que pueda enfrentar los agudos problemas que se confrontan; se trata de crear verdaderos maestros, de hacer hombres, y no puros académicos eruditos. Porque educar sólo quien sea un evangelio vivo” (46). “Evangelio vivo” quiere significar para Luz apostolado. Así es como él concibe la educación: ¡como apostolado!

Tiempo después de incorporarse a los esfuerzos de sus compatriotas en pro de la educación, es llamado por D. Antonio Casas, director del Carraguao, para que se ocupe de la Sección literaria. A su amigo José L. Alfonso, a la sazón en París le escribe: "Ya habrá llegado a tu noticia que desde el mes de septiembre estoy a cargo de la dirección de la parte literaria del Carraguao, donde te escribo ésta, como advertirás por la fecha (Carraguao, febrero 8 de 1833). Este es un establecimiento muy en grande, fundado desde 1829 por el infatigable y benemérito D. Antonio Casas. Cuenta hoy más de 180 alumnos, todos internos, entre ellos, tus sobrinos los Aldamas y la Guardia, el hermano de Pablo y una colonia entera de matanceros, a cargo de 22 personas entre profesores, ayudantes y celadores, sin contar 12 criados blancos, con quienes no tienen roce alguno" (47).

Aprovechando esta conyuntura, pone en práctica sus ideas pedagógicas. Amplía, modifica, reforma. Introduce el método explicativo de WOOD, según informa a aquél: "Entre otras mejoras he introducido aquel admirable **explanatory system** que tanto aplaudimos y hasta con enterneamiento en manos del ilustre Wood de Edimburgo. Yo lo he hecho extensivo a la explicación del Catecismo y a todos, todos los ramos. Conmigo no hay escapatoria, todo ha de ser razonado, todo con su cuenta y razón. Con este motivo me he visto en el caso de publicar varios papeles para dar a conocer el sistema ... Te confieso Pepe, que cuanto más tiernos, tanto más me interesan; me tienes desde la mañana hasta la noche en medio de ellos, dando por mí mismo una porción de clases a fin de adoctrinar a los propios maestros... ¡Tal es el entusiasmo que inspiran en mi corazón!" (48).

Dedica, en efecto, especial atención a la niñez de la Isla, porque en su concepto la educación debía ir de abajo hacia arriba: "...Y aunque a todo atiendo —escribe sin embargo—, consagro más mi atención a las clases primarias para que la reforma en el plan de las ideas vaya de ABAJO PARA ARRIBA. Así es como siempre se ha edificado" (49). Aquí puede observarse, nuevamente, la intención científica de Luz. Se trata de comenzar de abajo hacia arriba: ir de lo particular a lo general, de lo concreto a lo abstracto como preconiza el método experimental, el inductivismo baconiano.

Ya para ese período, Luz planeaba crear un Ateneo, donde "la juventud acuda a oír lecciones de Química, Física y Literatura, aun de aquellos idiomas que no se enseñan gratuitamente, como griego y alemán (50); siendo a la vez una especie de museo de historia natural.

Ha escrito también el "Texto de Lectura Graduada" para la escuela primaria, de ciento cuatro páginas, en donde trata de aplicar el método explicativo.

“No hay más que un Dios, que es Señor de todo lo creado. El es sabio, omnipotente, justo, bueno, misericordioso. El hizo el sol, la luna y todas las estrellas. Suyo es el mar, y él lo hizo; la tierra es suya también. El hizo el oriente y el occidente, la alta montaña y el abatido valle. El formó todos los árboles y yerbas; la elevada ceiba y el humilde matorral son ambos obra suya”. “Dios manda salir el sol y le manda ponerse.

El es quien hace caer la lluvia y el rocío para mojar el suelo; y a su arbitrio se pone. De él viene el calor y el frío. El envía la nieve, el hielo y el granizo; y a su voz se derriten enteramente. Ora manda al árbol que se viste de hojas, y dentro de poco mandará a las hojas que se marchiten, que caigan y que el árbol se quede desnudo. El manda soplar el viento; y él es quien lo manda calmar. El pone como quien dice una muralla al mar, diciéndole: hasta aquí no más llegarás” (51).

El texto está lleno de relaciones de este tipo en las que Sanguily cree ver “cierta mezcla extraña de teísmo y panteísmo (que sorprenden en un pensador que tanto recomendó desde temprano el estudio de las ciencias naturales” (52).

La actividad desarrollada por él es inmensa; no se da descanso en sus reformas; a tal punto que su Maestro Félix Varela le escribe desde New York (20 de agosto de 1833) suplicándole “a nombre de las ciencias y de la patria que modere sus tareas (que), no hay que aniquilarse con un trabajo DESDE LAS SEIS DE LA MAÑANA HASTA LAS DOCE DE LA NOCHE” (53). Pero José de la Luz no seguirá el consejo de su ilustre Maestro; comprende que la tarea es ardua y llena de espinas, pero hay que llevarla a cabo; y era como él decía: “Estamos en punto de educación como las vírgenes fatuas del Evangelio: Con lámparas pero sin aceite” (54).

Ya en ese año (1833) D. Antonio Casas, habíase retirado enfermo del Colegio, confiándole la dirección a Luz, quien le escribe informándole el impacto que su ausencia ha causado entre los niños y profesores:

“Mi querido amigo: si usted no tuvo aliento para despedirse, no sé como lo tuve yo para leer la despedida. Pocas veces he tenido parte en una escena más patética e interesante. Eran las nueve de la mañana, apenas terminado el desayuno anuncié a nuestros alumnos que su antiguo director se había alejado de nuestras playas dejándoles una memoria de su afecto, cuando de golpe sucediendo a un pequeño murmullo un silencio casi sepulcral, todos aguardaban ansiosos por el contenido de su carta”...

“Apenas comencé la lectura, corrían las lágrimas a raudales de los ojos de nuestros discípulos: grandes y pequeños, sensibles y retenidos todos lloraron; hasta los respetables profesores hubieron de mezclar su abundoso llanto con el de estos vástagos inocentes. Cada palabra que salía de sus labios era un nuevo dardo que tornaba a abrir la reprimida fuente de lágrimas” (55).

Luz dirige con acierto el San Cristóbal, extendiendo a todas las asignaturas posibles el método explicativo. Redacta en Enero 25, el “Informe sobre el Jardín Botánico” en donde expone una serie de aceptables razones por las que debe concedérsele el local que ocupa para su Ateneo, en virtud de que se piensa trasladar “las plantas y enseres que le corresponden a la Escuela de Agronomía” (56). En febrero 6, presenta el “Informe sobre el Ateneo”, que acompaña con la autorización del Gobernador D. Mariano Ricafort (Habana, 22 de enero), para realizarlo, ya “que es útil, necesario y aun indispensable, que debe mirarse con predilección por las ventajas que ofrece, y porque es equivalente al Ateneo de París, al Liceo de New York, la Academia de Madrid, etc., en donde se difunden los ramos del saber, siendo hoy más urgente esta especie de estímulo para poner al país al nivel del siglo” (57). Allí mismo, Luz se dirige al público para informarle que no es incompatible el desempeño de ambas funciones en uno y otro magisterio y que, por eso, “muy lejos de pensar en salir del colegio del Sr. Casas, considero, como mi deber primario, la ocupación que tengo en dicho colegio, sin que nada obste el secundario proyectado al desempeño de mis funciones cotidianas. Por ahora basta ser presente, mientras ve la luz el proyecto —que será tan luego como la Sociedad decida la cuestión del local— que en el Ateneo no habrá más clases sueltas a diferentes horas, en diversos días y por distintos profesores, no para formar a la niñez, sino para instruir a la juventud; de modo que no exigirá mi presencia sino pocas horas y una que otra vez a la semana. En fin, si bien es útil e interesante al país lo que se intenta en el Ateneo, hartamente útil, más necesario, y aún más importante es lo que tiene asegurado en el Carraguao. Atendamos de preferencia a este semillero de plantas tiernas y delicadas que más reclama nuestro cultivo, si queremos ver algún día árboles robustos y frondosos, bajo cuya sombra pueda tranquilamente redimirse la patria” (58).

Un nuevo acontecimiento, más agradable que su azaroso trabajo, viene a distraer un poco sus labores. A su amigo Antonio Saco le escribe informándolo en carta del 29 de octubre:

“Amiguísimo: ¿Qué dirá Ud. de mí con tan largo silencio? Yo creo, sin embargo, que tengo una APOLOGY que vale por THOUSAND

ONE, viz, que estoy en capilla para uncirme al santo, y con ella santísimo, yugo del matrimonio. Créame Ud. amigo mío, no es ya amor, es adoración, es devoción, es un sentimiento religioso el que se anima por esa criatura angelical. Se verifica, pues, pasado mañana por la noche habiéndolo anticipado por aprovechar los tres días de fiesta seguidos, que no son de perder para un pobre" (59).

El 31 de octubre pues, se casó Luz con Mariana Romay, hija del ilustre médico habanero, Tomás Romay. De ese enlace nacerá una niña: María Luisa de la Luz y Romay en el año 1834.

El año 1834, es sumamente importante para "D. Pepe" y también para Cuba. Porque se da el famosísimo *Elenco* en el cual propone la precedencia de la Física (60) a la lógica (61) "como reforma en los planes de estudios del colegio de Carraguo" (62).

La respuesta a esta reforma no se hizo esperar. Las fuerzas de conservación se manifestaron en contra, motivándose una serie de escritos polémicos que ocuparon las planas de los periódicos principales del país el "Diario de La Habana" y el "Noticioso y Lucero" ... y la atención pública. Los escritos fueron elaborados con pasión— de parte de uno y de otro bando— y no pocas veces, con términos subidos de tono. No era extraño que así fuese, puesto que con aquella reforma se intentaba inscribir, dentro del marco de la filosofía moderna, a la educación existente, al imponer el método experimental. Esta polémica que abarca todo el año 1838, ha sido distinguida como la polémica filosófica sobre la "Cuestión del Método".

2. La Cuestión del Método.

Esta polémica revela en el fondo a dos tendencias y a dos doctrinas, cada una defendida con un interés particular por ambos sectores: una, la conservadora, la otra, la progresista. La primera, está representada por ecléctico-espiritualistas; la segunda, por sensualistas. Estas dos posiciones doctrinarias se enfrentarán en lo sucesivo en otras disputas no menos importantes y no menos apasionadas.

Para José de la Luz, esta es una cuestión seria, comprometida y comprometedora, en suma, "de vida o muerte".

"Lo más particular del caso —escribe a "Dómine" —es que abrigue semejantes opiniones quien, por otra parte, se muestre partidario del sistema sensualista en el discurso del escrito, pues ha de saber usted y cuantos presentes vieron que esta cuestión del método (so pena de no haberla entendido), es la mismísima y pintiparada, vestida con otro ropaje, que se debate entre los sistemas espiritualistas y sensualistas: cuestión a la que cuadra más que a ninguna otra el TO BE OR NOT TO BE (63) del insigne vate británico" (64).

Como se observará en otras discusiones, los escritos se suscribirán con pseudónimos: "Rumilio" (65), "El Lugareño" (66), "El Crítico Parlero" (67), "Dómine" (68), "Adicto" (69), "El Corresponsal" (70), "Un Tercero en la Discordia" (71), y otros menos importantes.

Los puntos fundamentales en su "Elenco" pueden explicitarse de la siguiente forma: 1- Las Ciencias Naturales, como se ocupan de los objetos sensibles, están más al alcance de la juventud, y por lo mismo, más capaces de entretenerla y deleitarla. 2- Estas ofrecen inagotables cantidades de hechos que sirven para ir formando el conocimiento acerca de éstos mediante un proceso discursivo. 3- La Lógica, es cierto, sirve para poder discurrir bien sobre cualquier objeto científico; y por tal, deben de aprenderla los jóvenes; pero la lógica que precisan no es la escolástica, sino la **natural** que se practica en el estudio de la Física. Se trata, no de una lógica deductiva, sino inductiva.

En dicho método se procede de los hechos particulares a los más generales por una cadena de inducciones. Este ejercicio robustece a las facultades intelectuales permitiendo progresos rápidos en los alumnos en cualquier tipo de asuntos. 4- En cambio, si se comienza por los estudios ideológicos, se comienza por **abstracciones**, lo cual es someter a un ejercicio demasiado fuerte al endeble entendimiento por cuanto se carece de ejemplos, esto es, de hechos y observaciones, que debieran servir de base a las doctrinas ideológicas, de cuyo examen han de deducirse, en última instancia, los documentos para la dirección del espíritu humano, o sea, la lógica propiamente tal. Quiere decir entonces que en la ideología se parte de la teoría a los hechos, en tanto que en las ciencias naturales, de los hechos a la teoría. Además de esto, su objeto no permite apelar a la experiencia. En fin, la ideología se presenta como la teoría de las teorías, como ha dicho Destrutt de Tracy" (72).

Frente a esta posición de Luz, se esgrimen otros argumentos. Resumamos los dos más señalados: **Rumilio**: Define la Lógica como la "teoría del análisis"; la Física, como el "conocimiento de los cuerpos" (73).

Según él, la Física, sólo precisa de una "mala lógica natural" (74). La Lógica debe preceder a la Física porque ésta no sería útil sin aquella. Para el conocimiento de los cuerpos, necesita de la Lógica, la cual, puede analíticamente, "extraer la combinación de los principios que componen los cuerpos y las deducciones que convenga sacar de ella" (75) lo cual constituye la verdadera ciencia de la Física. El solo hecho de que la Física trate de los cuerpos no le da categoría de ciencia: la Lógica se la imprime. Además de ésta, se necesita el uso de

la Gramática general para “poder coordinar metódicamente las ideas que se hayan percibido con alguna confusión”, y procurar “nociones exactas del mejor medio de analizar para proceder de lo conocido a lo desconocido”. En conclusión, la Lógica, y sus inseparables, “la Gramática general y la Ideología deberán preceder el estudio de la Física” (76).

El **Adicto**, discípulo de Luz, según propia confesión al final de sus “Réplicas” dice: “respeto demasiado al profundo saber y la ejemplar virtud del ilustre compatriota que guió mis primeros pasos en la carrera literaria, inculcándome amor a las ciencias con su ejemplo” (1839) (77), rebate la posición de su maestro, pero más bien con la humildad del discípulo que con la autoridad del maestro. Recurre quizás por ello al seudónimo del “Adicto” que es revelador de su espíritu y actitud. Hace una historia, que podríamos llamar de la Humanidad, o quizás, más propiamente, de las peripecias del hombre desde la condición primitiva hasta la superior y creadora del hombre. En cada uno de estos estudios, dice, el hombre no ha desarrollado las ciencias naturales, sino que le ha dado mayor beligerancia a las intelectuales en donde ha descollado, principalmente en el aspecto Moral en donde creó un sistema de preceptos estables para todo tiempo. “La Moral es y fue universal, como la verdad; y fue también la primera que descubrió el hombre elevándola a tal altura y perfección que se difundió sirviendo de inmensa base a las más caras y preciosas instituciones del género humano (78). Entre los pueblos antiguos, orientales, en el medioevo, etc. éstos fueron “consumados moralistas” (pero) malos astrónomos y peores físicos” (79). La verdad a que ha llegado la Moral “es que el vicio odioso acarrea infinitos males, y la virtud plausible colma de infinitos bienes; ella tuvo origen desde que el hombre pensó; y ella ha sido de todas las naciones y de todas las épocas” (80). ¿Y la Física? ¿Sucede en ella lo mismo? “Yo creo haber demostrado que los pueblos antiguos estuvieron muy atrasados en este género de conocimientos; y que ellos no tenían elementos científicos y los medios necesarios que los pueblos actuales, para someter la naturaleza a las investigaciones; de manera que aunque ella ejecutase a su visita diariamente fenómenos más comunes para nosotros, no estaban en estado de apreciarlos, ni establecer inducciones ni teorías... a diferencia de las ciencias morales en donde explicaron las causas y efectos de sus fenómenos” (81).

A favor de la reforma lucista se definen Antonio Bachiller y Morales, José T. de la Victoria (de Puerto Príncipe), quien llama a Luz “maestro benemérito de la juventud cubana” (82), Betancourt Cisneros, y el anónimo, que es un conciliador, se inclina por la tesis del Maestro.

El Elenco de "D. Pepe" persigue eliminar la abstracción, el deductivismo que hasta ese momento impera en la educación. Poner en plano de precedencia —no de preferencia, según aclara— la Física con respecto a la Lógica, significa introducir a la juventud en el estudio de las ciencias naturales, inclinarla, habituarla a la observación y a la experimentación de la naturaleza. Convertirla en un espíritu investigador y libre: Quiere ponerle fin al dogmatismo, destruir al criterio de la autoridad: promover la libertad filosófica, en suma: hacer una educación para la libertad. Así nos lo confirma: (En el Elenco) "se ha procurado inculcar a la juventud la verdadera libertad filosófica, esto es, nada de autoridad de escuela, pero tampoco nada de presunción" (82). En otro lugar de sus escritos polémicos dice a Rumillio: "En el citado Elenco se notará tan pronto defendida una opinión de Cortesio como impugnada otra; tan pronto estar del lado de los espiritualistas como de los sensualistas, ora aplaudiendo a los ideólogos, ora modificando, ora restringiendo, ora refutando sus doctrinas; en resolución, se ha procurado, pero con alma, vida y corazón, inspirar a la juventud el verdadero espíritu de la crítica filosófica" (83).

Ya en el "Informe sobre el Instituto Cubano" José de la Luz señalaba la necesidad de abrir una escuela de Artes y Oficios unida a una Normal que superara la práctica funesta de la pedagogía reinante de formar nada más que abogados, médicos o simples vagos. Hábito éste muy propio de la España, que siguiendo los lineamientos feudalizantes, veía con estupor el trabajo manual" (84). Por eso insistirá en las especialidades de todo tipo; y a través de la Sociedad Económica intentará dotar a la Biblioteca de libros en donde pueden instruirse desde el más selecto de los profesionales hasta el más humilde artesano.

Ahora quiere Luz que se le dé mayor beligerancia a las ciencias; no es raro, puesto que él es un hombre con una mentalidad formada en las corrientes científicas europeas de la época. No debe olvidarse que fue alumno de Cuvier. Pero el fin que persigue con ello es más importante. El conocimiento de las ciencias pondría al cubano en estrecho contacto con la realidad, esa realidad que era tan suya, pero sólo presentida en él. Del dominio de la Naturaleza, de sus leyes, de sus maravillosos resortes, emprendería la aprehensión efectiva de la realidad social y política. Esto no se le escapaba a Luz, atento siempre a los sucesos que se desarrollaban en los otros países hispanoamericanos. Pero no era sólo "D. Pepe"; también Saco, tan empeñado en promover, como nadie, el desarrollo de la química y de los adelantos industriales en Cuba, sabía que al fin y al cabo esa sería la consecuencia. En carta sita en Filadelfia, con fecha septiembre 12 de 1826, escribía alborozado a Luz:

“Amigo mío: ¡en La Habana nunca hemos visto la fuerza de una columna galvánica! ¡Qué falta me hacen quinientos pesos o seiscientos pesos! ¡Qué calorimotor! Al ver operar estas máquinas, el hombre no puede evitar su admiración. Haga usted un esfuerzo pues sin necesidad de mucho dinero podemos conseguir éstos y otros aparatos, y aunque yo los lleve pueden remitirse después” (85).

Era necesario, pues, poner al cubano en contacto con la realidad, obligarlo, acostumbrarlo a reconocerla y dominarla. Pero ello sólo era posible promoviendo el estudio de las ciencias naturales; colocándolas en primer término y abandonando en segundo lugar, las ciencias especulativas porque Cuba no se industrializaría a base de especulaciones. La Física, en consecuencia, debía preceder a la Lógica.

“Empezar por la Física --escribe-- o en general por las ciencias naturales, es empezar por el principio: el hombre naturalmente se siente arrebatado a la contemplación de los objetos externos por el sinnúmero de sensaciones con que ellos asaltan los sentidos: así forzosamente ha de ser **NATURALISTA** antes que **IDEOLOGO**: primero ha de comenzar por lo de fuera que por lo de dentro mejor dicho, no puede conocer su interior sino precisamente en virtud del conocimiento de lo exterior. Debe irse de lo más fácil a lo más difícil” (86).

Precisamente, mediante este método experimental las ciencias han logrado su progreso, constituyéndose nuevas ciencias como la Química, Cristalografía, Anatomía Comparada, Geología, etc. ¿Y qué pasa con las ciencias intelectuales? “están en mantillas al cabo de tantos siglos en que los genios más esclarecidos han acometido su estudio con todo el vigor de su capacidad, desde Platón y Aristóteles hasta Kant, Fichte y Cousin” (87). De allí que “los ideólogos y psicólogos han tratado precisamente, de introducir el método en las ciencias intelectuales y morales; es decir, han tratado de convertirlas en creencias de observación y experimentación” (88). Así, se ha extendido dicho método a la Legislación y a la Política. Y en esto adquirieron rango de verdaderas ciencias. Y agrega convencido:

“Tan penetrados están todos los investigadores de la superioridad de este método, que no hay ramo de los conocimientos humanos a que no intenten aplicarlo, y siempre con el mayor éxito” (89).

En un comienzo, las materias se examinaban partiendo de principios generales o por opiniones ajenas. Ahora, se procede según los hechos (observación), que son vistos, desde sus circunstancias (experimentos); librándose el científico de suponerlos, los estudia.

Pero de todo esto no debe concluirse que la Lógica no sirva ni mucho menos ya que lo que se pretende es que haya una Lógica, "pero no una Lógica de meras reglas tomadas a crédito, o sobre las palabras del maestro, sino una Lógica que se funde en el espíritu de observación; único medio de evitar esas definiciones alucinadoras que sólo producen conocimientos superficiales" (90).

Luz y Caballero señala que en el campo de las ciencias intelectuales y morales (Dilthey las ha llamado del espíritu) (91) el estudio de las Lenguas debe estar primero en el plan de estudios, ya que es una materia sobre la que el niño recoge datos desde que inicia su tartamudeo; ésta, pues antes que la Gramática general: primero Física e Historia Natural y luego Psicología y Lógica: tal se hace en Alemania "la nación más práctica y especulativa de Europa en materias didácticas" (92).

¿Quién ha dicho que el hombre fue lógico antes que físico? Nada de eso: "...primero es observar que deducir; primero es recibir impresiones que reflejarlas; primero es ser niño que hombre; primero es crecer que madurar; primero es andar que explicar la marcha; que igual se me figura el empeño de estudiar primero las ciencias intelectuales al de quien pretendiese que aguardara el niño para caminar hasta que se le enseñase la doctrina del movimiento" (93).

En fin, Luz recalca la imperiosa necesidad de no considerar a la autoridad como un culto. Es menester respetarla, pero no adorarla:

"La autoridad es una planta que tiene su semilla en el corazón del hombre: ella le es tan característica como su misma fragilidad: el que no sabe andar es necesario que se apoye en el que ya camina, el que no ve bien claro necesita del guía que le alumbre. ¿Cuántas veces nos hemos burlado del MAGISTER DIXIT de los Pitagóricos, sin reparar que envuelve un documento precioso en la historia primitiva del espíritu humano! **A los maestros respeto, pero no fe**" (94).

CAPITULO II SU VIDA PUBLICA

“En un país en guerra,
aunque se quiera, no
se puede ser NEUTRAL”.

Luz

III. Madurez y Acción

1. Gestación Política.

En la obra de D. Marcelino Menéndez y Pelayo, “Historia de los heterodoxos españoles”, leemos unas alusiones a José de la Luz Caballero del tenor siguiente: “el famoso José de la Luz y Caballero, hábil director de colegios, **gran propagandista del filosofismo y separatista** entre la juventud de la grande Antilla, que le venera como a Confucio. Educó a los pechos de su doctrina una generación entera contra España, etc.” (1)

No es difícil captar la evidente acritud con que se enjuicia aquí al Director del Carraguao. Pero lo importante es señalar si es acertado en sus juicios el esclarecido santanderiano. Veamos cuál fue, en concreto, la labor de Luz “contra España”.

La militancia política que le ocupó a Luz y Caballero en el proceso cubano, puede decirse que fue accidental. Presionado por los acontecimientos y llevado por una amistad que tenía en alta estima: La de Antonio Saco, alguna vez había escrito: “Amor a todos los hombres, pero primero a mis compatriotas” (2). Este sentimiento le llevó a la política...

Antonio Saco formaba parte de ese número reducido de amigos, eminentes todos, patriotas todos, que tenía José de la Luz. Esa pequeña colectividad de hombres estaban firmemente unidos por una serie de ideales y relaciones amicales; ni la distancia ni las desgracias pudieron separar jamás estos estrechos lazos.

Los escritos políticos de Saco, en especial, su campaña abolicionista que había desatado en la Isla (3) sus acervas críticas al estado caótico y atrasado en que se debatía la sociedad, le atrajo la inquina de los negreros, los hacendados, de la administración. En una palabra, de las fuerzas de conservación.

Uno de sus más peligrosos enemigos era Martínez de Pinillos, Superintendente de Hacienda, a quien atacó públicamente responsabilizándolo por los estragos causados en Cuba por el “cólera morbo asiático”, y que no hubo familia que no perdiera un pariente. El bayamés achacaba el hecho a la suspensión de la cuarentena que se había impuesto a la entrada de barcos norteamericanos procedentes de New Orleans. En defensa de Pinillos salió el profesor D. Ramón de la Sagra, designado para las cuestiones científicas y económicas por aquél, quien redactó un “Estudio sobre el cólera morbo asiático” (1833) que fue impugnado exitosamente por Saco, asaz versado en cuestiones científicas (4).

En 1829, un grupo de literatos y profesionales, entre ellos Luz y Saco, idearon la creación de una Sección dedicada a las “bellas letras”, en donde se pudiera debatir libremente. Sin embargo, sólo obtuvieron permiso para crear lo que se denominó “Comisión Permanente de Literatura”, que funcionaría como apéndice de la Sección de Educación de la “Sociedad Económica”. En 1830 se fundó y en el 32, Saco fue nombrado Presidente. Para 1834, la “Comisión” se transformó en la “Academia Cubana de Literatura”, en virtud de la Orden Real del 25 de diciembre del año anterior. Conviene subrayar que ello fue posible debido a que al morir Fernando VII, la Reina viuda María Cristina, quiso promover un cierto clima de paz y liberalidad, con el propósito de asegurar el trono a su hija Isabel II. Puestas las cosas en este punto, los enemigos del grupo, que en realidad lo eran de Saco, se escandalizaron de las concesiones hechas al “peligroso” consorcio que se empeñaba, además, en formar asociaciones independientes de la “Sociedad Económica”. Los negreros, los peninsulares, los criollos retrógrados, al frente de los cuales se hallaban Juan B. O’Gavan y Antonio Zambrana, director y secretario, respectivamente de aquella institución, por razones más bien personales, dieron inicio a una campaña de descrédito y difamación contra la “Academia”. Se trajo a colación la filiación abolicionista y separatista de Saco, que nunca negó; que de paso le endilgaron a Luz quien colaboraba íntimamente con él. Siendo Saco Presidente de la “Academia”, imprimió un folleto en Matanzas, con pie de imprenta de New Orleans, titulado “Justa Defensa de la Academia Cubana de Literatura”, en la cual alegó, en su defensa, que había sido, precisamente, un peninsular quien había tenido la idea de crear el grupo del Lic. Blas Osís.

Frente a tal prueba los acusadores tuvieron que callar pero, desde luego, no terminaron sus campañas activistas. Esperaron el momento oportuno, que se presentó con el cambio de Gobernación: el general Ricafort es sustituido por Miguel Tacón, quien advertido por el Ministro Martínez de la Rosa de que procediera *manu militari*,

procedió a ordenar el destierro de Saco (17 de junio de 1834) para Villa Trinidad (5). Los amigos de éste le instaron a que mandara una "representación" (6) al Capitán General; y al negarse, Luz fue encomendado para redactarla, lo cual hizo, siendo luego firmada por Saco. La famosa y controvertida "Representación" revela cierto afán de justificación de la conducta de Saco. Expresaba la necesidad de hacerle justicia; advertía al Capitán General que había sido instrumento de los poderosos de la Isla; que la filiación política de Saco era liberal, pero entendido como ilustrado, lo cual era aceptable porque se vivía en una época ilustrada y, como joven que éste era, debía serlo. Señaló la contradicción existente entre los ideales cubanos y el régimen de absolutismo colonial, apuntando el hecho de que la revolución era imposible por la desunión de los pocos decididos y el poder de los ricos; en fin, manifestó que la represión era innecesaria para el mantenimiento de la paz en la Isla (7).

El espíritu que anima este escrito no puede ser más pesimista. Refleja la desmoralización existente entre el grupo dirigente del criollismo liberal cubano y que Luz pone al descubierto. Cabe preguntarse: ¿Es ésta la actitud de un hombre que propugna por el "separatismo"? ¿Es comprensible tal espíritu en un hombre "que educó a pechos de su doctrina toda una generación contra España"?

En nuestra opinión lo que animaba a Luz era su claro sentido de la justicia. Guerra y Sánchez señala que en Luz "el sentimiento de justicia tenía raíces en su alma muy profundas" (8).

Anteriormente hemos expresado que el citado documento era controvertido y la razón es la de que hasta ahora se ha venido discutiendo la paternidad real de éste ya que no se tenía base para afirmar que pertenecía a Luz y sólo se especulaba en torno a dicha posibilidad. Hoy podemos estar plenamente seguros de que fue escrito suyo. La recopilación de sus papeles y cartas ha permitido establecerla sin equívocos y nada menos que por el mismo Saco. En carta sita en Montmorency y fechada, agosto 30 de 1857, Saco, desde su exilio, le escribe a Luz:

"Aún no sé si imprimiré alguna cosa de lo nuevo de lo viejo; pero si se realizaran mis esperanzas, ocupará su merecido lugar un papel que es mío porque lo firmé; y de Ud. porque Ud. fue su único autor. Aludo a la representación que Ud. mismo entregó a Tacón cuando me mandó salir de la Isla. Y yo quisiera decir y diré, si Ud. no tiene algún reparo, que es producto de su pluma" (9).

Después de leer esto, ¿qué duda cabe? Sin embargo, Saco no dio a conocer el secreto sino después de la muerte de Luz y Caballero. La

razón nos parece obvia: No quería causarle más disgustos y problemas de los que ya le había causado con su amistad.

Por lo demás, cabe preguntarse: Si Luz era el "laborante" del "separatismo", como escribe D. Menéndez y Pelayo; si era "el gran perturbador y enemigo de nuestro dominio en las "Antillas" como apunta Zaragoza (10), ¿cómo se explica que no siguiera la misma suerte que Saco? ¿Acaso su estrecha intimidad con éste no era en sí una acusación contra él? ¿No era justo que compartiera las responsabilidades? y Luz, con sus convicciones morales a toda prueba, ¿hubiera aceptado que se le eximiera de éstas?

Hecho este paréntesis necesario, continuamos.

La "Representación" fue entregada por Luz el 23 de julio de 1834; pero Saco tuvo que partir al exilio. Pero el asunto no terminó allí. El momento era crítico. La Isla no tenía libertades políticas y civiles. El autoritario y conservador Tacón había puesto fin al período de tolerancia de Vives y Ricafort.

Enviado al exilio Saco era lo más natural que Luz ocupara su lugar, puesto que él era quien había estado a su lado constantemente, y porque era hombre de una personalidad magnética que atraía a las personas aún sin proponérselo, amén de su fama indiscutida como literato y "hábil director de colegios" como dice el Sr. Pelayo.

Antes de salir a cumplir su sentencia Saco discutió con el grupo la posibilidad de permanecer. Pero Luz, consciente de que "hay circunstancias en que es forzoso el vivir fuera de la patria para serle útil, sin que jamás pueda contraponerse su ventaja a nuestro honor, que se cifra para el sacrificio, EN ELLA (11) convenció a éste de su error; disponiéndose luego hacia dónde habría de ir. Saco escogió España por creer que allí seguirá su campaña a favor de Cuba, sin sospechas oficiales. Como necesitaba dinero para su estancia, se ideó colectarlo entre los criollos patriotas; Luz fue el recolector y José L. Alfonso, en París, el que lo enviaba.

El patriotismo de Luz le valió simpatías entre sus coterráneos. No había descuidado tampoco su labor de maestro y de esposo. Había creado la cátedra de **Composición** y la de **Filosofía** en el Carragao. Fungía como Vice-director de la "Sociedad Económica" y ya era padre de familia.

El 17 de abril de 1834, el Ministro Martínez de la Rosa, ensayó una Constitución del tipo de la restauración francesa. En junio lo fue extendida a Cuba. En ésta se contemplan una serie de alteraciones a los derechos y garantías, a la vez que establecía dos estamentos legislativos: El Estamento de Próceres destinado a los miembros de-

signados por la Corona, y el Estamento de Procuradores, que debían formar los Diputados electos por los Ayutamientos (12). Llegadas las elecciones, Saco resultó electo (aun en ausencia) en Oriente; en La Habana, se habían presentado dos candidatos: O'Gravan, repaldado por Tacón y Juan Montalvo y del Castillo, apoyado por el grupo lucista, quien resultó vencedor, dirigiéndose luego a Madrid a colaborar con Saco. Era ya el año de 1835. En Enero, Saco publicó un folleto titulado el "Clamor de los Cubanos", que iba dirigido contra el poder dictatorial de Tacón, y resumía los ideales "del grupo habanero ilustrado" (13). En tanto, Montalvo lo acusaba en su Discurso en el Estamento de Procuradores" (14). El Capitán General rechazó lo propuesto en sus comunicaciones con el gobierno supremo. En respuesta, además tomó providencias contra el General Lorenzo, designado en Oriente, por sus medidas tolerantes.

Una nueva elección diputadil se anunció para mayo de 1836. El "¿Qué le diré yo a usted, Saco de mi alma? Mi placer es inefable, mi dos (2) en Occidente (La Habana) y uno (1) en Oriente (Camagüey y Oriente). Se candidatizó en ausencia a Montalvo y a Andrés de Arango (familiar de Arango y Parreño, amigo de Saco), saliendo triunfadores ambos, con lo que Tacón recibió duro golpe político (15); en Oriente salió nuevamente Saco, agravándose la situación del Sr. Gobernador.

Se hallan a nuestra vista tres cartas de Luz y Saco que consideramos fundamentales para juzgar su actividad política: una, sita en La Habana con fecha 30 de mayo de 1836; la otra, Puentes Grandes, 2 de mayo, 1836; la última, Puentes Grandes, 7 de julio de 1837.

En la primera Luz felicita a Saco por su elección: Allí leemos: "¿Qué le diré yo a usted, Saco de mi alma? Mi placer es inefable, mi alborozo tan grande cuanto puede permitirlo la idea de que nuestros clamores serán oídos, por más levantada y sentida que sea la voz que los exhale. Pero al fin, *hoc unum* (16), oh, patria mía! , es cierto, ciertísimo: tú acabas de dar el mejor testimonio de tu justicia, el más seguro garante de que para contigo vale también la fuerza de la opinión: tú has puesto en la cumbre al primero de tus hijos, al mismo hombre que la mano impura del despotismo trató de avasallar y pisotear. Confesemos que este rasgo es digno de Albión. Yo desde aquí le estrecho a usted en mis brazos y en mi corazón, amiguísimo mío, a quien amo más que si mi sangre circulara por sus propias venas; le abrazo a usted en nombre de nuestro carísimo, sin par Nicolás; es de toda mi familia, que no sé quién de ellos le quiere más, de todos los buenos ilustrados de La Habana, del Príncipe, de Cuba, especialmente de Ferrer (pues a Sagarra le pertenece de derecho su

artículo separado), que de todos he recibido congratulaciones. Como que todos saben que "Saco está en mí, y yo estoy en él" (17).

Más adelante expresa: "Sagarra, sabe usted, Sagarra, mi discípulo predilecto, es quien ha obtenido la victoria: quien ha enderezado la opinión, acallando las habillitas de los malos y los temores de los ilusos y cobardes, quien empenó sus fuerzas porque se hiciese justicia, nada más que justicia al mérito (porque nadie nació para diputado más que usted), y honor eterno a su país. Dios bendiga y conserve en nuestro suelo esas pocas almas bien templadas, para que puedan dirigir y alentar a los débiles" (18).

Enseguida le aconseja: "Ahora, pues, amigo mío, por ningún motivo vaya usted a renunciar; y cuidado que se lo aconseja a usted el mismo que le dijo que, si acaso lo hubiesen sacado a usted de suplente los habaneros residentes en Madrid, debería usted renunciar desde luego, porque yo que quiero la opinión de usted tanto o más que la mía misma, no gustaba que J.A. Saco apareciera como nombrado por un partido, cual era fácil de hacerlo creer, atento al corto número de votantes e influyentes. Mas en el caso presente, la elección de usted es el voto de la mayoría de la Isla, sí; que si en la degradada Habana (perdóneme mi tierra, que tal la han puesto), cuenta usted algunos enemigos aún en medio de tantos y tan buenos amigos: en lo interior, y en el resto en general todos son amigos: es mucho el prestigio del nombre de Saco (...) por ningún motivo frustre las esperanzas de esta patria que adora. Esta no es sólo mi opinión sino la de Nicolás, Domingo, Gonzalo y de todos los buenos pensadores. Ni se diga que poco o nada se podrá hacer, pues ya es tarde para esa legislatura. Pero cuente usted de seguro con la reelección, tanto más fácil cuanto el nuevo sistema de elecciones, por malo que sea, ha de ser más amplio que el presente, y nuestro partido gana en razón directa de la amplitud" (19).

En la misma le informa que entre Nicolás Escobedo, Gonzalo Alfonso, Pancho Armenteros y él, tienen un plan para recolectar allí (en La Habana) una renta para sus gastos oficiales; y que Escobedo ha ideado un "censo" que le parece excelente "pues aun como negocio deja un 110% tan seguro, por ser sólo la mitad del capital lo que se exhibe, fuera de que en todo evento hay la misma facilidad de recobrar los capitales" (20). Y más abajo lo que sigue: "Me han vuelto a dar en estos días unos deseos vehementísimos de hacer lo que siempre he ardido por hacer, pero jamás me lo han consentido ni me lo permitirán mientras aquí no haya imprenta. Quisiera salir a la palestra desafiando al mundo entero (...) al que hiciese a J.A. Saco y sus escritos cuantos cargos e imputaciones pudieran vomitar aunados, para aplastarlos a todos a fuerza de razones, haciendo de este modo

uno de los más importantes servicios de mi patria. Pero ya que a mí no me es dado, porque no me dejan, lo que siento en el alma, pues en ciertos puntos en que la modestia detendría la pluma de usted, andaría muy suelta la mía, es de toda necesidad que usted dé un manifiesto a sus comitentes mostrándoles lo que de Ud. deben esperar (...). Demuéstreles usted que cabalmente le dice a Saco a quien acusan de que por ganar fama de literato es capaz de sacrificar el país J.A. Saco es más patriota que literato, por literato que sea; que J.A. Saco tiene un alma más alta y mejor templada que todos ellos juntos, donde no puede llegar ninguno de ellos; dígales usted y confúndalos, que J.A. Saco no toma la pluma para lucir ni para lucrar sino como un mero instrumento para salvar la patria; que la pluma es su lengua; dígales usted, en fin, como el gran Goethe: “vosotros podréis saber lo que yo no sé; pero mi corazón lo tengo yo sólo”.

“Es necesario que usted, tomando aquel tono digno y elevado que sabe adoptar, clasifique a todos sus antagonistas, no irritando las pasiones de las mayorías de ellos, que casi todos son ilusos (*servum pecus*) (21); sino tratando de conciliarse la opinión, **desengañándolos, ilustrándoles**. Este es un servicio que la patria se lo pide a usted de voz en grito. Es menester que queden aplastados de una vez; y a los hipócritas hágales usted sentir todo en el peso de su maza; desquítese usted de ellos; ése es el corto número. Ya usted bien sabe que algunos pretenden que la isla de Cuba perecerá sin tráfico; pues demostrarles lo contrario; otros hay que lo dicen porque así conviene al Gobierno, otros por su interés, otros porque no examinan, otros que afectan saber y no saben, también repiten. Es necesario desenmascarar al mundo entero. Mas para que la cosa sea mejor con éxito, es necesario hacer ver que ése es un torrente, como dijo Ud. muy bien, que viene despeñado por la política —que pongamos remedio antes que nos inunde—, apele usted a sus propios escritos y afianzándose en ellos, eche usted la culpa a los ingleses. Esta es la cuestión. Supongamos que sea bueno o malo; prescindamos de la justicia o la injusticia; se trata tan sólo de los hechos: los ingleses, el mundo cristiano todos a uno tratan y les interesa abolir la esclavitud. ¿Qué hacemos nosotros?” (22) Al final leemos: ...“perdone a mi celo tantas observaciones, que no se escaparán a su perspicacia; pero mi ánimo ha sido ponerle en autos, como lo pondré en hechos pelados sobre lo que aquí pasa, pues nada hay más elocuente que los hechos” (23).

Sin embargo, los consejos de Luz no pudo ponerlos en práctica Saco, porque para el 15 de mayo, ya el Ministro Istúrriz había disuelto las Cortes. En julio, fueron nuevamente reelegidos los diputados cubanos; pero tampoco pudieron esta vez ocupar su puesto, debido a

una revuelta de sargentos de la guarnición en el Real Sitio de la Granja, con el objeto de imponer la Constitución de 1812" (24).

Istúrriz fue eliminado de su cargo, y el nuevo gobierno "progresista" quedó jefaturado por José María de Calatrava. El 7 de enero de 1837, Saco presentó sus credenciales ante la "Comisión de Poderes de las Cortes". En este punto las cosas, Saco tuvo noticias (10 de febrero) de que en sesión secreta efectuada previamente (16 de enero), se había acordado que los diputados de las provincias españolas de Ultramar no tendrían asiento en las Cortes. De inmediato redactó una serie de escritos en donde se quejaba de la conducta de las Cortes. Entre éstos se destacan: "Reclamaciones" (25); la "Protesta" (26) y el "Examen Analítico" (27). No obstante el fallo del 5 de mayo la "Comisión Especial" mantuvo su decisión; produciéndose largo y enconado debate al que se puso fin definitivo el 16 de abril, con la votación en las Cortes, cuyos cómputos fueron desfavorables a las aspiraciones cubanas: noventa (90) contra su aceptación: sesenta y cinco (65) en su favor" (28).

En el "Examen Analítico" leemos: la conducta de las Cortes "es chocante y contradictoria" (29); "obedézcanse pues los mandatos; y si son injustos a los ojos de las Cortes, repárense los males, pero no se agraven con una nueva injusticia de privar a la América de la representación que debe tener en la presente Asamblea" (30); y al final: "Ingrata es la tarea que hasta aquí he desempeñado. Mi corazón suspira porque llegase el momento de poner término a este examen; y ya este momento ha llegado. Abogando por la causa de una patria inocente y ofendida, algún esfuerzo me ha costado reprimir el fuego de la juventud, y manejar la pluma con templanza. Creo haberlo conseguido; y dejando solo oír las voces de la razón, de la severa e imparcial razón, apelo al público para que falle, si la Comisión autora del dictamen que he impugnado, ha procedido con acierto en materia tan delicada" (31).

José de la Luz recibió la noticia en Puentes Grandes donde se hallaba enfermo de sus dolencias dispépsicas. Y en carta del 2 de mayo escribe a Saco: "Carísimo amigo: no llegaron efectivamente las de usted del correo pasado, por haber sido quemada por los facciosos una buena parte de la correspondencia; pero ahora tenemos el gusto de haber recibido no sólo las del 24 de febrero, sino, lo que es más, los impresos que la acompañaron. Quién con más razón que usted, amigo mío, podrá exclamar: "todo se ha perdido menos el honor" (32). Buena es la causa, mejor el abogado, el tribunal pésimo. Mucho he celebrado las RELACIONES; pero la PROTESTA, la enérgica y noble protesta, toda ella llena de dignidad, es un verdadero monu-

mento histórico y digno de la historia. Está escrita con el laconismo que debe estar, habiendo usted aprovechado en ella toda la flor de la materia. ¿Era necesario que usted nos declarase quién la había extendido, para que por acá conociésemos la mano? No sólo la redacción, sino la idea y hasta el impulso de la protesta es todo obra de nuestro Saco, que a todos arrastra con sus palabras, o mejor dicho, con sus razones. Aquí ha sido aplaudida aun por la gente moderada, pues al leerla no queda más recurso que decir: "este hombre tiene razón en todos los catorce porqués". También se leyó en el Cabildo; y aunque por el momento *conticuere omnes* (33), rompió el hielo Pancho Céspedes, diciendo que la Corporación debía contestar a los Diputados haberse recibido con agrado sus protestas. Entonces se alborotó la gentecilla del opuesto bando, y encrespándose la discusión, o por mejor decir, el altercado, salió Meza diciendo, que no como quisiera debía contestarse en los términos propuestos por Céspedes, sino que el Ayuntamiento aplaudía los sentimientos de los Diputados y se identificaba con ellos. En esto salieron otros a meter paz, y celebrando una especie de transacción, acordaron que no se contestase hasta no saber definitivamente si eran o no admitidos en el Congreso. Por supuesto que al momento hubo quien diera el soplo a S.E. (34), quien sobre la marcha pidió copia certificada del acta" (35).

Allí mismo, Luz da cuenta a Saco, con dolor y disgusto de los preparativos que se preparan para Tacón, a quien se le ha dado el título de Vizconde de Bayamo y Marqués de la Unión de Cuba, por los servicios prestados, especialmente (y es una hipótesis) por eliminar del panorama político cubano al bayamés.

No queremos dejar de citar otro párrafo de la misma carta, por la importancia que tiene. Es este: "Ya habrá visto usted los periódicos lo que se ocupan de nosotros en los Estados Unidos. Entre tanto, disparates y guerra, y déficit y apuros en España: el que está lejos disparatando y arrancado; el que está cerca avisado, rico y con ganas. Advierto que en la cuestión suscitada por los periódicos anglo-americanos, no soy precisamente de opinión de los periodistas, ni de la de muchos aquí pues sabe usted que siempre busco la verdad, procurando no alucinarme" (36).

La última de las cartas a que anteriormente nos referimos, no deja de ser menos interesante que las precedentes. También dirigida a Saco desde Puentes Grandes, julio 7 de 1837. En ella se refiere Luz al "Examen Analítico" señalando la emoción que sintió al leerlo: "Decir que su papel de usted —escribe— no tiene respuesta, no es decir más que una cosa que distingue a todos sus papeles: está lleno de dignidad, de moderación, y en medio de eso, con el calor y el senti-

miento que es debido: le sobra lo que más falta a la Comisión: Lógica. Aquí ha corrido y está corriendo con muchísima aceptación hasta entre los mismos europeos, que no pueden menos que exclamar: "Tiene razón en todo y por todo". Y ya que ellos han hecho mal en la sustancia y en el modo, quédenos a nosotros la satisfacción de tener justicia y de haberla sabido alegar con vigor sin propasarnos en lo más leve. Pero no es esta sola la ventaja de su papel de usted: él ha de ser la primera hoja del gran expediente que ellos han movido, que ya va corriendo y que el tiempo no tardará en terminar.

Luz dice: "Al buen entendedor pocas palabras"; y es cierto. De la misma forma como había entrevisto el propósito de los imperialistas norteamericanos, también prevee —con esa visión certera del panorama político ecuménico— que a partir de allí las relaciones con la Metrópoli se han roto para siempre. Y no lo dice abiertamente, pero es difícil dejar de pensar que en ese momento Luz está convencido de que el camino de los cubanos es la revolución, ya que la evolución ha fracasado. No lo exterioriza, digo, porque precisamente, Luz y Caballero es un vidente extraordinario, un teórico sin paralelo; pero no tiene el espíritu —ni su debilitamiento físico se lo permitiría— del revolucionario, del activista, del propagandista"; no es el hombre que puede unir la teoría a la práctica en lo político —tal es el verdadero revolucionario—, y por lo mismo, al mismo tiempo que empuña la palabra, empuña las armas. José de la Luz es un escéptico; por eso no puede ser revolucionario; y por eso también ve que la educación es el único camino para fortalecer la moral deteriorada en su "degradada Habana".

Así concluye lo que le cupo de participación en la política a Luz y Caballero. Frente al fracaso inmediato en el plano político, la respuesta de Luz fue la del silencio. En ese año, la situación de Cuba se agravó por el establecimiento de un nuevo sistema, cuyos Códigos fueron la Real orden del 25 de abril (1837) y la del 28 de mayo de 1825, con el que la Isla quedó a merced de los Capitanes Generales" (38).

En tales circunstancias, Luz abandonó momentáneamente su labor educativa. Se recibió de abogado en Puerto Príncipe con el objeto de ejercer la profesión, pero al final desistió de ello porque "no podía soportar el fastidio de un ejercicio en que luchaban el interés y la astucia contra el triunfo de la justicia" (39). Además, su organismo seguía debilitándose; la dispepsia implacable progresaba. A José L. Alfonso le escribe: "Muchas son las noticias que me das y desearía pagarte en la misma moneda, pero ni el campo es rico, y sólo fértil en abrojos y espinas que no pueden tocarse sin que penetren hasta el corazón" (40).

2. El Convento de San Francisco.

Vuelve de nuevo a la enseñanza. En su casa da clases particulares, hasta el 7 de septiembre de 1838, cuando el sucesor de Tacón, D. Joaquín de Ezpeleta, le autoriza para fundar una cátedra de Filosofía que instala en el convento de San Francisco, y que desempeñará casi por cinco años. Desde esa tribuna del pensamiento José de la Luz, mirando siempre los intereses de la patria, se dedicará con pasión a refutar la doctrina ecléctica de Cousin" (41) que intentan introducir los hermanos González del Valle, en un ciclo de escritos que la historia de las ideas cubanas ha caracterizado como la "Polémica Filosófica".

Sanguily, al referirse a las clases del convento sanfranciscano comenta: "El profesor sentía y comunicaba el entusiasmo de tal manera que hubo lecciones que duraron hasta cuatro horas sin interrupción ni descanso. A menudo se valía él de libros, ya recientes, ya antiguos, para leer trozos de ellos y comentarlos enseguida. Encerraba comúnmente la materia de sus explicaciones en forma condensada, proposiciones escritas, de las cuales algunas tenían por fuerza que resultar vagas, o confusas y hasta insignificantes, y cuya agrupación o conjunto, más o menos ordenado y metódico, componía el Elenco del curso, el cuestionario fundamental conforme al cual debían ser examinados sus discípulos. Por aquella misma época estudiábanse, o leíanse a lo menos, si bien en círculo reducido, obras filosóficas; mas no precisamente de origen alemán en su mayor parte, como se ha creído" (42).

ERNESTO ENDARA

Una Bandera

*A los Mártires de Enero y a Don Isaac
Orobio, viejo lobo del mar que me
prestó su dolor y su corazón para
escribir esta obra.*

CUADRO I

ESCENARIO

La plaza lateral al antiguo Palacio Legislativo (conocida como "triángulo Shaler", o algo así) en donde, sobre dos sólidos pedestales, se levantan las astas desnudas de dos banderas. Al fondo, la Avenida de los Mártires y la masa oscura del solar donde quedaba el Hotel Tívoli. Son las cuatro de la mañana del día 10 de Enero de 1977. La escena es tenuemente iluminada por la amarillenta luz de los faroles vecinos. Por la Avenida cruzan velozmente los ojos encandilados de uno que otro automóvil. Se escucha, muy lejana, aquella melodía que el maestro Galimany compuso especialmente para el poema "Patria". Entra en escena El Viejo, sus setenta años le hacen arrastrar un poco los pies, pero camina muy erecto. Se apaga la melodía.

EL VIEJO

(haciendo visera con las manos, mira con detenimiento las puntas desnudas de las astas)

¿Cuál de estas dos astas será la de mi bandera? ¡Carajo! yo que no quería creerlo. Es cierto, aquí están las dos. Y dicen que desde antes del 9 de Enero. ¿Cómo es posible? Nos devuelven cien metros y nos clavan su bandera. Tenía tiempo de no venir por aquí... ¡Uf! desde antes que mataran al muchacho. Si antes no me gustaba estar ni cerca de la Zona, ahora me da náuseas. Miren esto, ¡qué bases! vamos a necesitar un tractor para tumbar la que sobra (las toca y trata de moverlas) ¿Qué hace esta otra bandera aquí? ¿Quién la pidió? ¿Cuándo se ha visto un país con dos banderas? ¿Quién les concedió el derecho de tener su bandera clavada en tierra ajena? Se necesita vergüenza para autoproclamarse los campeones de la democra-

cia, de la justicia y de los derechos humanos y, al mismo tiempo, usar el garrote, las bayonetas y la bomba atómica para ocupar y hacerse dueños de cuanto les venga en gana. ¡Fuera! (excitado, agarra una de las astas y trata de arrancarla) ¡Fuera! Ya se derramó sangre por tener sólo una bandera... ¿Me oyen? Una bandera... ¡UNA BANDE-RA! (El esfuerzo lo ha dejado agotado y se acucilla al pie del asta) ¡Ah una bandera! ¿qué es una bandera? No es solamente un pedazo de trapo... una bandera es el símbolo más alto. Por eso inventaron las astas, para tenerlas allá arriba. Más arriba que el dinero y que el escudo: hasta el mismo himno la reverencia cuando se le canta para izarla. Las banderas... deben tener alma, el hombre se la insufla con su sangre. ¿Podrán hablar? (se levanta y las mira) Y cuando sopla fuerte el viento y comienza a ondear, ¿cómo saber si su movimiento no son palabras? Y si son palabras, podrán ser dulces o amargas; de victoria o derrota; de orgullo o humillación; de calma o de violencia... Y si ellas dos hablan, no se gritarán, las banderas no pelean; ellas se contarán sus cosas, tendrán sus cuitas y sus vergüenzas. A lo mejor la bandera gringa le pide excusas a la panameña por flotar a su lado. Quizás ella le explique todo: el porqué la llevan a Puerto Rico, a Guantánamo, a Europa, al Asia, a todos lados, y la imponen, sin que ella pueda hacer nada. Quién sabe si ella, sencilla y grande, en el fondo de su alma de colores, se resiente de ese ondear en tierras extrañas a ella. Sí, ella que es dueña y señora de tierras grandes y ricas que están allá, lejos, precisamente de donde viene ese Norte que las hace conversar, se abochorna de que estos apátridas, que solo son "zonians", la tengan aquí a la fuerza; esos malos hijos que proclaman un patriotismo que nace de la panza... (melancólico) Y tú, bandera mía, si en esas dos estrellas hay corazón y memoria, ¿cómo te acordarás de mi hijo! ¡nuestro hijo! ... Era delgado y alto, pura fibra, era sensible como un poeta y audaz como un corsario. De tus mejores hijos. (vehemente) ¡Coño, como no ser de los mejores si dió lo máximo por ti! ¿lo recuerdas? Su otra madre lo recuerda muy bien. Para ella no ha muerto. No me explico cómo lo hace vivir. (evocador) Todavía le plancha la ropa; es la plancha la que la ha envejecido. A veces la huelo, ya no guarda ni un poquito de su sudor ni de sus sueños. ¡Mujer! ¿Para qué guardas esos trapos? le pregunto a la Vieja... y le digo: "Dáselos a Ramón! él los necesita, él también es tu hijo". "Ni de a vaina!" me contesta, usando la única palabra sucia que he oído salir de su boca... ¡Pobre Ramón! el que no estudió, el que no murió. Allí está, jodido, a lo mejor mira la muerte del hermano con un poquito de envidia... Pero no, ¡qué va hombre! son dos cosas muy distintas. Ramón nunca ha pensado en la muerte, ni en el sacrificio... Es feo que hable así, pero es la verdad. Sí, quedó aturdi-do por un tiempo, después le fue muy fácil olvidar. Ramón es saloma

en cantina y una que otra putita, no conoce aun mujer, ¿cómo comparar su eructo y sus ganas de dormir con mi muchacho que era Voz, Orgullo y luz; el puño levantado, la sangre terca y puesta de pie? (Se pasea nervioso. Cuando comienza con sus añoranzas del mar, hará aspavientos que parecen imposibles a su edad) ¡Ay hijo mío! dicen que el tiempo borra las heridas; será para aquellos cuya carne no se abre. El hueco que tu cuerpo ha dejado en el espacio es muy grande para que mis brazos lo rellenen con otras esperanzas. Tu herida fue muy profunda para que puedan taparla con promesas. Que el tiempo borra las heridas... Sí, quizás sí, cuando el corazón es joven; el mío está muy gastado, ya se olvidó de dormir, se olvidó de olvidar. Su madre menos. En sus tercos sueños el muchacho se graduó aquel año fatal y cinco años después hizo una fiesta solitaria y triste celebrando que su niño se recibía de profesor. Dice que hubiera sido el mejor profesor de Historia. Por mí no. Si pudiese soñar te hubiese hecho marinero como yo. Te hubiese embarcado conmigo en vez de embarcarte con la muerte... ¿Te imaginas qué vida? ¡Mar y libertad! En el mar los hombres son libres... Hace tiempo serías capitán... (Poniendo las manos como bocina, grita:) ¡Ajee timonel! ¡cambie el rumbo, todo a estribor! ¡Ponga proa a ese sol naranja que allá, en ese horizonte, está la vida! ¡Goza de la imaginación hijo mío! ¿No te parece que el bauprés convierte nuestro velero en pez espada? ¡Mira cómo flota tu bandera, cómo canta, cómo se zarandea jugueteando con el suave alisio del amancer! ¡Mira qué enorme la ola que viene por la amura de babor... ¡Agárrate! ¡qué sereno eres! Ah, es que sabes cuán marinera es nuestra barca... Eres un gran capitán. Mi capitán de las rectas del sol... ¿qué haces allí en las sombras? ¡Cuidado con el espantoso hueco de la tormenta! ¡Ayee marinero! a todo trapo que viene el huracán negro! ... (Vuelve a caer en el abatimiento, como si de pronto todo el cansancio de sus años le poseyera el cuerpo) ¡Dios mío! ... ¡Dios mío! Treinta años. Ahora tuvieras treinta años... Un hombre entero, completo... ¿Dónde estás? (Suspira. Se acomoda la ropa. Trata de volver a la realidad) ¿Qué me pasa? ¿De qué hablo? ¿De qué coño estoy hablando? ¡estás muerto! ¡acabado! ¡finito! ¡Te mataron! Ellos te mataron (alza su tembloroso puño hacia la Zona). Si pudiera mentarles la madre y con eso cayeran fulminados tus asesinos... Si pudiera reclamar con algo más fuerte que las palabras, con algo que manchara para siempre sus uniformes. ¡Ah, si pudiera inventar un gesto, un gesto mágico y de un solo manotazo desaparecer a esos miserables engreídos! Pero no puedo... ni siquiera puedo arrancar esta astilla envenenada donde cuelgan su bandera. Aquí está, erguida, enhiesta, para deshonor de la sangre vertida... Y vamos a tener que esperar hasta el siglo 21 para que el

tiempo se encargue de hacer obsoleta esta desgraciada Avenida del agua y entonces, ya cansados del calor, de los gritos y protestas, se retiren para siempre... ¡qué sonrisa tan amarga tendrá tu calavera hijo mío! ¿Qué piensan tú y tus caídos compañeros en sus lechos de cal y césped?... Pero todos están muertos, muy muertos... Las balas gritaban ofreciéndoles la muerte, y ustedes aceptaron el mezquino brindis de esos hijos de puta... (grita hacia la Zona) ¡HIJOS DE PUTAS!

(Su frenética emoción lo agota; deja caer los brazos y la cabeza. En tono sombrío, como para sí mismo, repite un par de veces: "Y ahora los han olvidado, los han olvidado..." Comienza a oírse, lejos, como si subiera del centro de la tierra y fuese arrastrado por la brisa, el Coro de las Sombras de los Mártires)

CORO DE LAS SOMBRAS

(El Viejo comienza una especie de letanía contra el Coro de Las Sombras)

EL VIEJO

La muerte es olvido puro

CORO DE LAS SOMBRAS

Sólo mueren los olvidados

EL VIEJO

¿Quién se acordará de ti en ese hoyo tan profundo que te abrieron en la tierra?

CORO DE LAS SOMBRAS

Sólo mueren los olvidados

EL VIEJO

¿Quién no sabe que la muerte es sombra y lejanía?

CORO DE LAS SOMBRAS

Sólo mueren los olvidados

EL VIEJO

El cementerio es la caja fuerte de los huesos

CORO DE LAS SOMBRAS

Sólo mueren los olvidados

EL VIEJO

Pero el cuerpo, la garganta y los pasos desaparecen

CORO DE LAS SOMBRAS

Sólo mueren los olvidados

EL VIEJO

La muerte es una cantina abandonada, callada y vacía

CORO DE LAS SOMBRAS

Sólo mueren los olvidados

EL VIEJO

¿De qué vale la sangre ya seca y polvorienta?

CORO DE LAS SOMBRAS

Sólo mueren los olvidados

EL VIEJO

Y tu voz se pierde en el espacio

CORO DE LAS SOMBRAS

(Su tono es ya claro y fuerte) Sólo mueren los olvidados

EL VIEJO

¡Yo no olvido! ... ¡No olvidaré jamás!

CUADRO II

(El mismo escenario. Se oye el rítmico tum... tum... de una tambora. El Viejo, nervioso, se arrodilla y pega el oído a tierra y se queda escuchando atentamente. Entran a escena las Sombras de los Mártires. Mortajas blancas los cubren de la cabeza a los pies, sus rostros son negros -por la pólvora y el humo-. Forman una cadena agarrados por los hombros y caminan en forma de danza cadenciosa y lenta. Pueden ser quince; sólo tres dialogarán y las otras doce formarán el Coro o los semi-coro de seis. Quedan en semi-círculo ante el anciano. Las tres Sombras que hablan, un poco separadas).

EL VIEJO

(Desde su posición arrodillado) Qué sonido tan extraño... No Pueden ser quince; sólo tres dialogarán y las otras doce formarán el ¡Sólo el corazón de los Mártires puede latir así desde la tierra! ¿Por qué no? Esta es su noche...

SOMBRA I

Tienes razón padre, esta es nuestra noche...

CORO DE SOMBRAS

Nuestra noche entre las noches

EL VIEJO

(Se levanta rápidamente. De frente a las Sombras, extiende sus brazos hacia ellas, pero una fuerza sin nombre le impide acercárseles)

¡Ustedes! ... ¡Hijo mío! ¡Déjame abrazarte! ¡Estás allí y no te distingues! ¿Por qué no dejas que te oiga, que te apriete las manos? ¿Por qué no puedo llegar a ti, y tocarte, y saber que no has muerto para siempre?

SOMBRA II

Nuestra materia está formada de tu deseo

SOMBRA III

Y los deseos no se pueden tocar

SOMBRA I

Además, todos somos tus hijos ahora. Hijos de tu nostalgia

SOMBRA II

¿Comprendes... padre?

EL VIEJO

(Más sosegado) Comprendo... hijos. Pero, al menos déjame el tono de tu voz...

SOMBRA III

¿Qué tono puede conservar la voz en la muerte?

EL VIEJO

¡Oh! ¿qué digo? Perdón, perdón... Todos son mis hijos, inseparables compañeros de la tumba. ¿Cómo no quererlos a todos? ... es que ha pasado tanto tiempo

SOMBRA I

El tiempo es líquido que corre

EL VIEJO

Para mí sí, para ustedes ya nunca será tarde

SOMBRA II

No lo creas, el tiempo es inflexible

SOMBRA III

Solamente cuando las obras de tu vida

SOMBRA I

O las causas de tu muerte...

SOMBRA II

Pueden hacer que un niño se sonría o se conmueva cada cien años...

SOMBRA III

Cuando tu sangre es escarcha de libertad...

SOMBRA

Y la descomposición de tu cuerpo estremece a la Justicia

SOMBRA I

Entones el tiempo ya no importa

SOMBRA III

Porque se ha encontrado de nuevo la esencia

CORO DE SOMBRAS

del indomable espíritu del hombre

EL VIEJO

Yo soy un viejo. Estoy al final de mi jornada. Se puede decir que sus palabras morirán conmigo, se olvidarán conmigo y mi tristeza, se pudrirán en la increíble soledad de mi vejez

SOMBRA I

Te equivocas padre. Tu vida ha sido dura y limpia

SOMBRA II

Por eso esta noche eres el más luminoso de nuestros testigos.

SOMBRA II

Si la evocación intensa de tu corazón nos deja hablar hoy, nuestra voz será oída

EL VIEJO

Esta noche Panamá duerme. Es así como guardamos luto. Entonces, ¡quién podrá oírles

CORO DE SOMBRAS

¡Nos oirán!

SOMBRA I

En los oídos de nuestro hermano Ramón

EL VIEJO

(Indeciso, casi con temor) ¿Ramón? ... es que él... es el que más profundamente duerme

SOMBRA II

Por eso tendrá que venir a escucharnos

SOMBRA III

No temas padre. Su espíritu quizás despertará. (Las Sombras se agrupan. Abrazadas por los hombros comienzan a salmodiar el nombre):

CORO DE SOMBRAS

¡Ramón! ... ¡Ramón! ...

CUADRO III

(El mismo escenario. Otra vez las Sombras en semi-círculo. Ramón, en espíritu, entra por la izquierda. Viste una misma guayabera, pantalón blanco; la cara pálida y grandes ojeras azules. Entra despacio, bostezando y estirándose como quien acaba de salir de un sueño. El Viejo sale a su encuentro, lo toma de la mano y lo conduce frente a las Sombras).

EL VIEJO

Ven Ramón, quieren hablarte

RAMON

¡Uff! qué pereza...

EL VIEJO

Es tu hermano Ramón, ¡despierta!

RAMON

(Restregándose los ojos) ¿Qué dices Viejo? ¿Mi hermano? ¿Qué te pasa? sabes que está muerto.

CORO DE SOMBRAS

Para ti estamos muertos

SOMBRA I

Pero hoy nos oirás

RAMON

¿Eh, quién habló?

CORO DE SOMBRAS

Hermano panameño, ¡despierta!

RAMON

Viejo, ¿qué pasa? ¿quiénes son?

EL VIEJO

Ya los reconocerás. Eres mi hijo, te aseguro que no te hará daño escuchar lo que tengan que decirte.

SOMBRA I

Trece años dura tu sueño Ramón, nunca te has tomado la molestia de interrumpirlo. Ni por un segundo te has detenido a pensar por qué mi cuerpo se ha vuelto polvo...

SOMBRA II

Hoy las Voces de la Historia te contarán la verdad de lo que nunca has querido indagar. Hoy, esas Voces, te removerán en la memoria lo que siempre has querido olvidar... Hermano, ¡escúchalas!

SOMBRA III

Hoy, que la lucha renace, no debes voltearte y reanudar tu sueño. Hay miles como tú, amodorrados, cómodos, olvidadizos. Esas Voces hablan para ti y para ellos... Escucha bien hermano y compañero.

(Se oscurece el escenario. En una pantalla lateral se pasarán diapositivas de los sucesos de Enero de 1964 según vayan relatando las Voces)

VOCES DE LA HISTORIA

(Dos voces, claras y concisas, se alternan en la descripción de los sucesos)

Martes, 7 de Enero de 1964

Estudiantes de la Escuela Superior de Balboa izan la bandera de los Estados Unidos frente a su plantel, sin acompañarla de la bandera panameña y se rebelan físicamente contra las autoridades civiles y policivas que tratan de hacer cumplir la orden del Gobernador Fleming en el sentido de que no sea izada la bandera norteamericana en ese sitio.

Miércoles, 8 de Enero

Un Consejo Cívico, compuesto por residentes estadounidenses de la Zona del Canal, aprueba por unanimidad la actitud de los estudiantes zoneñtas y se niegan a acatar la orden del Gobernador.

Jueves, 9 de Enero

Durante todo el día estudiantes de la Escuela de Balboa y sus padres montan guardia en torno al asta del plantel para impedir que la policía baje su bandera.

5:00 p.m.

Un grupo de estudiantes del Instituto Nacional, entra en la Zona y obtiene permiso de sus autoridades locales para izar la bandera panameña al lado del asta frente a la Escuela de Balboa.

5:30 p.m.

En su marcha hacia la Escuela de Balboa, los estudiantes son detenidos por un grupo de agentes zoneítas. Amistosamente, acuerdan que sólo una delegación de cinco estudiantes llegue hasta la Escuela de Balboa a cumplir la misión para la cual habían recibido autorización.

5:45 p.m.

Mientras sus compañeros aguardan, fuera de su vista, los cinco institutores tratan de cantar el Himno Nacional de Panamá al lado del asta donde ondea la bandera de los Estados Unidos, rodeados por más de dos mil estudiantes y padres de familia de ese colegio. Los institutores son abucheados, primero, y luego la multitud se lanza sobre ellos, tratando de arrebatárles la bandera, a la que consiguen desgarrar y pisotear. Cuando los institutores tratan de defenderse con puños y patadas, los agentes de la Policía de la Zona los repelen a toletazos. Con lágrimas de impotencia, los institutores se retiran hasta donde están sus compañeros, perseguidos por los zoneítas.

6:00 p.m.

Los institutores se repliegan hacia la, hasta entonces llamada, Avenida Cuatro de Julio y se defienden con piedras de sus perseguidores.

6:30 p.m.

La noticia se extiende inmediatamente a lo largo de la línea limítrofe y centenares de nuevos estudiantes y particulares panameños acuden al rescate de los institutores. Hay indignación por la ofensa a la Bandera Nacional. Caen los primeros heridos. Ascanio Arosemena, estudiante de la Escuela Profesional, recoge a un compañero herido y trata de sacarlo del lugar de la balacera, y es alcanzado por una bala de fusil. Se produce así el primer muerto por la agresión armada de la policía zoneíta.

7:00 p.m.

Decenas de heridos caen bajo las balas de los revólveres y fusiles de la Policía Zoneíta, reforzada por particulares que también atacan con armas de fuego. Los estudiantes se repliegan, pero vuelven con nuevas banderas, atacando con piedras y volcando automóviles y trepando la infame cerca de alambres con banderas, en abierto desafío al ataque de los zoneítas.

7:30 p.m.

Millares de estudiantes y particulares panameños salen de todos los puntos de la ciudad y se lanzan, portando banderas, por todos los sectores limítrofes con la Zona. La avalancha de gente es tan poderosa, a pesar de no llevar armas, que la Policía de la Zona pide ayuda al ejército de los Estados Unidos acantonado en la Zona del Canal.

8:00 p.m.

Las fuerzas armadas de los Estados Unidos entran en acción con armas pesadas y de largo alcance. Fusiles, ametralladoras y tanques se extienden a lo largo de todo el límite y disparan incesantemente contra la indefensa multitud. El número de muertos y heridos crece rápidamente y muchos se desangran durante horas antes de que puedan ser recogidos bajo las ráfagas de las ametralladoras norteamericanas, que disparan incluso contra las ambulancias que portan la bandera de la Cruz Roja.

9:00 p.m.

El Hospital Santo Tomás anuncia que no tiene espacio para más víctimas y pide la cooperación de los hospitales particulares y del Seguro Social para que atiendan a los heridos. Todo el personal médico y de enfermeras ha sido movilizado y centenares de hombres y mujeres están donando sangre...

(Se apagan las diapositivas en la pantalla. Dos haces de luz iluminan a Ramón y a la Sombra I)

SOMBRA I

(Mientras Ramón, extático, muestra un aire de turbación y sorpresa) Y así, comenzó el miserable festín de sangre que se daría el ejército más poderoso del mundo con el débil pero heroico pueblo de Panamá.

(Sale del haz de luz que es ocupado ahora por la Sombra II)

SOMBRA II

La masacre continuó durante todo el viernes. El sábado le tocó a la ciudad de Colón ofrendar su gloriosa cuota de sangre ... ¡Cómo se derramó ese líquido precioso y denso! para abonar las difíciles raíces de la Libertad.

(Abandona el haz de luz y entra la Sombra III)

SOMBRA III

No se contentaron con esto los impúdicos, cerraron el Puente de las Américas e impidieron todo tránsito entre las ciudades de Panamá y Colón, haciendo así imposible el traslado del plasma que tanto

necesitaba aquella pequeña ciudad que irremediablemente se desangraba en su valentía.

SOMBRA I

(otra vez el mismo juego) Se vistió de luto nuestra bandera Ramón. Un luto triste pero lleno de orgullo. ¡Al fin! aquella sangre derramada daría sentido a sus colores rojos.

SOMBRA II

El saldo que dejaron aquellos asesinos a mansalva fue de 21 muertos y más de quinientos heridos... Sí Ramón, esta es la Historia, no otra... Sin embargo, hay panameños que desearon y dieron otra versión. Versiones aún más maleadas que las asquerosas excusas que presentaron los gringos... Y si su conciencia todavía los deja vivir, al menos, que queden aquí, retratados ante ti, para su escarnio, en todas sus cobardes y grotescas actitudes...

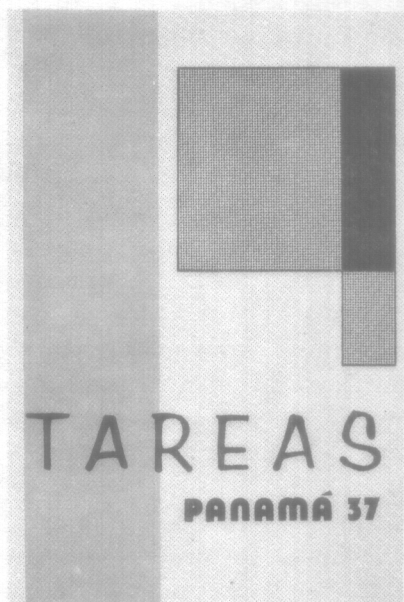
(Con los puños apretados y los brazos tensos hacia abajo, alza la cabeza y exclama:)

¡Qué el pasado saque de su foso la vil imagen de la traición!

(Se apagan las luces)

CORO DE SOMBRAS

¡Los traidores!



DE LA ROSA, Diógenes; RICORD, Humberto y otros; EL CANAL DE PANAMA. Presentación y selección de Enrique Jaramillo Levi. Colección Testimonios del Fondo, 39. Fondo de Cultura Económica. México 12, D.F. 1976.

Esta nueva compilación de ensayos, referentes a la problemática canalera, hecha por el escritor panameño Enrique Jaramillo Levi, contiene los trabajos de varios intelectuales nacionales quienes los redactaron en diferentes épocas de nuestra historia y a través de diferentes medios de expresión. Mantienen, eso sí,

una íntima relación a pesar de los variados enfoques y aspectos formales. El compilador los ha denominado “aproximaciones nacionalistas al conflicto” y de cada uno de ellos mostramos a Uds. una ligera información:

- **Panamá, Problema Americano**, por Diógenes de la Rosa:

“La plena realización de las naciones americanas no puede alcanzarse sino resolviendo solidariamente los problemas comunes. El Canal de Panamá está en primer plano de éstos. Tres fórmulas se adelantan como soluciones posibles: la nacionalización a secas, la interamericanización, basada en la OEA, o la internacionalización, vinculada a la ONU”.

- **La Cuestión del Canal de Panamá**, por Humberto E. Ricord:

“Somos el pueblo de 1915, que lucha en las calles contra el soldado yanqui. Somos el pueblo de 1926 y de 1947, que con muertos y heridos, obliga a la Asamblea Nacional a rechazar tratados y convenios entreguistas, para eliminar pequeñas zonas norteamericanas que intentaban perpetuar en territorio pa-

nuestra es institucionalizar en pactos multilaterales que den vida permanente a la misión de paz de nuestro país por medio de su neutralización permanente”.

• **Tratado no Negociado y Tratado Extranjero — Eso es la Convención de 1903**, por Diógenes Arosemena:

“¿Fueron acaso el francés Bunau Varilla y el norteamericano Pavey los autores de las primeras cláusulas de la Convención de 1903? Bunau Varilla lo afirma sin recato. Extrovertido e hiperbólico, ha contribuido en muchos aspectos a distorsionar nuestra historia.

La verdad es que los nefastos artículos que el ministro de Panamá ante el gobierno de la Casa Blanca encontró saludable incorporar al proyecto de convención canalera, tuvieron como guía los textos preparados por el senador norteamericano John Tyler Morgan, con el propósito de obstaculizar la ratificación del Tratado Herrán-Hay y respecto de los cuales jamás se tuvo la intención —Morgan incluido— de que formaran parte de ningún acuerdo internacional. Esta afirmación puede corroborarse, entre otras fuentes en el libro de Duval, *Cádiz to Cathay*, y en un interesante ensayo publicado en *The Hispanic Ameri-*

can Historical Review por Charles D. Ameringer, ensayo éste al parecer poco conocido entre nosotros”.

• **El Nacionalismo Panameño y la Cuestión Canalera**, por Carlos Bolívar Pedreschi:

“El último de los factores que inevitablemente vendrá en ayuda de la causa panameña es la lucha general que vienen librando los pueblos subdesarrollados y, dentro de ellos, los pueblos latinoamericanos. La América Latina vive un estado especial de su historia. La especialidad de este estadio consiste en la lucha por su liberación económica, la cual se concreta en la lucha por la recuperación de sus recursos naturales y en el respeto al valor de sus materias primas. Si el período histórico que precede al actual se caracterizó por su contenido político, el que protagonizan actualmente los pueblos latinoamericanos, se caracteriza por su contenido económico. La lucha por el petróleo, el cobre, el banano y el Canal no confirman otra cosa. Ciertamente, la lucha histórica que precedió a la presente fue la lucha de independencia política de los pueblos latinoamericanos contra las metrópolis europeas. Sin embargo, como bien se ha repetido, a la independencia política de los pueblos latinoamericanos siguió la dependencia eco-

nómica, cada vez mayor, a la nueva metrópoli que surgía en el plano económico: los Estados Unidos de América. En otras palabras, a la descolonización política europea siguió la colonización económica norteamericana. América Latina es hoy altamente consciente de ello y viene luchando, cada vez con mayor claridad y determinación, por la defensa de sus recursos naturales, de sus materias primas y de su soberanía”.

O’L.F.

TAREAS. N° 37. Noviembre, 1976 - Febrero, 1977. Panamá

Contiene esta entrega de la Revista TAREAS los siguientes trabajos:

Temas Nacionales

Editorial: Intervención del profesor **Humberto Brugiatti**, Supervisor Nacional de la cátedra Relaciones entre Panamá y los Estados Unidos, durante el Acto de Clausura del Seminario de Reestructuración de la Cátedra.

Ricardo Falla: Articulación del Archipiélago Kuna a la Nación Panamá (1903-1930).

Jorge I. Cisneros: Política y Universidad.

Nuestra América

Manfred Kossok: Posibilidades y limitaciones del cambio de la fundación política y social de

las Fuerzas Armadas. El Caso de Nuestra América.

Divulgación Científica

César Villarreal: La teoría científica del origen de la vida (Prólogo de **Miguel Montiel**).

Nota bibliográfica

“La Huelga Inquilinaria de 1932” de **Armando Muñoz Pinzón**, por **Gonzalo Castro Domínguez**.



ITINERARIO. Organo del Departamento de Letras. Dirección de Expresión Cultural. Instituto Nacional de Cultura. No. 4. Julio, Agosto, Septiembre, 1976. Panamá, R.P.

Esta publicación ha sido concebida como un puente entre escritor y lector, vía de acceso al conocimiento de la obra tanto de panameños como de extran-

jeros, instrumento que a través de las distintas manifestaciones literarias difundirá el pensamiento del trabajador de las letras de Panamá, y de Latinoamérica en general. Es una plástica desde y por la literatura, realizada ésta sobre la base del verdadero acontecer latinoamericano.

Del índice:

• **Contribución a la plática/Tirso Canales**

“Toda obra literaria es hija de un momento y está dirigida —principalmente— a sus contemporáneos”.

• **Poemas/Roberto McKay**

“... la verdad no existe./sólo el deseo de alcanzarla”

• **El canto poético renacerá en Chile/Hernán Miranda Casanova**

“En el momento de entrar la urna al mausoleo, vi de improviso que en torno a mí —adelante, atrás, a los costados— gente llorosa (yo/también lloraba) alzaban sus manos empuñadas y —cosa inaudita— las estrofas de **La Internacional** empezaron a ser entonadas. Sentí que el Poeta nos protegía y alcé también mi brazo y canté en medio de todos”.

• **La Moneda/H. Miranda C.**

“...y he contemplado por largos instantes / Aquella ventana donde el médico-presidente /

Solía hablar a gentes sencillas venidas de barrios humildes”.

• **La clase más alta/Bertalicia Peralta**

“... y hasta le dio diez dólares a la viuda para los ‘gastos menudos’. Esto es sentimiento. Por eso me encabrono cada vez que oigo tantos denuestos contra esa gente. Así como la señora y el señor, hay mucha gente buena entre la clase más alta”.

• **Entrevista: Face to face con Boris Alexis Zachrisson/ Alvaro Menéndez Franco**

“... Estoy esperando que el INAC me reedite “La Casa de los Ladrillos Rojos”, que según Rodrigo Miró le dio un viraje a la cuentística panameña de 1960 hasta hoy...”

• **Poemas/Roberto Luzcando**

“... que no solamente cazan brujas/durante el halloween/sino jóvenes patriotas panameños/en la Avenida de los Mártires de enero/con tropas entrenadas en nuestras propias selvas...”

(De Contra la misma muerte verde)

• **Diálogo a través de las Avenidas/Winston Orrillo**

“—Papi, ¿por qué ya no tocan más la marcha de la Revolución? Tú me la enseñaste, ¿recuerdas?”

— Y, con su voz de sus años empezó a cantar:

‘Pero al fin llegó la hora del pobre, del humilde y olvidado...’

- Los signos conceptuales en “Muerte Constante más allá del amor”, un cuento de García Márquez/Jaime García Saucedo.

“Muerte Constante Más Allá del Amor” es uno de los siete cuentos incluidos en el libro titulado LA INCREIBLE Y TRISTE HISTORIA DE LA CANDIDA ERENDIRA Y DE SU ABUELA DESALMADA de Gabriel García Márquez.

- La huella de Alfonsina /Bessy Reina

“Ahora yo no sabía qué hacer, porque lo que yo sentía por Alfonsina era algo distinto, fuera de serie, algo que no podía tenerlo ni mi amistad con Juancho...”

- La épica de Gilgamesh (introducción a un estudio histórico-literario)/Agustín Del Rosario

Gilgamesh pasa a ser el héroe más importante de los mitos y leyendas sumerias, al suceder en la Lista Real Sumeria a Dumuzi. Este es el dato más antiguo que tenemos en relación con el héroe. Su padre fue un demonio, un alto sacerdote de Kullab y que reinó durante 126 años.

O.L.F.

BOLETIN DE LA ACADEMIA PANAMEÑA DE LA HISTORIA

TERCERA EPOCA

PANAMA JULIO - AGOSTO - SEPTIEMBRE

1975



No. 4

Edición al cuidado de los Académicos
Prof. Manuel O. Sancti y Dr. Alberto Osorio O.

BOLETIN DE LA ACADEMIA
PANAMEÑA DE LA HISTORIA. Tercera Epoca. No.4. Panamá. 1975.

Exponemos a continuación el índice de la presente edición, órgano de la Academia Panameña de la Historia:

- Nuevos Derroteros de la Academia Panameña de la Historia, Por Amada R. Avendaño:

“No abrigamos la menor sospecha sobre el éxito que aguarda a la Academia Panameña de la Historia, al final del camino que tan claramente se ha trazado, porque todos sus pasos van orientados hacia un fructífero final. Ella, por intermedio de sus interrogantes, es consciente del decisivo papel que le corres-

ponde desempeñar en estos aciagos momentos que vive la nación panameña, y se encuentra presta a ejecutarlo con el mayor grado de perfección posible, porque el país no puede permitirse el lujo de cometer errores, sino avanzar a marcha segura, nutriéndonos de los yeros cometidos en el pasado”.

• **Discurso del Miembro Correspondiente**, Profesor Claudio Vásquez V.:

“Libertad, Democracia, Justicia, Orden, Progreso y Respeto a la persona de cada ciudadano, fueron las semillas que sembró el 10 de Noviembre de 1821 en su pequeña Nación provinciana y el pueblo de la República en cualquier tiempo si no lucha para que ellas imperen con soltura y franqueza en el mundo panameño”.

• **Del Acta de la Villa de los Santos al Acta de la Villa de David**,

por el DR. Alberto Osorio O.:

“A modo de apostillas finales apuntemos que el nacionalismo panameño germinó en Los Santos en 1821; enlaza con el intento separatista de David y en la distancia de cuarenta años demuestran que las facciones sociopolíticas capitalinas e interiores serán precisamente las que gestarán las primeras expresiones de un nacionalismo en ciernes y

asumen en el albor del siglo XX los ideales que impulsan y promueven nuestra exigencia de autonomía”.

• **Disertación del Miembro Correspondiente**, Dr. Crispulo Ruiz C.:

“Panamá tiene un rico arsenal de archivalia histórica, no sólo en los archivos españoles y americanos donde se encuentra el mayor caudal de ella, sino también en la Biblioteca Pública de París, en el Archivo Vaticano, en la Torre d’America o Archivo de Italia, en Milán, en el British Museum etc. Como asegura el Dr. Gasteazoro, estamos “en posesión de un admirable abolengo Histórico, que no puede pasar inadvertido por el estudioso de nuestro pasado; porque es tarea propia de la heurística y de la hermeneútica histórica, investigar los archivos prima facie. Recordemos con Shellenberg que, “ningún pueblo puede considerarse dueño de su propia historia, sino cuando sus documentos públicos reunidos, cuidados y puestos al alcance del investigador, han sido sistemáticamente estudiados y se ha establecido la trascendencia de su contenido”. Y jamás olvidemos que el cuidado que nuestro país consagre a la preservación del patrimonio de su pasado puede servir como

una fiel medida del grado de civilización que ha alcanzado”.

• **Victoriano Lorenzo y la Guerra de los Mil Días como antecala de la Independencia**, Lcdo. Jorge Conte Porras:

“El propio Oscar Terán en su importante obra **DEL TRATADO HERRAN-HAY AL TRATADO HAY-BUNAU VARELLA**, afirma que la guerra civil de los Mil Días despertó en los istimeños el entusiasmo por la separación, tan anhelada por nosotros a lo largo de todo el siglo XIX.

Ello confirma la tesis de que los combatientes de la guerra civil de los Mil Días, son los precursores del movimiento separatista... Freca aún la tinta del Tratado de Paz del Wisconsin, se inician las negociaciones con los Estados Unidos para la construcción del Canal de Panamá, que desde la República de El Salvador, encuentra la oposición del Dr. Belisario Porras, quien publica un ensayo histórico que titula **LA VENTA DEL ISTMO**, en el cual señala su temor de que estas negociaciones aseguren la anexión de Panamá al país de los norteamericanos”.

• **La Contribución de Panamá a la Independencia de Perú 1824**, Prof. Ernesto J. Castillejo R.:

“En el transcurso de la guerra por la independencia americana, Espinar, Herrera y Ayarza se hicieron acreedores a la espada de General y Herrera tuvo la gloria de ocupar posteriormente en Colombia el alto sitial de Presidente de la República honrado por el mismo Libertador Simón Bolívar, el General Francisco de Paula Santander y tantos otros ilustres varones de esa culta nación”.

• **El Control y Conservación del Patrimonio Cultural: los Problemas del Coleccionista Particular, las Colecciones Históricas**, por la Prof. Dalva C. Figueroa A.:

“Otra faceta a resaltar dentro de este problema, es la fiebre por todo lo antiguo: muebles, enseres y adornos de casa, que se ha desatado en los últimos años en todo el mundo, y que en nuestro país ha degenerado una verdadera corriente de extranjeros y nacionales que se han desplazado en esta búsqueda por todo el interior de la República, hasta nuestros pueblos más remotos, privando de esta manera a nuestros museos, de poseer en sus colecciones un interesante muestrario de la vida del panameño de fines del siglo pasado y de principios del siglo presente”.

• **Recuerdos de un Hombre**, por el Arq. Ricardo J. Bermúdez:

“Guillermo Andreve es símbolo perfecto de anacronismo y de incompreensión. Vino a caer desde la eternidad en tierra extraña y fue, desde ese instante, semilla equivocada en espacio y tiempo. Creo que no hay mayor tristeza que la de ser planta exótica en el corazón de un pueblo y en la historia de una época. Pero con todo y ser consciente de la parte que le correspondía actuar en el drama de su vida, cerró los ojos a la terrible tragedia y pagó su tributo con el estoicismo de

un valiente idealista. Sólo así se puede explicar que su rostro dibujara una sonrisa cuando la muerte congeló el último de sus gestos y que sus palabras finales fueran dulces y sencillas, cuando había podido comprobar tanta ingratitud y olvido acerca de él”.

• **Reflexiones Sueltas del Editor acerca del Tratado del General José Domingo Espinar, Resumen Histórico que hace el General José Domingo Espinar**, por el Prof. Manuel O. Sisnett.

Osman L. Ferguson

PLAN DE LOS SORTEOS ORDINARIOS DOMINICALES

**EL BILLETE ENTERO CONSTA DE 150 FRACCIONES DIVIDIDO
EN CINCO SERIES DE 30 FRACCIONES CADA UNA
DENOMINADAS A, B, C, D y E**

PREMIOS MAYORES

	Fracción	Billete Entero	Total de Premios
1 Premio Mayor, Series A, B, C, D y E	B/.1,000.00	B/.150,000.00	B/.150,000.00
1 Segundo Premio, Series A, B, C, D y E	300.00	45,000.00	45,000.00
1 Tercer Premio, Series A, B, C, D y E	150.00	22,500.00	22,500.00

DERIVACIONES DEL PRIMER PREMIO

18 Aproximaciones, Series A, B, C, D y E	10.00	1,500.00	27,000.00
9 Premios, Series A, B, C, D y E	50.00	7,500.00	67,500.00
90 Premios, Series A, B, C, D y E	3.00	450.00	40,500.00
900 Premios, Series A, B, C, D y E	1.00	150.00	135,000.00

DERIVACIONES DEL SEGUNDO PREMIO

18 Aproximaciones, Series A, B, C, D y E	2.50	375.00	6,750.00
9 Premios, Series A, B, C, D y E	5.00	750.00	6,750.00

DERIVACIONES DEL TERCER PREMIO

18 Aproximaciones, Series A, B, C, D y E	2.00	300.00	5,400.00
9 Premios, Series A, B, C, D y E	3.00	450.00	4,050.00
<u>1,074</u>	T O T A L . . .		<u><u>B/.510,450.00</u></u>

Precio de un Billete Entero	B/. 82.50
Precio de una Fracción	0.55
Valor de la Emisión	825,000.00

**NUMEROS PREMIADOS EN LOS SORTEOS DE LA
LOTERIA NACIONAL DE BENEFICENCIA
LOS DOMINGOS DE NOVIEMBRE, 1977**

SORTEOS	No.	PRIMERO	SEGUNDO	TERCERO
Noviembre, 6	3063	7351	8793	2055
Noviembre, 13	3064	7040	6256	7545
Noviembre, 20	3065	5854	2815	7805
Noviembre, 27	3066	5983	6371	1119

**NUMEROS PREMIADOS EN LOS SORTEOS DE LA
LOTERIA NACIONAL DE BENEFICENCIA
LOS DOMINGOS DE DICIEMBRE, 1977**

SORTEOS	No.	PRIMERO	SEGUNDO	TERCERO
Diciembre, 4	3067	0005	7572	7644
Diciembre, 11	3068	9506	5495	4279
Diciembre, 18	3069	36506	33103	52241
Diciembre, 25	3070	2568	4738	7652

PLAN DE LOS SORTEOS ORDINARIOS INTERMEDIOS

**EL BILLETE ENTERO CONSTA DE 90 FRACCIONES, DIVIDIDO
EN 6 SERIES DE 15 FRACCIONES CADA UNA
DENOMINADAS A, B, C, D, E, y F**

PREMIOS MAYORES

	Fracción	Cada Serie	Total de Premios
1 Premio Mayor, Series A, B, C, D, E y F	B/.1,000.00	B/.15,000.00	B/. 90,000.00
1 Segundo Premio, Series A, B, C, D, E y F	300.00	4,500.00	27,000.00
1 Tercer Premio, Series A, B, C, D, E y F	150.00	2,250.00	13,500.00

DERIVACIONES DEL PRIMER PREMIO

18 Aproximaciones, Series A, B, C, D, E y F	10.00	150.00	16,200.00
9 Premios, Series A, B, C, D, E y F	50.00	750.00	40,500.00
90 Premios, Series A, B, C, D, E y F	3.00	45.00	24,300.00
900 Premios, Series A, B, C, D, E y F	1.00	15.00	81,000.00

DERIVACIONES DEL SEGUNDO PREMIO

18 Aproximaciones, Series A, B, C, D, E y F	2.50	37.50	4,050.00
9 Premios, Series A, B, C, D, E y F	5.00	75.00	4,050.00

DERIVACIONES DEL TERCER PREMIO

18 Aproximaciones, Series A, B, C, D, E y F	2.00	30.00	3,240.00
9 Premios, Series A, B, C, D, E y F	3.00	45.00	2,430.00
<u>1,074 PREMIOS</u>	<u>TOTAL...</u>		<u>B/.306,270.00</u>

Precio de un Billeto Entero B/.49.50
 Precio de Una Fracción 0.55
 Valor de la Emisión 495,000.00

**NUMEROS PREMIADOS EN LOS SORTEOS DE LA
LOTERIA NACIONAL DE BENEFICENCIA
LOS MIERCOLES DE NOVIEMBRE, 1977**

SORTEOS	No.	PRIMERO	SEGUNDO	TERCERO
Noviembre, 2	574	0219	1694	2098
Noviembre, 9	575	2861	8706	7621
Noviembre, 16	576	7469	3141	7859
Noviembre, 23	577	2622	4969	7948
Noviembre, 30	578	2442	4897	1566

**NUMEROS PREMIADOS EN LOS SORTEOS DE LA
LOTERIA NACIONAL DE BENEFICENCIA
LOS MIERCOLES DE DICIEMBRE, 1977,**

SORTEOS	No.	PRIMERO	SEGUNDO	TERCERO
Diciembre, 7	579	7049	3427	2772
Diciembre, 14	580	2302	8642	9144
Diciembre, 21	581	9312	4619	3098
Diciembre, 28	582	8277	3378	3922